



Retorno a la luz

Jacobo Grinberg-Zylberbaum



Lectulandia

La cualidad de la experiencia es conciencia, cuando ves una luz en la cualidad luminosa está la conciencia, la luz no existe ni afuera ni adentro, no existe como fenómeno físico en el espacio, lo que existen son una serie de ondas electromagnéticas o cambios fotónicos, tampoco existe la luz en la actividad cerebral, como luz en esa cualidad perceptual es conciencia.

Colección de relatos de Jacobo Grinberg-Zylberbaum.

Jacobo Grinberg-Zylberbaum

Retorno a la luz

ePub r1.0

XcUiDi 27-04-2021

Título original: *Retorno a la luz*
Jacobó Grinberg-Zylberbaum, 1985

Editor digital: XcUiDi
ePub base r2.1

A Jerry

El autor agradece a las editoriales Trillas y EDAMEX el haber permitido la reproducción de sus cuentos.

EL PEZ Y EL AVE

Un pez dorado estaba asombrado por el vuelo de las aves. Le gustaba asomarse a la superficie del agua y ver cómo la golondrina se trasladaba por el espacio abierto al agitar sus alas. Le encantaba analizar sus movimientos y pensar que éstos le permitían alcanzar grandes velocidades.

Entendía el mecanismo del vuelo... y deseaba volar.

Una golondrina estaba asombrada por el nado de los peces. Le gustaba volar por encima del estanque para ver cómo el pez dorado, al mover su cola, se trasladaba en el agua, transparente y fresca.

Le encantaba analizar la forma en que el pez se quedaba flotando: inmóvil y sin esfuerzo, y cómo en un santiamén cambiaba su posición.

Entendía el mecanismo del nado... y deseaba nadar.

Un día de sol, la golondrina le habló al pez:

—Si tú me enseñas a nadar, yo te enseñaré a volar.

Y el pez le contestó con una sonrisa:

—Trato hecho.

A partir de ese momento se hicieron amigos.

El pez le explicó a la golondrina todos los secretos de la natación y la enseñó a doblar sus alas y moverse de tal forma que le permitiera penetrar en el agua y trasladarse en ella.

La golondrina, a su vez, enseñó al pez cómo adquirir suficiente impulso en un movimiento ascendente desde la profundidad del estanque. Le explicó que este impulso le haría salir del agua y que, una vez en el espacio, tendría que mover la cola y así podría volar.

El aprendizaje fue lento y riesgoso, pero llegó el momento en que todos los movimientos fueron aprendidos y se decidió hacer la prueba final.

La golondrina, ansiosa, le dijo al pez:

—Estás preparado para volar, ahora debes intentarlo.

Y el pez, preocupado, replicó:

—Tú también lo estás, si así lo deseas puedes nadar.

Los dos se prepararon, respiraron hondo y después de un momento de vacilación, se atrevieron...

Alguien, a la orilla del estanque, tuvo una visión fantástica: vio volar a un pez dorado y nadar a una golondrina.

Cuando se volvieron a encontrar, los dos notaron que cada uno tenía un brillo especial en los ojos, era un reflejo profundo y sereno. El pez miró a su compañera y le dijo:

—Cuando volaba hice un descubrimiento: sentí que te podía conocer como nunca antes me imaginé. Viví mi vuelo siendo tú y siendo yo.

La golondrina, sonrojada, le contestó:

—Yo sentí lo mismo.

El pez, «frunciendo el entrecejo», miró una hoja que flotaba en el estanque; parecía querer decir algo muy difícil o penoso. La golondrina le demandó...

—¡Dilo de una vez!

—... También descubrí otra cosa... supe que mi nado no era diferente de tu vuelo, sentí que antes había nadado como un autómatas y que me había olvidado que nadar es también bello, además...

El pez no se atrevía a terminar, miraba en una dirección y después en la otra evitando enfrentarse con la vista de la golondrina, ésta esperaba pensativa; por fin el pez prosiguió:

—... Además, entendí la razón del olvido, sólo veía tu vuelo y quería ser como tú, pensaba que lo mío no podía ser tan hermoso como lo tuyo... ahora sé que ambas cosas lo son.

La golondrina sonreía, se acercó al pez y abrazándolo le confió:

—Los dos hemos aprendido lo mismo, nada a partir de este momento será igual... mi vuelo será lo más maravilloso y tu nado también, tú estarás en mí y yo en ti, pero los dos seremos lo que somos y nada será mejor ni nos podrá enseñar más.

Cuentan que a partir de ese día algo extraño sucedía cerca del estanque... un pez dorado estaba aprendiendo a nadar y una golondrina a volar.

LA ABEJA Y SU PANAL

Una superficie plateada, móvil y llena de estrellas. Un vapor húmedo y caliente surgiendo de la frescura... un día de sol y un lago. Un volumen rojo con centro excitado, pistilos erectos, sensuales, expectantes de polen... una flor. Un sonido cambiante, armónico y puro; un canto de vida, viril y delicado, intenso e ingenuo... un ruiseñor.

Un panal... oscuro, frío, matemático, ordenado.

La abeja X38 en su interior, lamiendo las celdas, cuidando de su limpieza, obsesiva, metódica en sus movimientos, determinada y estructurada... encarcelada.

Un sol, un lago, una flor y un ruiseñor... afuera. El orden, la rigidez, la estructura y el acuerdo... adentro.

Cierto día algo pasó en el panal, un pan de cera se desprendió de su amarre y al caer agrietó una de las paredes.

La abeja X38, angustiada y llena de pánico, corrió al lugar de la catástrofe. Estaba entrando luz por la grieta, un hilillo deslumbrante y cálido, y además aire fresco con vapor de montaña. La abeja X38 no lo podía soportar:

—¡Nada existe fuera del panal! —Esas eran las enseñanzas— ¡nadie es, fuera de la geometría y la estructura perfecta de las celdas! —Tal era la orden.

La X38 arregló la grieta, colocó la cera en el lugar que le correspondía y se fue a descansar.

No quería recordar... un hilillo de oro, cálido, y un olor de frescura de montaña... pero la visión volvía y volvía y un pensamiento muy débil y tímido empezó a ser escuchado:

«Hay cosas que no conoces, no todo es la estructura... existe algo afuera».

A la mañana siguiente, la abeja X38 se acercó al lugar del accidente; tocaba con sus antenas el arreglo hecho la víspera, tratando de encontrar algún punto que no hubiera quedado hermético, no halló errores. Un pensamiento vino:

«Muy bien, te felicitarán por el arreglo, puedes sentirte orgullosa».

La abeja se sentía desconcertada: antes, el pensamiento le hubiera dado una máxima seguridad, pero ahora no podía sentirse completamente feliz; dijo para sí:

—Esta sensación es absurda, una abeja no debe pensar, sólo debe hacer bien su trabajo.

Ya más tranquila, se fue a limpiar, ordenar y construir celdas, las abejas a su lado hacían lo mismo, luego todo estaba bien, fijo y seguro.

Tres días después, un sonido traspasó las paredes herméticas del panal, era un canto armonioso y dulce; las obreras se miraron... era necesario engrosar las paredes para que ningún sonido les hiciera interrumpir su trabajo. La abeja X38 sintió un intenso deseo de seguir escuchando pero, puesto que todas sus compañeras opinaban que era importante engrosar las paredes, fue a ayudarlas. Extraño sentimiento; la X38 no engrosaba las paredes como sus compañeras, se veía a sí misma haciéndolo:

«Una abeja no puede pensar en sí misma y menos aún verse a sí misma».

Algo extraño estaba pasando; había luz y calor y olor y canto.

La mañana siguiente se inició la búsqueda; la abeja X38 había desaparecido. No hubiera habido problema alguno si la desaparición hubiera sido resultado de un accidente. Si la X38 hubiese sido muerta o raptada, nadie se preocuparía; pero la desaparición no había sido accidental.

¡La X38 había sido sorprendida saliendo por sus propias alas del panal!

Jamás se había visto tal afrenta y tal traición. Era necesario encontrarla para que se convenciera de que el panal era lo único que existía, que todo lo demás era una fantasía y un peligro.

La abeja X38 estaba admirando el lago; jamás había sentido tan feliz, sintió la frescura del agua, olió la delicia de la flor y cantó con el ruiseñor. No hubo tiempo para más...

A 4.3 AÑOS LUZ DE ALFA DE CENTAURO

A 4.3 años luz de Alfa de Centauro, en la intersección de las líneas Grif y Son-Tawori de desdoblamiento magnético nuclear, se realiza la vigesimosexta conferencia de los pueblos del universo *WZ-38H*.

Existe gran expectación por oír a Yun, delegado de la constelación Di-ipsi-son.

Yun ha desarrollado un sistema de detección que permite localizar sistemas antientrópicos de alta integración, y además averiguar su estructura interna.

Yun es egresado del famoso Instituto de Investigaciones Antientrópicas de Andrómeda y como tal, siempre ha pensado que 20 mil millones es el mínimo número de elementos necesarios para lograr un mecanismo con pandeterminismo. Durante dos eones, Yun ha estado recabando información que le permita comprobar esta idea y ahora, en la vigesimosexta conferencia, se ha anunciado que presentará los informes definitivos al respecto.

Sil, presidente de la conferencia, toma la «palabra»:

«Estimados delegados de los pueblos de nuestro universo, nos hemos reunido una vez más a fin de conocer el resultado de las investigaciones acerca de la evolución de los sistemas antientrópicos. Desde el descubrimiento del gran Gardielli, nos hemos reunido eonalmente durante 26 eones a fin de determinar cuáles son las características de esos sistemas.

»Hemos llegado a la conclusión de que los sistemas antientrópicos evolucionan a partir del momento en que una estructura se vuelve lo bastante compleja como para avanzar desde un determinismo absoluto a un autodeterminismo y de allí a un estado que hemos denominado pandeterminismo, donde el sistema no sólo es capaz de fijar sus leyes sino también de cambiar las relaciones entrópicas del universo circundante. El estado de pandeterminismo ocurre cuando un sistema es capaz de representarse el universo, siendo esta representación lo suficientemente exacta y segura como para ser más real que lo que la rodea.

»Las investigaciones realizadas hasta la fecha han indicado que existe un paso abrupto entre el auto y el pandeterminismo, y que un sistema pertenece a una u otra categoría.

»El día de hoy, Yun nos presentará datos que señalan la existencia de un estado intermedio que posee características muy especiales; pero, será mejor que nos lo explique el propio Yun...».

Las esferas energetizadas cambiaron de tonalidad, lo cual significaba que un estado de expectación había sido provocado por las palabras del presidente.

Yun ordenó sus pensamientos y empezó a transmitirlos. Cada uno de los delegados comenzó a seguir las experiencias de Yun como si fueran propias. Primero les hizo ver el mecanismo del detector de antientropías, luego todos los pasos de su desarrollo y los problemas de su construcción. Fue como si hubieran vivido lo mismo que vivió Yun; todos admiraban la técnica de presentación que utilizaba. Si bien era cierto que como sistemas pandeterminados todos podían transmitir experiencias, la perfección en el dominio de esta técnica era inigualable en Yun.

Según explicó Yun, el detector de antientropía se basaba en el principio de la holografía tras molecular y estaba acoplado a un cañón mesónico de detección que barría una porción del espacio y localizaba cualquier punto que mostrara una organización molecular autoestable.

La mayoría de las detecciones revelaban sistemas menores a los 5 mil millones de elementos y éstos quedaban catalogados como antientrópicos de clase I, o sea, sin autodeterminismo. En el barrido número 256 000 se había localizado un sistema de 12 mil millones de elementos, caso único que permitiría probar la hipótesis de que 20 mil millones era el límite inferior del pandeterminismo. A partir de ese descubrimiento, Yun dedicó toda su atención a establecer las características de tan singular sistema.

Lo primero que observó fue que el sistema se mantenía activado por una compleja infraestructura energetizadora que lo oxigenaba y alimentaba. Después se dio cuenta de que el sistema y su infraestructura permanecían activos durante un tiempo ridículo que correspondía a entre 80 y 100 orbitales del planeta que los sostenía. El sistema sólo se podía comunicar a través de alteraciones en la presión de la atmósfera que lo envolvía y sólo se podía trasladar de un punto a otro activando ciertas prolongaciones de su infraestructura. Tanto las alteraciones en la presión atmosférica como la activación de las prolongaciones se regían por una serie de reglas establecidas por una comunidad de sistemas.

Definitivamente no había señales de pandeterminismo y apenas algún signo de autodeterminismo, sin embargo, en ocasiones el sistema actuaba como si poseyera ambos. Esto intrigaba sobremanera a Yun, no podía entender a qué se debían las fluctuaciones que estaba detectando.

Decidió hacer un estudio profundo del sistema en diferentes etapas de su desarrollo. Para ello localizó primero un sistema de Va de orbital de vida y recorrió todas sus experiencias. Yun resumió los datos obtenidos, en la siguiente forma:

«Las primeras etapas de desarrollo de este sistema se caracterizan por un continuo crecimiento de circuitos que establecen conexiones entre los elementos que lo constituyen. Los circuitos y sus conexiones alcanzan un grado autoestable entre el primero y el tercer orbital de vida. Las particularidades de los circuitos permiten una representación interna del universo inmediato y aun un germen de pandeterminismo, sin embargo, éste no se desarrolla. Las razones de esta falta de desarrollo resultan del énfasis que estos sistemas otorgan el mantenimiento de un determinismo social».

En ese punto Yun percibió un dejo de duda entre los delegados, decidió transmitir una escena detectada recientemente, que ejemplificaba y daba valor a la conclusión anterior.

Apareció entonces una visión fantástica y nunca antes vista: un lugar encerrado por bloques rectangulares, y en el centro una especie de cajón rodeado de barrotes. Dentro del cajón había una forma alargada con cinco prolongaciones; cuatro de ellas terminaban en cinco tentáculos y la otra tenía forma esférica. En la esfera se hallaban incrustadas dos formas ovales lateralizadas y tres cavidades frontales, además una excrescencia central en cuya porción inferior se notaban dos pequeños orificios.

Lo más extraño de todo es que en la porción superior de la esfera sobresalía un número extraordinariamente grande de delgados tentáculos que cambiaban de lugar cuando aquella forma rosada, elástica y caliente cambiaba de posición.

La iluminación de aquel lugar era tenue, y la forma se movía continuamente. En determinado instante la cavidad frontal inferior empezó a contraerse y, como resultado de este movimiento, empezaron a notarse complejos cambios en la posición de las moléculas que la rodeaban...

Eva, la madre del niño, oyó que su hijo hablaba en sueños, decidió levantarse de la cama para ir a ver qué sucedía; José, su marido, empezó a disgustarse por los ruidos que hacía la mujer, pero ésta le hizo callar con un rápido y demandante movimiento de brazos. Eran las tres de la mañana y

afuera lloviznaba; Eva se cubrió con un chal y se acercó a la cuna en donde estaba su hijo. Éste, completamente despierto, le contó a su madre:

—Mami, el oso era muy grande y volaba en el aire, estaba buscando a su hijito que se había perdido en el bosque y de repente apareció un águila que se lo quería comer...

Mientras el niño hablaba, Eva pensaba preocupada: «todas las noches sucede lo mismo, por más que le he explicado que esas cosas que ve son sólo sueños y por lo mismo no tienen realidad, él no entiende, tengo que hacer algo drástico, de otra manera jamás podremos dormir a gusto».

Eva encendió la luz y buscó un libro de estampas, lo abrió en la imagen de un oso y la mostró a su hijo:

—Mira, esto es un oso, pero no es un oso de verdad, es sólo un oso pintado, no existe, es sólo un dibujo. El oso que viste tampoco es real, es como este dibujo, sólo existe en tu cabecita cuando sueñas, no es como los osos del zoológico, ellos sí son reales, los otros sólo te los imaginas.

El niño miraba a su madre con los ojos muy abiertos y, con una expresión de asombro repetía:

—Los osos del cuaderno y los osos de la noche no son verdaderos; sólo los osos del zoológico son reales.

La madre continuó:

—Tu papá y yo necesitamos dormir bien porque trabajamos mucho durante el día y tú, con tus cosas, no nos dejas descansar. Si vuelves a despertarte en la noche imaginándote tonterías, lo único que vas a lograr es que nos enojemos y te dejemos de querer.

Diciendo esto, Eva salió del cuarto.

Juanito no podía entender, estaba seguro de que el oso que había visto era tan verdadero como el del zoológico pero... si su madre decía que no lo era, y si además lo iban a dejar de querer...

«Los osos del cuaderno y los osos de la noche no son de verdad, sólo los osos del zoológico son reales».

Yun desconectó la imagen, se sentía inquieto y empezó a transmitir:

«Cuando detectamos por primera vez esta experiencia creíamos que había alguna falla técnica, no eran posibles tanta ceguera y tal egoísmo. Un sistema de 12 mil millones de elementos debería ser más inteligente y por lo menos reconocer el camino de su evolución, impulsándolo y nunca inhibiéndolo... era absurdo e inconcebible, pero no era ninguna falla técnica, el detector se revisó una docena de veces y todo funcionaba a la perfección. La única conclusión posible es que el sistema estudiado poseía la capacidad de

representación interna y por tanto estaba muy cerca del pandeterminismo; sin embargo, esta capacidad no era alentada sino, por el contrario, inhibida». Y transmitió esta conclusión:

«Los efectos de esta inhibición son múltiples; los sistemas en desarrollo, sometidos a tratamientos similares comienzan a perder su capacidad de representarse el universo y además, pierden su autodeterminismo al dejar de confiar en la existencia de una realidad interna y tener que someterse al juicio de realidad dado por el otro sistema». Yun conectó nuevamente el transmisor de experiencias: apareció un espacio rodeado de bloques rectangulares, aunque mayor que el de la visión anterior.

Multitud de formas se hallaban cubriendo la base del espacio y parecían estar dobladas por su mitad y apoyadas sobre ciertas estructuras delgadas de forma oval.

Enfrente de ellas una forma mayor contraía su cavidad frontal inferior: «Estimados colegas, la sociedad psiquiátrica internacional se honra con su presencia. El día de hoy serán presentados dos casos dignos de atención. El primero: un niño de seis años con síntomas claros de esquizofrenia...».

Juanito se retorció en su cama, en la mañana había ido a su escuela y durante la clase de actividades estéticas había empezado el terrible dolor de cabeza y las náuseas...

Juanito miró a sus compañeros y después al maestro, a quien dijo casi llorando:

—No puedo imaginármelo, no es real.

El maestro, enfadado, repitió por enésima vez:

—Lo único que quiero que hagas es que te imagines un oso volando y que después lo pintes en el pizarrón.

—No puedo, no puedo, no puedo...

El maestro sentía que estaba a punto de explotar; como nunca había visto tal terquedad, decidió que ésta se corregiría con un castigo.

—Lo que sucede es que no quieres, eres un niño mal educado y estúpido; como castigo, quiero que escribas cien veces lo siguiente: «Los niños deben portarse bien, deben obedecer a sus mayores, pues ellos saben lo que está bien y lo que está mal...».

Yun desconectó la imagen. Era la máxima incongruencia y todos así lo sentían. No podían entender cómo un sistema de 12 mil millones de elementos podía caer en tales contradicciones.

Sil empezó a transmitir una pregunta: «¿Cuál es el segundo caso?».

Yun miró a los ojos de Sil, los dos habían recibido la noche anterior el tratamiento electroconvulsivo de costumbre: como siempre, sólo había quedado esa sensación de opresión, y las terribles ganas de llorar.

Trataron de hablar pero no pudieron, era algo oscuro, impreciso, vacío... se miraron...

A 4.3 años luz de Alfa de Centauro, dos psiquiatras charlaban en un café:

—¿Sabes?, me siento muy orgulloso, el nuevo método de terapia electroconvulsiva está dando muy buenos resultados.

—Sí, ya lo he notado, tus pacientes parecen estar más tranquilos.

—Si todo sigue bien, dentro de poco tiempo podrán volver a ser productivos...

MAESE AUGUSTUS

A las ocho de la noche, Maese Augustus salió de la reunión. Su porte era majestuoso, llevaba las manos entrelazadas por la espalda y caminaba pensativo. Se decía que siempre que Augustus lograba un éxito adoptaba esa misma postura. Se dirigió a la sala de columnas y tras acomodarse los anteojos salió al jardín. La noche era fresca y olía a duraznos. Augustus hizo una larga y profunda inspiración y comenzó a tararear el último movimiento de la cuarta sinfonía de Mahler. Pocas veces se había sentido mejor que en esa reunión del consejo. Ante la misma presencia del presidente, había desarrollado el análisis más profundo de que se tuviera memoria, de un evento ocurrido en la última guerra mundial.

Todo había comenzado con aquella conversación que sostuvo hacía seis meses con el ex oficial inglés, durante un vuelo de Nueva York a Hamburgo. Había planeado revisar en el avión la conferencia que tenía preparada para la Junta de Rectores de Universidades que se celebraría al siguiente día. No pensaba hablar con nadie, pero junto a él se hallaba sentada la persona con los rasgos fisonómicos más interesantes que jamás hubiera visto. Inmediatamente empezó la conversación. Augustus le explicó que era rector de una de las más grandes universidades del mundo, su vecino de asiento platicaba acerca de sus experiencias como ex oficial durante la segunda Guerra Mundial...

«Nos encontrábamos a 40 kilómetros del campo de concentración, nuestro superior nos había informado que los rusos estaban acercándose al mismo para ocuparlo, y que nosotros debíamos adelantarnos.

»La razón de la prisa era dramática. En el campo quedaban vivos una docena de niños y una veintena de mujeres. Las cuidadoras de los prisioneros habían recibido la orden de matarlos al día siguiente; la única forma de salvarlos era llegar esa misma noche, para ocupar por sorpresa las instalaciones.

»El regimiento se puso en marcha y a las cinco de la mañana divisamos el campo, era un conjunto de barracas rodeadas de una cerca doble y un grupo de torres rectangulares terminadas en casetas con reflectores. La madrugada

era brumosa y fría y el pensamiento de lo que podía estar sucediendo dentro de las barracas nos hacía sentir en un mundo irreal. El plan de ataque era excelente y permitiría ocupar por sorpresa las instalaciones.

»A las seis de la mañana estábamos adentro, lo único que encontramos fueron cadáveres y tres cuidadoras escondidas en un sótano. Dos de ellas eran robustas y su edad podía haber sido 30 o 32 años, la tercera, era una muchacha rubia, esbelta y no mayor de 28 años. El cuerpo de psiquiatras que nos acompañaba decidió entrevistarlas.

»La reunión se realizó en la barraca del que era jefe del campo, había una mesa larga y seis bancos, tres de ellos los ocuparon los psiquiatras y los restantes las tres mujeres.

»El doctor Ray les preguntó: “quisiéramos saber la razón por la que ustedes, madres de familia con hijos, asesinaron a unos niños indefensos y a mujeres que no les habían hecho ningún daño”.

»Ninguna contestó, parecían no haber escuchado. La pregunta se repitió en alemán una docena de veces con el mismo resultado, una expresión de asombro y un silencio. Simplemente no entendían lo que se les preguntaba».

Maese Augustus le contó de la conversación a su superior y éste, a su vez, al presidente del consejo... era necesario hacer un análisis del porqué; saber cómo el hombre había llegado a tales extremos y, sobre todo, explicar qué es lo que hacía a las cuidadoras no entender la pregunta.

A Maese Augustus se le asignó la tarea de hacer el análisis, que debería presentarse en la próxima reunión del consejo directivo, a realizarse en 4 meses...

«Queridos hermanos, estimadísimo presidente: estas son las conclusiones a que he llegado después de profunda meditación.

»El tiempo que se me fijó para realizar esta monumental tarea fue demasiado corto, por lo que el análisis adolece todavía de algunos puntos oscuros, sin embargo, hay otros que tienen suficiente claridad como para ser presentados aquí: la familia alemana típica de la preguerra se caracterizaba por su autoritarismo, el padre decidía todo, desde la hora de la comida hasta el partido político cuya ideología debían aceptar hijos y esposa.

»La estructura que sostenía las relaciones entre los miembros de la familia se basaba en la idea de que cada uno tenía un rol al que debía ajustarse.

»Así, el padre era quien debía ordenar todos los asuntos importantes, la esposa debía acatar las decisiones del marido y los hijos, continuar la tradición familiar. Cualquier manifestación que se apartara de lo esperado de acuerdo al rol de cada quien, era castigada con el desprecio y la animosidad. En cambio, la exageración del rol era premiada en todas las formas posibles. Si la estructura decía que las hijas debían ser sumisas, dulces y obedientes y alguna de ellas era más sumisa, más dulce y más obediente que lo normal, su conducta era considerada como la más digna, aceptable y adecuada.

»Dentro de muchas familias se presentaban claras señales de competencia por ajustarse en forma más ortodoxa a los roles asignados; esto se veía más frecuentemente entre las hijas y los hijos. La competencia era por lograr mayor aceptación por parte de aquel miembro de la familia que representaba la autoridad, es decir, el padre. Este deseo de ser aceptado por la autoridad, se puede explicar de la siguiente forma: "...vivir desempeñando un rol significa sólo un autoengaño, la persona se convierte en el rol y deja de ser ella misma. Puesto que el ser uno mismo es una necesidad y el rol es sólo la apariencia de ser uno mismo, se crea el acuerdo de que alguien mantenga y valide el rol a cambio de la sumisión".

»En algunas ocasiones un miembro de la familia podía intentar dejar de depender de la estructura y por tanto salirse de su papel. En ese caso los demás miembros consideraban que se había apartado del camino, y por lo tanto trataban de volver a introducirlo a la estructura. La persona así manejada podía caer en la máxima de las inseguridades, puesto que comenzaba a pensar que estaba haciendo algo muy malo, pero al mismo tiempo sentir que regresar a la estructura significaba ser muy infeliz.

»Pensaba que todos deseaban su retorno, puesto que demostraban una gran preocupación que en apariencia era auténtica, pero no era más que un chantaje emocional dirigido a darle más realidad a la estructura que alguien estaba poniendo en duda.

»El resultado de todo esto es que aquellos que salían de la estructura regresaban a ella impulsados por un sentimiento de culpabilidad que no podían superar.

»Exactamente la misma situación se aplicaba al padre, aunque a un nivel más general. Éste se veía presionado a aceptar la estructura, porque así es como lo exigía la sociedad que lo rodeaba y además consideraba que era lo único adecuado y seguro.

»Puesto que nadie de la familia vivía una verdadera realidad interna, todos se convertían en autómatas salvaguardas de la estructura que se les había

impuesto.

»Las relaciones intra e interfamiliares se regían por una serie de acuerdos tácitos que se caracterizaban por dar y recibir la seguridad de que se estaba siendo auténtico. Jamás se ponían en duda esos acuerdos, por la sencilla razón de que no sabía que existieran.

»Las tres cuidadoras del campo de concentración provenían de familias como las descritas. Cada una de ellas vivió, en su infancia y adolescencia, un rol asignado e impuesto y todos los acuerdos emergidos del mismo.

»Ellas aceptaban ciegamente la estructura de sumisión porque estaban convencidas de que ésta y los roles que se les atribuían eran lo único que las llevaría a ser ellas mismas.

»Por supuesto que toda la situación descrita tenía como fundamento una profunda inseguridad interna y la no menos profunda seguridad de que aquello que todos quienes las rodeaban consideraban cierto, lo era realmente.

»La realidad de las cosas es que en esa situación nadie era él mismo, solamente creían ser aquello que los demás definían como deseable y por tanto nadie ponía en duda la validez de lo así definido.

»La subida de Hitler al poder y todo el liderazgo asociado con él, fue un acontecimiento lógico y predecible. Hitler dio a la estructura de autoridad un carácter místico y grandioso.

»Las personas que sólo sabían vivir roles, se vieron a sí mismas haciendo lo más valioso a lo que un ser humano pueda aspirar. Hitler les daba seguridad en su profunda inseguridad y esto hizo que el liderazgo naciente adquiriera una fuerza descomunal.

»La base de esta aparente seguridad fue el acuerdo compartido por todos acerca de su superioridad sobre todas las demás “razas”»...

Una mañana fresca de abril, la atmósfera es limpia y transparente, el Rin corre plácido entre los campos y el sonido de sus cascadas y corrientes se oye en todo el campamento de la juventud. En medio del valle se levanta una serie de casas de campaña que rodean en semicírculo a un asta bandera. La tela con la esvástica está en lo alto y el viento que viene del sur la hace moverse. Karina, la mayor de las tres amigas se despierta y estira los brazos, la tienda de campaña está iluminada por una luz ambarina, y el aire fresco de las montañas y el sonido del Rin penetran a través de la lona de las paredes y el techo.

Es una bella mañana; quedan diez minutos antes de que toque la corneta que señala la hora de levantarse para empezar el entrenamiento diario.

Las dos amigas de Karina siguen durmiendo en sus catres. Helia es muy bella, todos admiran su tipo rubio y esbelto, y en ocasiones es mostrada por los supervisores como ejemplo de lo que pudiera ser la raza aria del futuro; Yusia, en cambio, tiene un tipo muy desagradable, morena, regordeta y de ojos oscuros; los compañeros de entrenamiento a veces han llegado a decir que se parece a las judías. Esto molesta sobremanera a Karina, está de acuerdo en que Yusia no es muy aria, pero decir que parece judía... ¡es el colmo!

Precisamente ayer se peleó con Hans por ese motivo, la verdad es que no creía poder ser tan agresiva cuando alguien la hacía enojar, pero Hans se lo merecía.

Era muy bonito levantarse antes del toque de corneta y ponerse a pensar lo que habían aprendido el día anterior... ayer en la mañana el supervisor las había llevado a una cueva y allí había hecho el amor con las tres, eso, decía, demostraba la capacidad y la fuerza de un miembro de las Juventudes Hitlerianas; en verdad había sido una gran experiencia. Lo más grandioso había sido ese grito de ¡Heil Hitler!, en el momento del orgasmo común.

A mediodía habían ido a admirar la belleza de la cañada y, como siempre, habían tenido que descuartizar con sus propias manos el conejo que habían cazado vivo y les serviría de alimento. Poder hacerlo, decía el supervisor, es una experiencia mística de fuerza y entereza. Daba un poco de lástima ver aquel conejo retorciéndose por el dolor, pero constituía una gran alegría poder superar los inútiles sentimientos de compasión que despertaba aquel animal inferior.

Después de la comida habían recibido su clase de las tardes. Ayer se revisó la historia alemana posterior a la primera Guerra Mundial. No era posible entender la injusticia del Tratado de Versalles más que conociendo que en su redacción había participado un perro judío... cómo los odiaba, ellos eran la causa de todos los males que sufría la madre patria, y todo por su maldito deseo de dinero y poder; eran inferiores a aquel conejo que habían descuartizado.

En la noche se habían reunido alrededor del fuego y habían cantado... era muy emocionante sentirse constructores del futuro imperio, jamás en la vida de ninguna nación, una juventud había tenido más suerte... era muy bello haber nacido en la misma época que Adolfo —Karina volteó para ver si

alguien había oído ese pensamiento—, se sintió avergonzada de llamarlo por su nombre de pila pero es que... lo amaba tanto...

Faltaban dos minutos para el toque de corneta; Karina miró su reloj y de repente se empezó a sentir angustiada... «Dentro de una semana se hará la prueba de selección y todos desean ocupar los primeros puestos. El máximo honor es ser seleccionado para ir a los campos...».

El dormitorio que les habían asignado no era del todo desagradable, las camas eran mullidas y la comida buena.

Las tres amigas estaban ansiosas por comenzar a trabajar, todo era como se lo habían imaginado, excepto aquel asqueroso olor, en verdad era para enojarse... ni siquiera en aquellas circunstancias los *perros judíos* podían dejar de vengarse y de hacer porquerías.

En la noche, después de recibir instrucciones, fueron al comedor común, era delicioso escuchar las historias que contaban los cuidadores veteranos; uno de ellos acaparaba en esos momentos la atención de todos: «... es absolutamente increíble el nivel de degradación al que pueden llegar estos infrahumanos, hasta un puerco cuida de su prole, pero ellos son capaces de asesinar a sus hijos. La historia es verídica, se los juro, encontraron en un sótano de Varsovia a una judía, ahorcando con sus propias manos a su bebé...».

Karina se sintió muy bien, era realmente necesario acabar con todos ellos, de no hacerlo, no se llegaría a construir la sociedad ideal que tanto anhelaban...

El humo de los incendios cubría toda la ciudad, dentro de las murallas todo era ruinas, el grupo de soldados buscaba, los perros olfateaban y olfateaban... el sótano estaba repleto, todos oían los pasos de los soldados y el jadeo de los perros, nadie se atrevía a respirar. Malka sostenía a su bebé rogando al cielo que no empezara a llorar, lo abrazaba tratando de consolar su hambre; los dos ojos muy abiertos miraban a su madre.

Habían pasado ya dos horas, la tensión era insoportable, los cuerpos sudorosos trataban de satisfacer su sed de oxígeno con ese aire enrarecido, el bebé empezó a gemir, todos miraron a Malka con ojos de espanto, ésta abrazaba a su hijo y lo acariciaba en silencio, el niño iba a llorar, en dos segundos iba a empezar a llorar, Malka lo sabía, debía quererlo más,

consolarlo más; colocó la carita contra su pecho y lo abrazó desesperadamente: el niño se calmó, ya no iba a llorar... nunca más...

Maese Augustus hizo una pausa, no podía continuar, miró a sus hermanos y con voz emocionada dijo: «Debemos evitar que algo semejante vuelva a ocurrir, el hecho de saber que el ser humano tiene un mecanismo que bloquea una realidad cuando ésta se opone a una estructura basada en acuerdos, hará que por lo menos ninguno de nosotros se engañe...»

El edificio de la rectoría era el orgullo de la ciudad, sus 25 pisos y el escudo gigantesco que colgaba de su torre panorámica fueron lo primero que vio Augustus al bajar del avión; como siempre, Angelicus, su chofer, lo esperaba junto a la limosina. Augustus lo saludó y se sentó en el asiento posterior.

Angelicus admiraba mucho a Maese Augustus, todos sabían que la universidad era su obra y que seguiría en ella hasta el momento de morirse... Augustus se sentía muy satisfecho consigo mismo, le había costado 40 años de su vida hacer que la universidad fuera considerada una de las mejores del mundo, nadie mejor que él sabía los sacrificios que eso había implicado y ahora era el momento en que podía descansar, sin embargo, todavía quedaba pendiente la construcción del seminario de estudios humanos, era una empresa grandiosa, tanto como la suma necesaria para construirlo. Augustus había visitado todas las fundaciones del país, pero ninguna estaba lo suficientemente interesada para financiar las obras, alguna solución tendría que encontrar...

Pilar, la secretaria privada de Augustus le pasó la llamada telefónica, era el ministro de asuntos internos de la nación:

—Estimado Augustus, nos hemos enterado de su interés en crear un seminario de estudios humanos y estamos dispuestos a colaborar en su realización...

Augustus no podía creer lo que escuchaba, siempre había considerado al ministro como alguien desinteresado en la universidad y he aquí que era él quien resolvería su problema. Se dio cuenta de que el ministro no había terminado de hablar:

—... Lo único que pedimos a cambio es una declaración suya, apoyando las medidas políticas que nuestro gobierno ha puesto en marcha para

salvaguardar la tranquilidad del país.

Augustus sabía que tendría que contestar en ese mismo instante... tendría su seminario a cambio de una declaración pública... las medidas políticas para tranquilizar al país no eran después de todo tan malas, es verdad que restringían algunas libertades menores... pero eso sólo era temporal y no causaría ningún daño... su seminario... declaración política... su seminario... la universidad... su obra...

—¡Estoy de acuerdo, señor ministro!

Augustus no había perdido la costumbre de dar clases. Todos los miércoles a las nueve de la mañana el auditorio central de la universidad se destinaba a esa cátedra.

En el auditorio no había suficiente espacio para todos los estudiantes que se interesaban por escuchar a Augustus. Augustus se acomodó sus anteojos y comenzó la disertación: «El día de hoy hablaré sobre los efectos nefastos que resultan del establecimiento de *acuerdos* y de la dificultad del ser humano para darse cuenta de la existencia de ellos...».

Augustus no se sentía bien, algo en su interior se quebró: Maese Augustus empezó a ser espectador de Maese Augustus.

LA MOSCA

Una mosca azulada volaba en el cuarto. Se acercaba a la ventana y creyéndola sin vidrio chocaba contra él. Miles de veces chocó y después de cada uno de ellos cayó «inconsciente» al suelo. Poco a poco se dio cuenta de que había algo muy misterioso que le impedía alcanzar el exterior. La mosca azulada empezó a buscar un agujero en el cuarto.

Un día que volaba cerca del techo, se posó en la lámpara y al recorrerla sintió un orificio. Con mucho cuidado introdujo su cabeza en el mismo. Una brisa fresca y húmeda golpeó sus ojos compuestos.

Pensó unos minutos si se atrevería a penetrar y, decidiéndose a hacerlo, dobló su cuerpo y pasó las alas al otro lado. El orificio se ensanchaba a cada paso, en el fondo se alcanzaba a percibir una débil lucecilla que centelleaba.

La posibilidad de verse libre de la ventana y de las paredes del cuarto fortaleció sus impulsos. Agitó las alas y se preparó a acercarse a la luz. No podía volar pues había gran peligro de chocar contra alguna saliente inesperada, así que optó por caminar. Durante horas avanzó de milímetro en milímetro, hasta que, completamente agotada, se echó a dormir.

A la mañana siguiente estaba cerca de la luz, la cual pasaba a través de un agujero del tamaño de un alfiler. Sus alas se iluminaron y sus ojos brillaron en cientos de facetas. Buscó a su alrededor y, al no encontrar herramienta alguna, comenzó a rascar los bordes del orificio utilizando las patas delanteras y la boca. Casi no tenía fuerzas, pero la perspectiva de salir era tan llamativa y hermosa que continuó trabajando.

Después de tres días, el orificio ya era lo suficientemente grande como para permitirle pasar, pero previendo algún roce infortunado, primero se lamió las alas y el cuerpo y luego atravesó la pared.

El espectáculo que vio del otro lado era maravilloso, una gran habitación iluminada y un jardín lleno de aire y luz.

Dirigiéndose al jardín chocó contra algo transparente.

Miles de veces chocó y después de cada uno de ellos cayó inconsciente al suelo.

Poco a poco se dio cuenta de que había algo muy misterioso que le impedía alcanzar el exterior.

La mosca azulada empezó a buscar un hueco en el cuarto...

EL SUEÑO

La conferencia Panislámica se realizaba en el palacio de gobierno de Kuwait. El edificio era considerado una maravilla arquitectónica por su originalidad y el uso ilimitado de combinaciones audaces de cristal, mármol y aluminio. El gigantesco auditorio tenía capacidad para cinco mil personas y su podium estaba suspendido en el aire por la acción de dos gigantes magnetos que equilibraban sus campos. La idea había sido del rey Hassan y tenía como objeto crear la impresión mística de poder sobrenatural.

Era costumbre inmemorial leer, al principio de toda sesión, el diario íntimo de Balu-Aba, el último y más religioso de los profetas. A las siete de la mañana los delegados comenzaron a ocupar sus lugares. Había amanecido una hora antes y la mañana era luminosa y fresca. A las ocho se inauguró la sesión y el presidente en turno subió al podium e hizo la acostumbrada introducción que siempre precedía la lectura del diario:

Queridos hermanos: en nuestra sesión matutina de hoy, hablaremos acerca de los problemas financieros del mundo árabe, tema que por su carácter material disgusta e incomoda a la mayoría de nosotros. Es por ello que, a modo de antídoto, he escogido como lectura inicial la descripción que el profeta Balu-Aba hace de uno de sus sueños. Escuchad con atención y que Alá ilumine vuestro entendimiento:

Me acosté cuando la luna alcanzó el cénit. Le pedí a mi Dios que me diera fuerzas suficientes para continuar mi obra y he aquí las visiones que aparecieron durante mi viaje nocturno:

Caminaba en el desierto en medio de un Jamsin, el calor y la arena me habían cegado y buscaba a tientas un lugar donde guarecerme. Súbitamente apareció un gran estanque rodeado de cañas y vegetación tropical. En el agua se encontraban dos parejas de jugadores de ajedrez. Los tableros flotaban cubiertos por una delgada capa del líquido transparente y las piezas húmedas se movían pesadamente en ellos. Decidí que también jugaría. Me introduje al

estanque hasta que el agua cubrió todo mi cuerpo y coloqué un tablero frente a mí, éste se sumergió llevándose consigo todas las piezas de mi juego.

En ese instante abandoné el desierto y me vi en el interior de un gran castillo.

Cuando me di cuenta de que el castillo estaba adentro, me dispuse a observarme a mí mismo. Vi una casa llena de ojos que danzaban fantásticos bailes. Los de la derecha se movían en todas direcciones adoptando las más extrañas y aberrantes posturas. Después de unos instantes los ojos aparecieron en la frente y en las mejillas. Yo no tenía duda alguna de que me estaba observando a mí mismo, pero al mismo tiempo me aterrorizaba el tener tantos ojos. Cuando miré con mayor atención noté que mi imagen era el reflejo de un espejo y eso me tranquilizó. En ese momento me desperté sintiendo que algo que antes poseía se había desprendido de mí mismo. Al tocarme la cara comprendí que todo había sido un sueño.

La lectura del diario del profeta siempre tenía el mismo efecto en los delegados. Un silencio absoluto reinó en el gran auditorio, hasta que el presidente, tocando una pequeña campanilla, dio comienzo a la sesión de finanzas.

EL COMPOSITOR

Desgraciadamente seguía siendo necesario dormir. Por supuesto que la vida era diferente desde la operación: más emocionante, siempre nueva y sobre todo más creativa. Quizá debía decir... las vidas eran diferentes...

El anuncio no había sorprendido a Julio, simplemente le había confirmado lo que sospechaba desde hacía tres meses. Desde luego que la perspectiva era aterradora, pero Julio tenía la rara cualidad de bloquear cualquier pensamiento depresivo. Así que se encerró en un cuarto y durante una semana trató de decidir lo que haría en los seis meses que le quedaban de vida.

Lo primero que se le ocurrió fue seguir viviendo de la misma forma que siempre; sin embargo abandonó la idea por encontrarla demasiado aburrida. Después pensó en dedicarse a leer todos los libros que siempre había deseado; la idea era buena, pero el procedimiento lento y tedioso. Consideró la posibilidad de viajar y conocer países y personas; la perspectiva le atraía pero Julio no contaba con los medios económicos suficientes para llevarla a cabo. Por fin se decidió; empacó sus cosas y se dirigió a Bethesda después de concertar una cita con el doctor Dav.

El quirófano era impresionante; a Julio le raparon la cabeza y después de acomodarlo bajo un enorme y complicado anillo de acero inoxidable, le implantaron uno a uno, cien pares de delgados electrodos de platino.

Como de costumbre, Julio se levantó a las seis de la mañana. A través de las ventanas del estudio, se filtraba una luz de color naranja y plata que alumbraba el piano. Julio decidió que dedicaría la sesión matutina a recorrer desiertos. Recordó que ese tipo de experiencias resultaban de una combinación de olor a arena, calor y luz.

Julio se sentó en el taburete y pulsó la decimocuarta tecla. Súbitamente la pared se empezó a incendiar, el cristal de la ventana a fundir y las flores sobre

el piano a moverse como si un viento fortísimo se hubiese apoderado de sus colores. Julio sudó y sintió que tenía una fuerza gigantesca en sus brazos y dedos. Volvió a pulsar esa tecla, luego la decimoquinta, hizo una pausa y continuó con una serie de arabescos y cambios de ritmo hasta que, después de una explosión de movimientos en continuo crescendo, bajó los brazos y se quedó mirando fijamente una de las teclas. Trató de recordar paso por paso lo que le había acontecido durante la composición. Como siempre, se enfrentó a la dificultad casi insalvable de reproducir miles de imágenes y pensamientos.

Lo único que recordó fue que después de sentir la luminosidad de la pared, de la ventana y de las flores, su propio cuerpo se había convertido en una antorcha. Sus dedos se habían movido sobre el teclado impulsados por una corriente fosforescente que bajaba de sus hombros y de sus codos; sus muslos habían estallado en luces de fuego artificial y su pecho se había expandido hasta convertirse en un globo multicolor de paredes delgadísimas.

El calor y la luz interior habían adquirido forma y la visión del sol había aparecido reflejándose en la arena de las dunas. Todo se había convertido en espacio infinito y sol quemante. Aun las rocas de la visión reflejaban la luz como si sus aristas hubiesen sido pulidas como un espejo.

Las sensaciones habían sido claras y exactas pero no agradables. Tiempo antes, sensaciones semejantes lo hubieran impulsado a desistir, pero después había entendido que el abandonar una experiencia simplemente por considerarla desagradable significaba una completa falta de visión y madurez.

Julio pulsó la vigesimosegunda tecla y después la vigesimoquinta. Se le ocurrió que sería interesante crear una asociación entre sensaciones propioceptivas y olfatorias. La posición de su brazo y de sus dedos se convirtió en un olor a durazno mezclado con aroma de vino añejo. Sus piernas olían a madera y su lengua a piña.

Le dio hambre, se levantó de su asiento y se dirigió a la cocina. Mientras tomaba un vaso de leche, Julio pensó en lo maravillosa que se había convertido su vida. Siempre se había sentido poseedor de un yo estable e invariante pero ahora se daba cuenta de que eso sólo había sido una ilusión. Tenía dentro de sí muchos Julios, más de los que alguna vez se imaginó. Cada uno de ellos sentía diferente, tenía experiencias infinitamente variadas aunque, debía admitirlo, nunca desaparecía el centro integrador que se mantenía como referencia.

Se le ocurrió una idea. Había sido capaz de sentir miles de experiencias, de vivir cientos de vidas, pero nunca había intentado hacer desaparecer aquello que se conservaba como referencia... sería una experiencia increíble.

Se sentó al piano. No tenía la menor idea de cómo lograr lo que se proponía, lo único que se le ocurrió fue la posibilidad de provocar una activación simultánea de todos los puntos de acceso a su cerebro; quizás eso sería suficiente.

El dolor comenzó a irradiarse a partir de su pierna derecha. Julio no se asustó porque ya había tenido una experiencia semejante y sabía que la sensación dolorosa iba a desaparecer; así es que la dejó continuar. Súbitamente una cara apareció frente a él, al principio no la reconoció pero después se dio cuenta de que era la suya, y que se movía de un extremo al otro del cuarto. La cara empezó a alejarse y fue sustituida por la visión gigantesca de un ojo. Julio se dio cuenta de que también era suyo. El ojo aumentó de tamaño hasta convertirse en una abertura pupilar del tamaño de la casa, de la ciudad y del planeta todo. Julio se introdujo a la pupila y en ese instante desapareció.

La noticia apareció al día siguiente en la sección policiaca del más vulgar de los periódicos de la ciudad:

Un hombre de mediana edad fue encontrado muerto ante su piano.

EL ORGANISTA

Oscuro y una persona parada junto a la puerta recogiendo el dinero de la entrada.

Ruido, ruido infernal de órgano, guitarra eléctrica, saxofón y batería.

Mesas oscuras y sillas oscuras, al fondo una plataforma iluminada con reflejos rojos de humo de cigarrillo.

Me acerco a la barra y observo con sorpresa que el lugar más cercano al conjunto está vacío. Pienso que está destinado para mí y me siento. Repentinamente me doy cuenta del organista: ser inmenso, gordo, negro, de cabeza rapada y barba oscura sobre un fondo de sortijas, collares y aretes. Su cara es fuego de repentinas e isócronas contracciones. Sus ojos se cierran cada vez que toca un tono bajo.

El guitarrista se esconde detrás de él, anónimo, recargado en una de las bocinas de su equipo, con cara de aburrimiento y expresión idiota en los ojos. El saxofonista se ve pero no es visible, sólo un cuerpo vacío.

La música es extraña y los músicos más, me canso de verlos y volteo a ver una mesa. Como siempre, una mujer, pero ésta es una reminiscencia griega. Completamente inmóvil y bellísima se mantiene escuchando la música. De vez en cuando sonrío y asiente con la cabeza. No puedo dejar de verla y de asombrarme de su calma, su hermosura y su contacto y entendimiento con lo que la rodea.

El conjunto ha dejado de tocar, el organista fuma un cigarrillo y bebe de una botella. Súbitamente deja de beber y se ocupa de afinar su instrumento; toca un botón y después otro y los tonos bajos que produce parecen disgustarle. Vuelve a intentarlo; cambia de posición tres interruptores y repite las notas de antes. Se escucha un lamento grave y oscilante y un gesto de perplejidad aparece en su cara, apaga el cigarrillo y de nuevo toca las mismas notas. Es un tema interesante, pienso, ojalá que siga con él. El organista parece estar de acuerdo conmigo, puesto que comienza a desarrollar el tema que ha descubierto. Las notas ascienden y descienden, los tonos bajos se entremezclan produciendo los más complejos arabescos. El guitarrista, que

hasta ese momento había permanecido inmóvil y con la mirada perdida, se empieza a interesar en la nueva música, y para demostrarlo comienza a tocar. El tema original sigue en poder del organista. La relación de notas parece ser tan poderosa que la cara de éste entra en un estallido de contracciones paroxísticas, las que, llegando a un clímax se disipan en un recorrido espasmódico del teclado.

El guitarrista comienza un diálogo con un ser imaginario, su boca y sus ojos se despiertan y tras un breve silencio empieza a desarrollar un nuevo tema, su música es de tonos agudos que danzan en voluptuosas escalas hasta que se convierten en continuo y desesperado cambio. El organista no cede a la invitación, mantiene el tema original y en momentos parece molestarse por la aparición del nuevo y original desarrollo.

El saxofonista, que hasta ese momento había permanecido acompañando al organista, se interesa por el guitarrista. Primero hace un intento tímido en dirección de los tonos agudos pero se arrepiente y continúa con el organista. Éste mantiene una competencia clara con el guitarrista, ambos defienden sus temas y no llegan a un acuerdo. Súbitamente el saxofonista se decide, refuerza sus tonos agudos y adopta el tema del guitarrista. Los dos desarrollan el mismo grado de comunicación, la cual alcanza niveles muy intensos.

Los cambios se suceden cada vez con mayor rapidez y lo que al principio era una secuencia clara y transparente de sonidos, adquiere ahora una fuerza y poder que la hace aparecer desorganizada y azarosa. El organista parece estar muy preocupado y pensar que la música que oye es manifestación de degeneración; se lo dice a sus compañeros; los tonos que salen del órgano, en respuesta, son de una intensidad y frecuencia tales que casi se ven. El organista repite el mensaje pero se da cuenta de que éste no interesa a los otros músicos.

Éstos se encuentran perdidos en un universo de sonidos y lo único que les interesa es que éstos no desaparezcan, el organista sabe lo que les sucede y trata de hacerlos volver, se da cuenta de que están a punto de perder su cuerpo y les empieza a decir que no lo hagan, que no existe otra cosa más compleja de manejar y que con algo más simple se sentirán aburridos.

En ese momento, el baterista comienza a tocar, es como una señal pacificadora, ambos contendientes dejan de competir y descansan.

Los sonidos del baterista son una interrogación, plantean la competencia entre el organista y el guitarrista como un absurdo y cuestionan su validez.

El organista comprende el mensaje y decide cambiar de actitud. Se lo dice al guitarrista. Éste acepta el cambio.

El organista sigue tocando, pide calma y comprensión. Le dice al guitarrista que para llegar a donde éste quiere, no es suficiente la música, se requiere mantener también cierta disciplina, la suficiente para no caer en un abismo. El guitarrista acepta el mensaje y todos se unen en el tema original, terminando con él la composición.

Pido un trago. Mientras lo saboreo reconstruyo la música y el diálogo que se ha desarrollado ante mis ojos. Pienso que es extraordinario el poder de la música y su capacidad para transmitir mensajes, me dan ganas de dedicarme a ella y así sentir en carne propia su magia y su poder. Es indudable que estos músicos platican entre sí, discuten y dialogan. No entiendo el contenido de sus mensajes, sólo soy capaz de ver sus manifestaciones y las intrincadas y complejísimas operaciones que los producen. Es la misma sensación que al caminar por la calle de una ciudad desconocida; las personas que se ven son actores y personajes que manifiestan vida e interacción; pero el contenido de ésta no se oye, y no se oye porque a ese nivel no importa.

La noche es tibia, le agradezco a Sam el que me lleve a mi casa. Escoge la ruta que bordea el río, la visión de las luces reflejándose en su superficie es tan reconfortante que invita a un diálogo tranquilo.

Sam habla acerca del origen de esa música. —Se inició —dice— cuando alguien fue lo suficientemente valiente como para alejarse de toda regla fija y estricta, cuando fue capaz de considerarse a sí mismo decididor y amo de sus propios mensajes musicales. Esto —repite— fue el principio de tal música.

Lo extraordinario aconteció cuando decenas de artistas comprendieron el mensaje y se unieron a él. En ese momento la música dejó de ser un juego y se convirtió en manifestación libre de universos internos.

—Tienes razón —dije yo—, lo que antes era sometimiento a formas y leyes autoritarias se rompió y de ahí surgió todo un movimiento musical que tiende a liberar la música de sus orígenes, al convertirla en manifestación libre de emociones, sensaciones y aun estados de conocimiento.

Si este camino ha continuado, la música que acabamos de escuchar debe estar en la frontera del desarrollo de esos músicos y como tal, representar una creación nueva y no una reminiscencia de pasados aprendizajes. Sean lo que fueren —continué— estos músicos deben ser muy felices.

Sam se rio. —Estoy de acuerdo en principio con lo que dices —admitió— pero no creo que se mantengan en un estado constante de felicidad; si así fuese, su música sería muy aburrida. Más bien —continuó— hablan de lo que les ha ocurrido, a veces de injusticias, discriminación racial, desesperación y dolor, otras de amor, deseo... religión.

Lo que han desarrollado ciertamente es una asombrosa capacidad para manifestar y comunicar todas esas vivencias.

Entonces, su música —dije yo asustado— se aproxima a ellos mismos tanto, que alcanza los máximos estados de complejidad.

No —corrigió Sam— todavía es demasiado simple.

EL LOCO

Lo único que sabía de él era que hacía dos semanas había aparecido en el pueblo cargando aquel reloj de pared y que desde esa fecha se había instalado en un extremo de la plaza principal.

Ahí comía, dormía y vivía. En una ocasión, los guardias lo interrogaron y le pidieron sus papeles de identificación. Al encontrarlos en regla y no habiendo ninguna disposición legal que prohibiera vivir en la plaza, lo dejaron en paz.

Todos hablaban de su aspecto sucio y enfermizo y sobre todo del gran reloj de pared. Los niños del pueblo iban en las mañanas a la plaza y sentándose en el pasto observaban la extraña forma en que aquel viejo seguía con la mirada el movimiento de las manecillas del reloj.

A la hora de la cena en las casas del pueblo los niños relataban a sus padres lo que habían visto, y éstos, alarmados, les hacían preguntas: ¿estás seguro de que siempre lo mira de diferente forma?, ¿es cierto que se arrodilla?... y ¿lo besa?...

En los cafés y en las fiestas se discutía el significado de aquel reloj y su dueño. Algunos decían que se trataba de un viejo profesor de escuela obsesionado con la idea de la muerte y del tiempo. Otros afirmaban que era un emisario del cielo tratando de transmitirles un mensaje. La mayoría, sin embargo, opinaba que simplemente era un loco que creía que su reloj tenía vida.

Una noche, después de una reunión en la que se había discutido la probable procedencia de aquel extraño ser, se eligió una comisión de ciudadanos encargada de ir a preguntarle directamente. La comisión quedó de acuerdo en cumplir aquella tarea esa misma noche.

Me acuerdo las veces que me lo mostrabas, eran maravillosas, entendía todo, el mundo se explicaba a sí mismo y los sonidos de sus lugares aparecían claros y ligados unos con otros. Se sentía el viento y la música se volvía

compañera y amiga. Los pájaros contestaban y al hacerlo respondían preguntas. Nadie era como uno y uno no era como nadie. Se ¡era!, y eso es lo importante.

Todo ello te agradezco, querido amigo, pero deseo decirte algo muy serio, cada paso en mi despertar fue el probar distintos caminos hasta que exploraba sus últimas consecuencias, lo entendía y después lo destruía como deseo; eso me hizo crecer y conocer de lo que era capaz.

Era bellissimo, pero cada uno de estos nacimientos y de estas muertes fue doloroso y angustiante. Ahora aquí estoy, hablando contigo y pidiéndote razones de tu conducta. Pero aunque tú no lo creas, necesito de tu ayuda, siempre he creído que se requiere dar el último paso, pues eso es lo que completará la búsqueda y traerá la respuesta.

—¿El último paso? —preguntó el reloj...

—Si —afirmó el viejo—, ...el último.

La comisión electa salió en busca del viejo; sus pasos sobre el pavimento y su plática esparcía vapores humeantes y ruidos extraños que se expandían en esferas hasta alcanzar grandes distancias.

—¡Gracias! —le decía con gran emoción el viejo a su reloj—, tú siempre me has respondido cuando te he hablado y ahora tu respuesta son esas voces y esos ruidos, ellos me apartan de ti y me dicen que hay otros mundos además del mío y del tuyo; me dan en qué pensar y me ofrecen la alternativa del mundo, pero ello no me satisface. Me empiezo a ver a mí mismo y a lo que podría llegar con ellos... y eso... me enferma. Así es que tu respuesta no ha hallado en mí... lugar.

—¿Qué otra respuesta hay?, te pregunto ahora. ¡Dímela por favor!

A las once en punto, la comisión se quedó petrificada al acercarse a la plazuela y oír aquel sonido de campanas que parecía llegar de ningún lugar. El sonido era alegre y cantarín, pero su volumen atronador.

Los miembros de la comisión corrieron espantados, y al llegar a la delegación contaron todo lo sucedido. La noticia se esparció tan rápidamente, que a los quince minutos veinte mujeres llegaron exigiendo que echaran del pueblo a aquel brujo loco.

El sonido de las campanas había transfigurado al viejo. Su cara llena de arrugas sonreía y sus ojos parecían ver cosas que no existían.

Imágenes de su vida aparecieron frente a él, sus primeros minutos, lo que sentía, el ser en esencia. Después, sus primeros años, su vida de pequeño, los juegos y artimañas, las alegrías y destrucciones.

Poco a poco empezó a hablar consigo mismo; era el único que lo comprendía, todo el mundo era extraño y enemigo.

El encuentro con su compañera, los años de vivencia en el mundo y la terrible decepción que trajeron consigo. Todo eso, tan claro y transparente, era la respuesta del reloj. Las imágenes seguían: la separación voluntaria del mundo, el vivir aislado durante años sin hablar realmente con nadie, el estado de sabiduría que creía haber alcanzado después de esos años y el derrumbe de todo, la mañana en que se dio cuenta de que en realidad no sabía nada, y el renacimiento. Vio sus primeros pasos en su redescubrimiento del mundo, en su contacto y confianza con la gente, su fe que le decía que todos eran iguales a él y de nuevo la destrucción de aquello. Lo que había seguido fue un tiempo de espera, oscuro y lleno de vaivenes, hasta que se dio cuenta de que un reloj era la respuesta. La imagen de la tienda de relojes y de su instantáneo enamoramiento por aquel viejo y gigante reloj de pared, apareció ante sus ojos.

Lo llevó a su casa y lo colocó en un rincón de la sala. En las tardes se sentaba en la mecedora y se arrullaba con el tictac profundo y rítmico de aquella máquina. Un día el reloj le empezó a hablar y lo que le dijo fue sabiduría y conocimiento.

En ese instante ocurrió lo que se venía preparando desde hacía años, la aparición de un maestro que entendía... Su reloj había sido su vida, su amante, su amigo y su padre; todo en distintos tiempos y épocas.

Solamente en una ocasión riñeron. Sucedió que la obsesión por parar el tiempo se había apoderado del dueño de aquel reloj y, por supuesto, eso le había provocado a éste cierto malestar y tristeza. Pero para alivio general, la obsesión desapareció y el orden y el amor volvieron a aparecer en la relación.

A partir de ese momento las maravillas comenzaron a ocurrir. Todas las emociones posibles se vivieron, todos los placeres y dulzuras se saborearon y cada uno de ellos enseñaba un nuevo camino, abría un distinto universo que conocer. Las cosas se entendían al instante de verlas, lo obvio resaltaba en cualquier lugar. Todos los juegos y trampas se observaban y analizaban hasta sus últimas consecuencias.

Pero eso había también terminado y cuando tal ocurrió empezaron las preguntas al reloj y ahora las campanas decían que había llegado el momento.

Las campanas del reloj, los gritos en la plazuela, todo concordaba y era la respuesta...

El viejo lo comprendió y el reloj lo comprendió.

Ambos decidieron no oponer resistencia alguna...

LOS DIÁLOGOS DEL NANGA PARBAT

1

En la montaña Nanga Parbat, al lado de un abismo gigantesco, existen dos cuevas. Ambas están habitadas por sendos ancianos. La primera de ellas es profunda y contiene tantas grutas internas que Sen-yu, su morador, no ha tenido tiempo suficiente para recorrerlas todas. La segunda está habitada por Yu-sen, y sólo consiste en una gran caverna de techo elevado y paredes amalgamadas.

Sen-yu y Yu-sen se conocen desde hace 35 años. Los dos llegaron al Nanga Parbat el mismo día, el mismo año y por las mismas razones. Ni siquiera se sorprendieron cuando, al verse, uno le confesó al otro el deseo de habitar en sí mismo y recorrer su interior. Precisamente a esa labor se dedicaban. La mayor parte del día meditaban en silencio y al atardecer se reunían en un punto equidistante de las dos cuevas a conversar acerca del camino recorrido y el que todavía quedaba por recorrer. Como siempre, aquel atardecer se saludaron animosamente y después de sentarse en sus rocas favoritas empezaron su acostumbrado diálogo.

Sen-yu se rascó la barba completamente blanca y mirando de reojo a su amigo le dijo:

—Hoy he pensado acerca de la intuición y sus relaciones con el razonamiento lógico.

Yu-sen mostró interés por las ideas que Sen-yu seguramente iba a comunicarle y con un leve gesto de asentimiento le indicó que prosiguiera:

—Pues bien, bien —dijo Sen-yu agrado por el gesto—, existe, antes de que emita una palabra, todo un proceso mágico del que no me entero. Este proceso maneja tanta información y es tan libre que cuando se presenta en mi conciencia ya ha decidido lo que voy a decir.

—¿Quién ha decidido? —preguntó con una sonrisa Yu-sen.

—Por supuesto que yo mismo —dijo Sen-yu— pero es algo dentro de mí que no me comunica su existencia sino hasta que completa una secuencia de la que no me entero.

—¿Pero quién no se entera? —volvió a preguntar Yu-sen.

—No se entera otra parte de mí mismo que sí me comunica su existencia. En este momento está ocurriendo. Tú me preguntas quién se entera y, al hacerlo, siento que lo sé pero al intentar transformarlo en palabras me doy

cuenta de que lo que sé no se me comunica de la misma manera que como lo hacen tus palabras, o incluso las mías.

—¿Y a aquello de lo que no te enteras le llamas intuición? —preguntó con curiosidad Yu-sen.

—No solamente a eso. A veces me planteo una pregunta que no puedo contestarme en ese momento, pero que, pasado cierto tiempo, se transforma en respuesta siempre a través de palabras. Lo que sucede dentro de mí antes de la respuesta es intuición igual que lo que sucede dentro de mí antes de las palabras.

—Te confieso —dijo súbitamente Yu-sen— que yo también he pensado en eso y que tus palabras despiertan en mí, viejas inquietudes.

—Te creo —afirmó Sen-yu—; no considero que lo que te cuento suceda solamente en mí; debe ser común a todos los hombres.

—¿Y cuál sería el razonamiento?

—Las palabras, la lógica consciente, las secuencias de pensamiento estructuradas de acuerdo con una lógica metódica y definida y sobre todo, los métodos de veracidad.

—¿Métodos de veracidad?

—Aquello —dijo con una sonrisa Sen-yu— que tú consideras como suficiente comprobación o prueba de que un proceso intuitivo es verdadero.

—¿Sólo yo?

—No, cualquiera de los dos y en general cada ser humano.

—¿Cuál sería tu método de veracidad? —preguntó Yu-sen, mirando inquisitivamente a su anciano amigo.

Sen-yu dudó por un instante y después de un lapso dijo con voz insegura:

—El método de veracidad de cada uno permanece tan escondido como los procesos intuitivos que anteceden al verbo. A pesar de ello constituyen la base y el fundamento de lo que la razón califica de verdadero. En mi caso particular debo sentir que existe una conexión lógica que comunique el resultado de mi razonamiento con la salida intuitiva.

—En mi caso —dijo Yu-sen— debo percibir en el exterior algo que me indique que mi intuición es aplicable o explica en parte el mundo que me rodea.

—Lo ves —dijo animadamente Sen-yu—, el método de veracidad hace que aceptemos o rechazemos, que consideremos válido o neguemos.

—Es verdad; y también lo es el que cada quien se diferencie por la rigidez y exigencias de su propio método de veracidad.

—Volviendo a la diferencia entre intuición y razonamiento, recuerdo que en alguna ocasión un profesor de matemáticas, al ver una ecuación muy compleja, supo el resultado sin practicar cálculo alguno. Los que vimos tal portento consideramos su cerebro como altamente intuitivo y así se lo hicimos saber.

—¿Y qué les contestó?

—Nos dijo que no era intuición sino razonamiento. Dijo también que no acudía a los elementos de la ecuación para resolverla sino a partes grandes de la misma que experiencias anteriores le habían enseñado a resolver. Por tanto, el método que usaba era global, mas no intuitivo.

—Creo que tenía razón. Yo puedo ver el brillo de tus ojos y decir el estado de tu ánimo sin preguntarte nada. He tenido suficientes experiencias contigo como para reconocer en un elemento de tu fisonomía una grande información. Manejando esa información desde un nivel global puedo llegar a conclusiones que con el manejo elemental no aparecerían. Tú puedes considerar algunas de mis ideas o respuestas como intuitivas, cuando en realidad son obtenidas a través de un razonamiento que ya no trabaja con elementos aislados sino con inclusiones de éstos.

—Yo hago lo mismo —dijo Yu-sen— y en ocasiones me asombra cómo diferimos en el grado de unificación de elementos y de lo que podemos lograr manejando unificaciones.

—Sobre todo —asintió Yu-sen— la increíble rapidez que con esa técnica alcanzan nuestros pensamientos.

—Pensándolo bien —recapitó Sen-yu— probablemente no exista una diferencia tajante entre intuición y razonamiento, sino un continuo de razonamientos más o menos globales, con mayor o menor acceso, y con mayor o menor capacidad de transformarse en palabras.

Este razonamiento de Sen-yu fue tan emocionante para su amigo y le despertó tal curiosidad que casi con un gemido dijo:

—¿Qué quieres decir con mayor o menor acceso?

Sen-yu sintió el poder de la pregunta y le pidió a su compañero un minuto de reflexión. Cuando éste terminó, dijo con palabras graves:

—Con mayor o menor acceso quiero decir que todo el conocimiento está incluido en cada uno de nosotros. Cada palabra que decimos y cada pensamiento que se nos hace consciente es el resultado, como dije antes, de procesos muy complejos. Puedo ver estos procesos o ellos pueden permanecer vedados a mi escrutinio. Me puedo dar cuenta de su secuencia y elementos o solamente de su resultado final. Si tengo acceso, digo que razono; si no tengo

acceso, afirmo que intuyo. En realidad no hay diferencias entre ambos, sino en el grado en el que tengo capacidad de verlos, es decir, de tener acceso a los mismos.

—Lo que dices —dijo Yu-sen— es extraordinario y explica gran parte de lo que sucede con nosotros. Somos una multitud de procesos y sabios; matemáticos, filósofos y lógicos, y ellos pueden o no ser accesibles. En ello reside la diferencia entre lo que llamamos intuición y razonamiento.

Había anochecido y los dos ancianos amigos se sentían satisfechos y gozosos por la mutua compañía. Ambos comprendieron que era suficiente y se despidieron con un ligero movimiento de cabeza. Nunca se deseaban buenas noches y menos se alejaban con un «¡Hasta mañana!». Bastante conscientes eran que esa podía ser la última entrevista.

Sen-yu llegó a su cueva y después de arreglar las ramas y hojas que le servían de lecho se dispuso a meditar antes de dormir. Cerró los ojos e inmediatamente una imagen apareció en su interior. Era una casa semiderribada, de paredes de tierra hecha de bloques. En su mitad, dos columnas del mismo material terminaban en un arco cuyo centro no se tocaba. Al fondo, en una de las paredes, una especie de orificio asimétrico que en otros tiempos servía de ventana dejaba ver un cielo azulado en cuyo centro una luz roja resplandecía. De ella, un halo luminoso del mismo color terminaba entre las dos columnas pintando el centro del arco con un brillo rosado que claramente reproducía el resplandor rojizo del cielo.

Sobre la casa y flotando en el espacio, una flor gigantesca de pétalos almidonados y también rojizos parecía sostener toda la imagen.

Sen-yu abrió los ojos y trató de comprender la visión...

2

Yu-sen se despertó a la mañana siguiente completamente bañado en sudor. Recordaba con prístina claridad sus sueños y, como siempre, los recorrió punto por punto intentando introducirse en su significado.

Había viajado alrededor de la montaña, palpando cada piedra y vereda, como si en verdad hubiese caminado a través de ella. Lo que más le asombró fue que cada forma de las piedras con las que tropezó le produjo, en sueños, emociones tan diversas y desconocidas que tuvo la sensación de pertenecer a otro cuerpo y otra mente. Un extraño y al mismo tiempo familiar pensamiento lo invadió con una fuerza tal que casi estuvo a punto de gritar... ¡Nada es azaroso y todo está conectado entre si a través de una red de relaciones! Cada piedra y las emociones que éstas despertaban se lo decían, lo mismo hacían las veredas. Una de estas últimas, recta y ascendente, había desencadenado una sensación de razonamiento puro y sin recodos, mientras que otra, oscilante y compleja, despertaba una emoción parecida a la que acompaña un acto intuitivo de gran trascendencia. Pero del acto intuitivo soñado sólo perduraba la sensación de haberlo tenido. El contenido había desaparecido y Yu-sen intentaba representárselo cuando observó asombrado que una aguililla había penetrado al interior de la caverna en la que reposaba.

Jamás había sucedido antes, y no queriendo asustar al animal intentó no moverse y retardar su respiración. El ave caminó un trecho en dirección a Yu-sen y de pronto vio a aquel anciano desnudo y barbado recostado en el suelo, en el centro de la gruta. La aguililla, esperando encontrar deshabitada aquella caverna, se quedó paralizada por el terror y la impresión de un ser vivo, en donde debían existir sólo rocas. Las miradas de los dos seres se cruzaron relampagueantes, y en un santiamén el pájaro abandonó ruidosamente la caverna. Yu-sen trató de no entristecerse concentrándose en lo que antes de la aparición del aguililla estaba haciendo, pero fue imposible. Hubiera sido bello (pensó) tener a esa ave de compañera. Sin embargo, tantos años de vivir solo le habían enseñado a comprender y levantándose del suelo, se dirigió hacia la pequeña cascada que, en verano y corriendo junto a la entrada de la cueva, le servía de baño y bebida. Haciendo un hueco con sus dos manos, Yu-sen dejó que el agua de montaña las mojara y después lavó su cara, cuello y hombros con la casi helada corriente.

Puesto que todavía era necesario comer, Yu-sen se apresuró a cosechar algunas verduras de montaña que cultivaba en un pequeño jardín que el sol de la mañana había empezado a caldear.

Después de recoger algunos rábanos y una lechuga que saboreó con evidente gozo, Yu-sen retornó a la caverna y, sentándose en la posición de loto en la entrada de la misma, se preparó a realizar lo que desde hacía años constituía la parte más deliciosa y delicada del día.

Yu-sen había nacido en la misma montaña que ahora le servía de retiro en su vejez. Como la mayoría de los niños del Himalaya, había asistido en diversas ocasiones a la celebración del vuelo de los monjes de los monasterios que en aquellos días lejanos estaban establecidos allí. La celebración, para los ojos de los niños, era más que un acto religioso una diversión temeraria. Monjes rapados y cubiertos de túnicas anaranjadas se servían de grandes papalotes para flotar entre las gigantescas rocas y picos de aquellas montañas por entre las cuales soplaban vientos huracanados.

Yu-sen nunca olvidó aquellas imágenes de seres humanos flotando en el espacio como aves gigantescas. Si bien algunos días sus meditaciones lo llevaban lejos de aquellas visiones, hoy, la aguililla había conectado y despertado lo que desde su más remota infancia constituía uno de sus anhelos...

Sen-yu gustaba de ocupar las primeras horas de la mañana en excursionar por la montaña. Conocía a la perfección cada arbusto y vereda de por lo menos 20 kilómetros alrededor de la pétrea morada. Esa mañana la dedicó a buscar la flor que había visto durante su ejercicio de meditación de la noche. Tenía la convicción, muchas veces comprobada, que aquellas imágenes que veía con los ojos cerrados tenían un origen externo y que siempre algún objeto de las cercanías las desencadenaban. Intentó recordar algún paraje cercano con flores y, después de algunas dudas, se dirigió en dirección al valle. Después de dos horas de marcha la encontró. Era una flor rojiza y gigantesca, cuyos pétalos parecían reflejar la luz en dirección a su cueva. Satisfecho por el descubrimiento, después de comer algunas frutas silvestres regresó a su cueva. Sabía que Yu-sen estaría meditando en aquellos momentos y se decidió hacer lo propio.

El procedimiento de meditación que usaba Sen-yu era completamente diferente al de Yu-sen; en realidad, opuesto. Mientras que el segundo cerraba

los ojos y detenía o inhibía el lenguaje, el primero gustaba en razonar verbalmente mientras contemplaba el cielo raso de su cueva.

Según Sen-yu, el hecho de dejar libres los pensamientos, independientemente de que éstos contuvieran o no verbalizaciones, era mejor método que la utilización de imágenes. Alguna vez los dos amigos permanecieron ocho horas consecutivas discutiendo acerca de lo que cada uno intentaba lograr con su forma de vida y sus técnicas de meditación. Yu-sen había afirmado en aquella ocasión que volar era una de sus metas, mientras que para Sen-yu el pensamiento era más tentador e importante. ¿Pensamiento de qué?, le había preguntado Yu-sen y Sen-yu le contestó solamente: ¡pensamiento del pensamiento!

—Así es que hoy —se dijo en voz baja Sen-yu— me ocuparé de la imagen de la flor...

3

—Por supuesto —afirmó convencido Yu-sen— aquella tarde, después de escuchar atentamente la descripción de Sen-yu. La flor que viste estaba y no en ti; más bien tú te convertiste en la flor utilizando tu estructura como vehículo para la transformación.

Yu-sen gustaba de aquel concepto (vehículo), lo usaba para explicar las experiencias de proyección o externalización que ambos ancianos compartían. La primera ocasión en la que Sen-yu recordaba haber oído a su amigo usarla, ocurrió siete años atrás, cuando los dos se relataron un sueño que en ambos fue idéntico. A través de sendas escaleras los ancianos habían soñado subir hasta un paraje desconocido en el pico de una montaña. Allí cada uno vio un cordero negro que hablaba con voz metálica. El cordero les dijo que lo que vivían en ese momento no era un sueño, sino una realidad igual a la que experimentaban cuando estaban despiertos.

También les explicó los secretos de tal realidad diciéndoles que no había nada extraño en ella y que deberían confiar. La mañana siguiente, y como única excepción a su costumbre de verse en las tardes, ambos ancianos se encontraron a la mitad del camino entre las dos cuevas, cada uno con la intención de relatarle al otro lo que había acontecido.

Yu-sen dijo entonces que eran vehículos de un contenido que en ocasiones vivía en el exterior de su cuerpo y en otras en su interior. Sen-yu meditó largo rato y después negó con la cabeza.

—No me parece —dijo convencido— que tu explicación sea falsa, sino únicamente simplista.

—¿Qué quieres decir con eso? —replicó alarmado Yu-sen.

—Quiero decir que el hecho de haber visto esa flor durante mi sueño y después haberla encontrado en la montaña no es en extremo diferente de haberla visto despierto al hallarla. Ambas cosas ocurren y en ese hecho está el misterio.

—¿Así es que tú piensas que no es extraordinario el que percibieras una flor fuera de tu cuerpo con los ojos cerrados?

—No más extraordinario que ver esa flor frente a mí, despierto y con los ojos abiertos —replicó Sen-yu ligeramente molesto por el tono de burla que su compañero había usado.

—No te entiendo.

—Por supuesto que no me entiendes. Lo peor es que ni siquiera me estás escuchando.

—Habla pues —replicó con una sonrisa Yu-sen.

—Tú afirmas que existe un vehículo, nuestro cuerpo, que al activarse manifiesta un contenido... ¿cierto?

—Por supuesto.

—Bien, también consideras que el contenido puede independizarse del vehículo y viajar a través del espacio manteniéndose íntegro y con conocimiento.

—Yo diría que se convierte en el espacio transformándolo.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido Sen-yu.

—Lo que quiero decir —afirmó con seguridad Yu-sen— es que antes de la existencia del vehículo el contenido está inscrito en el espacio y que el vehículo sirve para manifestar ese contenido en nuestro plano de existencia.

—Entonces estarás de acuerdo conmigo en que no hay diferencia entre ver una flor cuando está presente y percibirla cuando se encuentra ausente, pero no imaginándola, sino realmente viéndola.

—Tienes razón.

—Por tanto el misterio no es tanto el que esté presente o ausente sino el que esté.

—Te confieso —dijo modestamente Yu-sen— que aquí es donde me pierdo.

—Te lo explicaré con todo gusto. Cuando la flor está frente a mí, la puedo ver desde muchos puntos. Puedo verla de frente, me puedo mover a un lado, puedo caminar alejándome de ella y la sigo percibiendo.

—Por supuesto.

—Por lo tanto lo que veo no es la flor sino el espacio que en cada uno de sus puntos la contiene.

—Claro —dijo maravillado Yu-sen por el razonamiento—. Cada punto del espacio contiene la flor y es el espacio mismo y no la flor lo que vemos.

—Ahora entiendes por qué no me asombro de poder ver la flor con los ojos cerrados o abiertos, dormido o despierto, o aun con la flor presente o ausente. Lo que me asombra es verla de todas formas.

—¿Quieres decir —preguntó ansioso Yu-sen— que te asombra ver cuando eso es lo más usual?

Sen-yu miró a su amigo de reojo y no pudiendo contener la risa dijo entre carcajadas:

—Me asombra que esta tarde tu entendimiento sea tan obtuso; casi me hace pensar que eres demasiado viejo o que... estás enamorado.

—A mí me sorprende —dijo en tono de enojo Yu-sen— que a ti te sorprenda encontrar en mí lo que usualmente yo encuentro en ti.

—Bueno, amigo, dejemos los regaños y continuemos.

—Me parece más adecuado que tu falta de sensibilidad —dijo Yu-sen en tono de burla.

—A mí me parece que si la flor se encuentra en cada punto del espacio, no debe hallarse allí de la misma forma en la que yo la veo cuando la veo.

—¿Quieres decir que transformamos el espacio dando lugar, después de esa transformación, a nuestras imágenes?

—Exactamente. Veo que ya me estás entendiendo, pero me asombra que no te emocione el descubrimiento.

—Me asombra tanto como el estar hablando, comiendo o incluso viviendo.

—A mí no sólo me asombra sino que me obsesiona, y para que lo sientas como yo, déjame relatarte lo que veo en ello.

—Adelante —accedió Yu-sen.

—Cuando veo una porción del espacio, sabiendo que allí está y al mismo tiempo no está la flor, lo primero que me pregunto es cómo puede el espacio servir él mismo como vehículo para algo que no está en él. Pensando mucho puedo afirmar que ello no es tan diferente al pensamiento de cómo una gota del océano contiene la misma composición del resto del mismo o cómo puedo oír tu voz sabiendo que lo que me habla está alejado de mí. Es decir, si tú me hablas, lo que oigo es lo que ocurre en el espacio que toca mi oído. Tu voz cambia ese espacio y lo que percibo es ese cambio. De la misma manera, cuando veo, percibo el cambio que la flor o cualquier otro objeto provoca en el espacio. Probablemente el cambio que percibo es una alteración en la organización del espacio. Lo curioso es que esa alteración esté contenida en cada uno de sus puntos y que después yo lo transforme en algo que obviamente no estaba allí, como la visión luminosa de la flor.

—Me parece —interrumpió Yu-sen— que un ejemplo de lo que acabas de decir es una semilla de un árbol y el árbol mismo. La semilla no es el árbol pero lo contiene transformado en cierta organización de la materia. La semilla sería como el vehículo que contiene al futuro árbol de la misma manera en la que cada porción del espacio es el vehículo que contiene el objeto que se transforma en imagen. En el caso de la semilla son el agua, el sol y la tierra

los elementos que hacen posible la transformación. En el caso del espacio, somos nosotros mismos.

—Tu ejemplo —dijo Sen-yu— me parece muy adecuado, excepto en un punto: el árbol y la semilla siguen siendo materia. Lo mismo el agua, la tierra y el calor del sol. La semilla se hincha por el agua y se multiplica hasta convertirse en árbol. En cambio, la porción del espacio que vemos es recreada en una imagen que en sí misma es completa y absolutamente diferente del espacio. Es más, me atrevería a decir que creamos la flor o cualquier objeto que percibimos a partir de algo que en sí mismo es absolutamente diferente. El misterio reside en esa creación. ¿De dónde surge la imagen a partir del espacio y cómo la organización de éste es transformada?

—Recuerdo —dijo Yu-sen— que cuando vivía en la ciudad y asistía a la universidad, tal transformación era reconocida como actividad de nuestros órganos sensoriales que transformaban la organización del espacio a un lenguaje en el interior del cerebro.

—Por supuesto ese conocimiento yo también lo obtuve, pero la pregunta no queda resuelta.

—Creo que sí.

—No, ¿entonces cómo se transforma el lenguaje cerebral en imagen?

—Es verdad; tienes razón al considerarlo un misterio, aunque de todo lo que has mencionado una pregunta queda resuelta. Si el espacio contiene información en cada uno de sus puntos, la flor de tu visión llegó a ti y no tú a la flor. Junto a tu lecho y en el interior de tu caverna la flor existía al igual que todo lo que constituye el universo y lo que tú hiciste fue transformar eso que ya existía en imágenes.

—Es lo mismo que sucede con las estrellas. En una noche sin luna todas las estrellas se pueden ver desde cualquier lugar de la montaña como si todo el espacio que nos rodea en la noche contuviera todas las estrellas en cualquiera de sus puntos. La vieja máxima de nuestros maestros se cumple: el todo está en cualquier punto...

4

Una noche de luna llena alumbraba la montaña en la que los dos ancianos reposaban. Extrañas formaciones de nubes de colores violáceos se oscurecían lentamente mientras el agua de la atmósfera se condensaba en ellas. De pronto, un relámpago gigantesco conectó el cielo con la tierra produciendo un estruendo tal que las paredes de ambas cavernas temblaron y todo su interior se iluminó intensamente.

Sen-yu y Yu-sen se despertaron al mismo tiempo y supieron que su conversación había proseguido durante la noche. Ambos habían entendido el misterio de lo que los otros llamaban viajes astrales y a partir de la plática de la tarde ese misterio se había desvanecido para dar lugar al asombro por la extraordinaria complejidad de la vida y la conciencia. Pero al percatarse de que estuvieron hablando en sueños, un nuevo misterio apareció. No era difícil ver en sueños cuando el objeto visto se encontraba en el interior del espacio de la caverna. ¿Pero el pensamiento? La sensación de introducirse al contenido del otro cuando obviamente tal contenido no se encontraba en el espacio era más que asombroso... mágico. Probablemente era imaginación (pensaron ambos), olvidándose de experiencias similares que, en ocasiones anteriores, habían demostrado ser verdaderas.

La tormenta se apaciguó y en la tranquilidad que siguió ambos ancianos tuvieron la sensación de hallarse a punto de resolver una duda.

Durante la meditación de la mañana, tanto Sen-yu como Yu-sen buscaron respuestas para las incógnitas que los invadían y se dieron cuenta de la bendición que era contar con un amigo con quien resolver dudas.

Cuando el sol acarició el horizonte se saludaron afablemente y se prepararon para esa sesión vespertina.

—En primer lugar debo decirte —dijo amablemente Yu-sen— que cada día que pasa siento más vida en mi interior. Sé que cada instante es sagrado y que durante su acontecer todo lo que sucede tiene sentido. He aprendido a estar atento para reconocer ese sentido, pues también he comprendido que depende de mi capacidad para percibirlo.

—Es extraordinaria tu vivencia; yo siento algo semejante y eso me hace recordar uno de nuestros más caros contenedores de sabiduría... el I Ching. Todo en la naturaleza parece seguir patrones secuenciales que se repiten con una lógica prístina.

—A la tormenta sigue la tranquilidad y a la noche el día. A la lluvia el viento y a la semilla el fruto. Nosotros, como parte de la naturaleza compartimos esos patrones y por lo tanto somos parte de los mismos.

—Pero no sólo somos parte —corrigió Yu-sen—. Nuestro vehículo es el resultado de todo lo que ha acontecido en el universo y por tanto contiene las formas secuenciales más sutiles y complejas. Si a la noche sigue el día en el mundo, a un pensamiento sigue una intuición en nuestro interior. Son las mismas secuencias pero en planos distintos, y es la capacidad de detectarlos lo que nos hace dueños de nosotros mismos y partícipes conscientes del universo.

—Como ayer —dijo Sen-yu— un relámpago en la montaña fue lo mismo que en mí sucedía cuando creí penetrar en tu interior.

—No dudes. No creíste, sino lo hiciste de la misma manera que yo. Ambos platicábamos y un relámpago fue la representación de nuestra unión. En la montaña el cielo se unió con la tierra y en la montaña dos conciencias se penetraron mutuamente.

—Maravilloso y conocimiento largamente conocido también. ¿Te imaginas la pureza y profundidad de los que dándose cuenta de la secuencia de los eventos los inscribieron en un oráculo que los representaba a varios niveles?

—Es indudable —dijo Yu-sen— que los autores de ese oráculo, el I Ching, sabían lo que hacían y por ello lo llamaron el libro de los cambios. Pero dime, ¿qué es lo que sucedió en ti la noche anterior?

—Platicaba contigo y súbitamente me desperté sabiendo que había sido mutuo además de inexplicable, atendiendo solamente a nuestras consideraciones del día anterior. Es más —continuó Sen-yu—, también sentí que hoy recorreríamos el misterio y encontraríamos una solución para el mismo. Ayer en la noche entendí que la luz es necesaria para ver un objeto utilizando nuestros ojos. La luz hace que cada porción del espacio contenga al objeto en tal forma que permita nuestra visión del mismo. En ausencia de luz, no vemos el objeto, pero eso no quiere decir que el espacio deje de contenerlo en cada punto. Es sólo que ese contenido no es evidente a nuestros ojos.

—¿Pero cómo? —preguntó Yu-sen—. ¿En ausencia de la luz el espacio sigue conteniendo la información?

—La luz es sólo una forma de vibración de la energía; existen otras formas y éstas también son vehículo para la información. Aún más, así como un sonido puede atravesar una pared delgada y el calor del sol caldea nuestras cuevas a pesar de que sus paredes son tan gruesas y de material tan duro,

existen vibraciones que atraviesan cualquier obstáculo y hacen que el espacio en cada uno de sus puntos te contenga a ti, a mi y a cualquier objeto. Si puedo ver una flor con los ojos cerrados y cuando ella está lejana, eso quiere decir que la flor está junto a mi y que utilizando algo distinto a mis ojos la puedo percibir.

—Lo que dices es cierto —accedió Yu-sen— y me hace pensar que somos aún más maravillosos de lo que pensamos.

—Claro que lo somos, puesto que lo que pensamos es sólo resultado de todo lo que contenemos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que siendo el pensamiento nuestra resultante, éste no es capaz de recorrer de lo que resulta su totalidad.

—Recuerdo —dijo Yu-sen— que cuando hablamos de la diferencia entre intuición y razonamiento tú afirmaste que era sólo diferencia en acceso a nuestros procesos internos. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Exactamente, pero hay más. Estamos acostumbrados a confiar en nuestro pensamiento a tal grado que en ocasiones no creemos aquello que no pueda ser explicado, mediante su utilización. Esto tiene un peligro grande, pues evita reconocer lo que de otra manera sería obvio.

—Lo que dices me recuerda las ocasiones en que negué en mí mismo fenómenos que no podía explicar por no poderlos entender; pero también las ocasiones en las que una explicación me abrió nuevos universos, los cuales, de no haberlos explicado, hubieran permanecido vedados.

—Me extraña oír eso de ti —dijo Sen-yu—, yo creía que confiabas más en tu intuición al contrario de mí mismo.

—Tienes razón y no la tienes —contestó Yu-sen—. Hubo una época en la que tal hacía pero después entendí que cualquier explicación era menos compleja y profunda que el fenómeno o hecho que intentaba explicar.

—Cuando me di cuenta de ello, confié más en mí mismo como existencia.

—Yo, en cambio, sigo atendido a las explicaciones. Me parecen extraordinariamente productivas cuando son amplias y libres de prejuicios. Es más, creo que son necesarias para avanzar aunque dudo que nos estemos refiriendo a lo mismo.

—No te entiendo —dijo dubitativo Yu-sen.

—Cuando hablo de razonamiento o de explicación entiendo algo que depende de mi historia y circunstancias. Puesto que las tuyas son diferentes, también lo es tu idea acerca de lo que aparentemente es lo mismo por el nombre, pero que detrás de él, es decir, en la vivencia, es diferente. Por

ejemplo, acabas de decir que te diste cuenta de que las explicaciones bloqueaban, impedían aceptar fenómenos o vivencias que ocurrían en ti mismo. Si yo te preguntara qué quieres decir con *darte cuenta*, probablemente me contestarías algo muy diferente a lo que las meras palabras me hacen comprender. Y si no es así, comprobémoslo. ¿Qué quieres decir con *darte cuenta*?

Yu-sen trató de pensar en una respuesta lógica y se encontró con Que no podía hacerlo. Sentía claramente el significado de su darse cuenta pero no podía transformarlo a palabras. Por fin dijo:

—Me doy cuenta cuando al enfrentarme a una situación nueva o problemática siento un cambio en mi mismo que me hace responder a la situación en una forma diferente a como lo hubiera hecho antes. Me doy cuenta de que cambio cuando he cambiado.

—¿Lo ves? —dijo alegremente Sen-yu—. Yo, en cambio, siento el darme cuenta antes de cualquier acción. Al menos si consideramos al pensamiento como alejado en parte de la acción, mi darme cuenta es explicar racionalmente. El tuyo es vivirlo como observador que se da cuenta cuando *éste* así lo manifiesta en sus acciones.

—Interesante —confesó Yu-sen—, pero ahora dime cómo te explicas que durante nuestro sueño nos pudiéramos comunicar. No implicará acaso que tus pensamientos y los míos se transmitan a través del espacio como lo hacen los objetos, de tal forma que el espacio, además de contener en cada uno de sus puntos información acerca de los objetos también contenga información de los pensamientos.

—No me parece que pueda ser diferente, aunque confieso no entender cómo eso puede ser posible.

—Probablemente —dijo Yu-sen en el tono más racional que pudo—, probablemente no estamos contenidos en el vehículo e imposibilitados para escapar del mismo sino que, por el contrario, nos expandemos en el espacio, alterándolo.

—Si eso es cierto —dudó Sen-yu— deberíamos ser iguales a luces o vibraciones de energía capaces de transmitirnos en el espacio y no veo cómo eso puede ocurrir.

—Yo recuerdo que de pequeño mi padre me relató una historia que juraba era verdadera. Quizá ella nos pueda señalar una solución.

—Te oigo con mucho entusiasmo.

—Pues bien —empezó a relatar Yu-sen—, existía en el valle que estas montañas rodean un niño al que llamaban Shun-fe. Sus padres eran

campesinos dedicados a cultivar arroz. Shun-fe ayudaba a sembrarlo y a regarlo, pero como era tan pequeño sólo se ocupaba de una pequeña parcela de todas las que su padre poseía. En todas las cosechas, irremediablemente la altura de las plantas de arroz que Shun-fe cuidaba era por lo menos dos veces mayor que las que cuidaba su padre o los demás campesinos del área. Cuando todos se dieron cuenta de este portento le pidieron al niño que explicara cómo lo hacía. Éste les dijo que lo único que sentía era un gran amor por su parcela y un deseo porque las plantas de la misma crecieran altas y robustas, que lo único que sucedía era que sus deseos se cumplían.

»Cuando oyeron la explicación, los campesinos se burlaron del pequeño y no le creyeron; sin embargo, el fenómeno seguía ocurriendo. Un día un campesino llegó a hablar con el niño y le pidió que pensara en su parcela y que deseara un mayor crecimiento para sus plantas, puesto que de otra manera no alcanzarían para su subsistencia y la de su familia. Shun-fe hizo lo que el campesino le pidió y los resultados no dejaron duda alguna acerca de la extraña capacidad del niño. Pero eso no fue todo, en las noches Shun-fe podía, a voluntad, iluminar a partir de su cabeza un cuarto entero o mover objetos sin tocarlos.

—Extraordinario —afirmó Sen-yu después de oír a su amigo—. ¿Estás seguro de que la luz surgía de la cabeza del niño?

—Eso es lo que decía mi padre.

Los dos ancianos guardaron silencio por un lapso grande; no podían entender las facultades de Shun-fe ni tampoco la extraordinaria y misteriosa capacidad de comunicarse en sueños.

—Mi querido Yu-sen, creo que estamos ante un problema de difícil solución. Es más, confieso mi duda acerca de que se pueda resolver a través de una plática. Te propongo hacer lo siguiente: si es cierto que contenemos todas las respuestas, debe ser posible preguntamos a nosotros mismos por lo que pasa. Preguntemos, pues, y mañana sabremos la respuesta.

5

Ciertas noches del año, la montaña Nanga Parbat era sacudida por vientos fortísimos que al pasar por entre los picos y hendeduras de rocas y vertientes llenaban la atmósfera (de por sí tensa) de aullidos agudos que más parecían provenir de seres animados que del viento. Aunque tanto Sen-yu como Yu-sen estaban acostumbrados a tales contingencias, no pudieron evitar sentir algún resquemor cuando súbitamente el viento comenzó a soplar esa noche.

Ninguno de los dos ancianos sabía cómo permear el acceso a su propia estructura, pero ambos lo intentaron planteándose la pregunta repetidas veces, a modo de mantra, y concentrándose en su significado. Sen-yu no consiguió respondérsela pero Yu-sen, desde el instante en el que adoptó la posición de loto y cerró sus ojos, comenzó a verse invadido de imágenes extrañas pero de una realidad indudable.

Lo primero que apareció ante el anciano fue una araña gigantesca tejiendo una tela no menos extensa. La araña y la tela comenzaron a cubrir todos los rincones de la caverna donde Yu-sen meditaba hasta que no hubo uno solo al descubierto. Después la temible bestia se lanzó al espacio y ahí siguió con su obra. En pocos minutos Yu-sen se vio sumergido dentro de hilos plateados que conectaban su cuerpo con el resto de la gruta. El tejido de la tela era tan complicado y la trama tan compacta que ni siquiera un rayo de luz podía atravesarla sin sufrir innumerables reflexiones y, en ocasiones, bloqueos. Las reflexiones formaban arcoíris que se entrelazaban en las tres dimensiones del espacio dejando una red coloreada extraordinariamente hermosa. Terminada su obra, la gigantesca araña desapareció y Yu-sen dirigió su atención a los objetos embutidos dentro de la tela. Era extraordinario percatarse cómo ante la cercanía de cualquier objeto, la trama aumentaba de densidad hasta hacerse prácticamente compacta en la interface tela-objeto. Era como si el objeto mismo fuera una extensión de la tela; Yu-sen mismo lo era; sus brazos, piernas, tronco y cabeza parecían configurados desde antes de aparecer, como si un molde perfecto le diera luz desde la distancia. Pero la tela no permanecía estática por mucho tiempo. Un insecto del tamaño de una mariposa penetró a la caverna y viéndose atrapado entre los pegajosos hilos de la tela se empezó a mover, tratando de desprenderse. Cada movimiento, además de hacer vibrar toda la trama, se transmitía a través de los hilos de la tela como pequeñas lucecillas de todos colores. A Yu-sen no le era necesario observar la mariposa

para percatarse de su tamaño, movimientos y forma. Todas estas impresiones las sentía en su piel, estimulada por la conexión vibrante entre el insecto y su propio cuerpo. De pronto, Yu-sen se percató de su prisión y quiso moverse. Al igual que los del insecto, sus movimientos se transmitían a lo largo de los hilos en todas direcciones, dando la impresión de una masa gelatinosa en cuyo centro se hallara un insecto vivo y con movimientos. Aunque la dificultad de movimientos y la sensación de prisión lo inquietaban, Yu-sen trató de seguir con atención las vibraciones de la red cuando se percató de que su intención misma las provocaba. Al principio con duda, pero después con seguridad, se planteó las más variadas y en ocasiones complejas operaciones mentales, no perdiendo de vista el efecto que éstas provocaban en la telaraña. Primero con alegría y después con gozo desbordante se volvió consciente de que cada pensamiento suyo provocaba cambios en la red. Luces, vibraciones y aun movimientos manifiestos aparecían surgiendo de su cabeza y transmitiéndose a toda la telaraña.

Todo esto sucedió mientras Yu-sen meditaba y a pesar de su extrañeza y características originales, el anciano sentía que una claridad apenas desdibujada lo comenzaba a invadir. Cuando estuvo a punto de comprender algo, un mosquito zumbante penetró raudamente a la caverna, pasó volando junto a la mariposa aprisionada y esquivando ágilmente los hilos de la telaraña se acercó a Yu-sen. El anciano se quedó pasmado de la agilidad del insecto, preguntándose cómo lograba no atorarse entre los hilos y nudos de la red. Cuando el mosquito se acercó a las porciones cercanas al cuerpo del anciano, disminuyó la velocidad de su vuelo y la rapidez de su aletear, como previniendo un posible choque; en cambio, en las porciones menos densas de la trama, tanto su velocidad como su aletear se aceleraban en forma notable.

El espectáculo era el de una bailarina acelerando o retardando sus pasos, dependiendo de las características de un escenario imaginario o el de un pez nadando en aguas de mayor o menor densidad.

Pero otra cosa pasaba también. El mosquito parecía ser atraído hacia las porciones más densas de la red, como si éstas contuvieran una especie de magneto poderoso. En ocasiones, se establecía una verdadera lucha entre esa fuerza de atracción y los esfuerzos frenéticos del animal por alejarse de la misma.

La visión terminó en una forma tan sorprendente o más que como había comenzado. De pronto Yu-sen sintió que podía moverse libremente y atravesar la caverna sin afectar la red, como si ésta no fuera hecha de hilos materiales sino luminosos. Extrañas sensaciones acompañaban los

movimientos del anciano. Así, cuando éste se acercaba a un punto de mayor densidad, se sentía más pesado, y además su corazón y pensamientos se aceleraban. En cambio, cuando caminaba en la cercanía de una porción de baja densidad, sentía una ligereza de peso acompañada por un retardo de todos sus procesos internos. Era como si el peso de su cuerpo, la densidad de la red y el tiempo estuviesen conectados entre sí.

Al final, y en un súbito estremecimiento intuitivo, el anciano hizo una maniobra voluntaria. Controló su respiración, retardándola al mismo tiempo que también retardó su frecuencia cardíaca y la secuencia de sus pensamientos. Acompañado de esta maniobra se sintió más ligero de peso y vio que la trama de la red que lo envolvía se abría en sí misma como si disminuyera en densidad. Después realizó la maniobra contraria y observó una densificación de la red acompañada por un aumento de peso. Repitió las operaciones de retardo y aceleración, observando varias veces los mismos efectos de variación de peso y cambios de densidad. Cuando estuvo seguro de que lo que observaba se repetía de la misma manera, abrió los ojos y se encontró en la posición de loto en que había comenzado la meditación y dentro de una caverna sin telarañas. La visión había sido tan real que se restregó los ojos en un intento por lo demás inútil de comprobar si había regresado a su estado normal. Después se recostó en su lecho.

Había sido magnífico y en verdad parecía contestada la pregunta. En otros tiempos, y después de tal experiencia, hubiera ido en busca de su amigo para comunicarle la buena nueva. Pero había aprendido a ser paciente y a vivir siempre en presente. Decidió dormirse y así lo hizo.

Una coloración anaranjada lo despertó en la madrugada. Se levantó y salió de la caverna. El cielo estaba cubierto de nubes y el viento en perfecta calma. Reconoció una inminente nevada y esperó a ver los primeros copos de nieve. Éstos no se hicieron esperar y en pocas horas el paisaje se pintó de un blanco purísimo y el aire frío lo invitó a guarecerse en el interior de su morada.

Al atardecer, a pesar del frío y de la nieve, salió de la caverna y encontró a Sen-yu que lo esperaba en el lugar acostumbrado, sentado en una roca.

Los dos ancianos se miraron con alegría y después de gozar del espectáculo de un atardecer de tonos azulados y rojizos reflejándose en la nieve, Yu-sen le contó a Sen-yu lo que había visto durante la meditación de la noche.

6

—Así pues, todo está entrelazado en una red —comentó Sen-yu después de oír a su amigo.

—Eso es lo que vi y si nos atenemos a la visión, así es.

—Maravilloso, extraordinario y además perfectamente equilibrado y natural —dijo Sen-yu en tono jovial y alegre—. Tu visión explica lo que nos ha ocurrido, con elementos que por el momento no alcanzo a comprender pero que parecen encerrar gran sabiduría.

—Esa es mi impresión. Parece existir una organización del espacio que conecta varios fenómenos aparentemente independientes, como son el pensamiento, el tiempo, la comunicación y el peso de los cuerpos. Sin embargo, y al igual que tú, las conexiones entre esos fenómenos y el espacio parecen lejanas y sutiles, a menos...

—¿A menos?

—A menos que sean diferentes manifestaciones de una misma cosa.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, es sólo una sensación tan alejada de las palabras como podría ser una luz.

—Lo cierto es que afectamos el espacio con nuestras acciones y pensamientos y que al igual que lo que pasa con cualquier objeto material, ese efecto se trasmite y es contenido en cualquier porción del espacio.

—Me pregunto qué tiene que ver eso con el tiempo y con el peso de los objetos, y sobre todo, cómo somos capaces de reconocer en el espacio esa información.

—Si tú te lo preguntas —dijo burlonamente Yu-sen—, yo hago lo propio y seguramente con menores probabilidades de obtener una respuesta.

Sen-yu sintió de pronto la necesidad de alejarse de su amigo, se despidió amablemente, y después de caminar el trecho que lo separaba de su cueva, penetró en ella. Se sentó en el suelo y meditó largo rato. Al principio sus sensaciones eran dispersas, lo mismo que sus pensamientos, pero pronto una certeza apareció. «La luz que vemos —se dijo a sí mismo—, sólo la podemos conocer viéndola».

«No existe forma alguna de transmitir la sensación de la luz a un ciego; por tanto es ella la resultante final de nuestra actividad. Es posible hablar de movimiento y mostrarlo, pero no es posible hablar de luz y mostrarla. Aunque

en última instancia ambas sensaciones requieren de nosotros para existir como experiencias. La luz es todo nosotros, la sensación de movimiento también. En realidad, toda experiencia lo es, no como verbo, no como lógica, sino como experiencia. Una roca no debe ver luz, ni un río, a pesar de ser alumbrados por ella. Sólo yo veo luz como luz porque yo soy la luz que veo cuando la veo».

Para Sen-yu tales pensamientos eran habituales, sobre todo después de una plática con Yu-sen. Sin embargo, hoy eran especialmente vivenciales. Había un misterio increíble en el simple acto de ver una luz y era que ésta no existía como tal fuera del que la veía.

—¡Pero cómo! —se preguntó Sen-yu—, ¿cómo soy capaz de ver algo que no existe?

De pronto algo sucedió en el interior del anciano. La pregunta que acababa de plantearse se le apareció como la más general y universal, la más profunda y misteriosa. «No sólo la luz —se dijo temblando de emoción—, todo lo que siento tiene un carácter milagroso, es mi creación y al mismo tiempo soy incapaz de comprenderla. Soy yo como totalidad el que es incapaz de comprender su totalidad. ¿Pero quién ocupa el punto de más elevada visión: mi visión de la luz o mi pregunta acerca de cómo aparece? ¿Quién soy yo cuando veo la luz?, ¿el que se pregunta acerca de su procedencia o la luz misma? Si yo soy quien pregunta entonces estoy sobre una montaña desde la cual puedo divisar aquello que me nutre. En cambio, si soy aquello que me nutre, la pregunta acerca de la procedencia de ese aquello es inconmensurable conmigo mismo».

Una voz interna comenzó a recitar una frase. Al principio, Sen-yu pensó que era una especie de sugerencia consciente, tendiente a lograr una respuesta, pero escuchó cómo aquella voz decía: «¡Soy la luz!... ¡Soy la luz!», y pronto se dio cuenta de que no era sugestión. Cuando él veía la luz, la luz era él. Quien preguntaba acerca de la procedencia de la luz era la misma luz que él mismo era.

En la cueva en donde Sen-yu hacía tales meditaciones un ruido seco comenzó a oírse. No era la primera vez que tal cosa ocurría y Sen-yu sabía su procedencia. Un nido de murciélagos de montaña ocupaba uno de los nichos de las rocas que formaban las paredes de la cueva. El ruido no era otra cosa que el movimiento de esos animales. Pero el ruido era otra cosa para Sen-yu; por lo menos para el Sen-yu de ese instante. El ruido era ruido y con ese carácter aparecía.

No había diferencia entre la luz y el ruido desde el punto de vista de su existencia vivencial. Es más, no diferían en ese nivel de existencia. Los dos existían y tan mágica era la luz como el ruido. Eran en Sen-yu y en nadie más. La roca no los oía a pesar de ser creados en ella. Ni aun los ciegos murciélagos veían luz y probablemente sus sensaciones ante el sonido eran muy diferentes de las de Sen-yu. Quizá el sonido era tacto, dolor, sabor o aun temperatura. Pero también para aquellos animales era algo. ¿Cómo era posible? ¿Quién y en qué se creaban? ¿Cómo ocurría esa creación?

Sen-yu comprendió que en la base y fundamento de lo obvio y cotidiano se encuentra lo que no es posible comunicar con palabras y lo que difícilmente se *cognita* con conceptos. La experiencia, en su pureza fundamental, es incommensurable. Es creación absoluta. No existe sino como resultante final.

El ruido de los murciélagos, el pensamiento acerca del origen de la luz y aun su respiración dejaron atónito a Sen-yu. Todo era visto desde una perspectiva diferente para él.

—¡Somos dioses! —se dijo emocionado.

Sen-yu abrió los ojos y sintióse transparente. El viento que penetraba en la cueva se acompañaba de sonidos de montaña y coloración de atardecer, pero no existía un Sen-yu que tales sentimientos tuviera. No existía Sen-yu como centro de todas ellas sino como parte. Sen-yu se volvió el sonido, el viento y la luz y dejó de sentir su cuerpo. Era un a través de... era transparente y etéreo. Podía flotar y volar, pues no pesaba absolutamente nada. Podía... Sen-yu lanzó una exclamación de asombro, miró a su alrededor dándose cuenta de que su cuerpo flotaba a la mitad de la cueva. No había suelo contra el cual sentir presión o sostén. No existían paredes ni cuerpos. Flotaba en el espacio y nada lo molestaba.

Sen-yu reposaba en su camastro. Había sido demasiado y una sensación de saturación lo llenaba. Trató de reproducirlo y se dio cuenta de la dificultad que representaba hacerlo. Parecía haber tenido contacto con tantos pensamientos y haber sentido el surgimiento de otro yo, que ahora observaba. «Recuerdo una conclusión —se dijo a sí mismo—, tengo una capacidad increíble de ir hacia mi misterio y me gusta, excepto que algunas veces salgo golpeado».

Eso lo había llevado a plantearse lo que se estaba planteando, es decir, a verlo más allá de su significado y a encontrarse, al hacerlo, con una lucha endiablada. Por un lado algo le decía que tenía muchos yos y que podía escoger. Otra voz le decía que al escoger uno es necesario enriquecerlo. Sen-yu era pensamientos en ebullición. Recordó lo que sentía después de la levitación: «Había algo que me frenaba y era el deseo de comprender si lo que pensaba llevaba a descubrir universales o si sólo era un mundo particular al que reconocía».

Por un momento Sen-yu quiso ir a contárselo a Yu-sen. “Le diré —pensó— que deseo hacerle una pregunta. Le confesaré mi duda y le daré un ejemplo: ¿Si yo pienso de determinada forma y si al mismo tiempo cae una naranja de un árbol cercano, eso quiere decir que al interesarme en ello estoy camino de universales? o es sólo mi mundo el que se me presenta”.

Sen-yu lo pensó mejor. Yu-sen no lo comprendería o quizá lo comprendería demasiado. Sería interesante ver su reacción. Pero Sen-yu no se levantó de su camastro y ahora que lo recordaba no lo pudo recordar.

—¿Qué es la vida? —se dijo de pronto—. ¿Es que en realidad tengo muchos yos de dónde escoger? ¿Hasta dónde estoy jugando?

En ese momento Sen-yu recordó. Se dio cuenta de que había descubierto un nuevo yo, algo que al oír todas esas discusiones decía:

Calma sistema, calma discusiones y combatientes. Yo los veo a todos y las preguntas de universales o particulares son solamente un caso particular en mi interior. Nada hay fuera de mí, por ahora, por el momento, ese soy yo. El yo que ve y decide cuáles otros deben callarse y cuáles lo llevan lejos de sí mismo.

Sen-yu era otro Sen-yu. Podía decidir...

—¿Es aquello que estudia la naturaleza acercamiento a algo que me lleve más cerca de mí mismo? —se preguntó el nuevo Sen-yu—. ¡No!, en tanto que no me enseñe más acerca de mí mismo —se contestó...

—Pero quién es mí mismo, quien soy yo sino...

—Soy el que decide —se dijo el nuevo Sen-yu.

—¿Y cómo decide?

—Cuando lo sepa, seré aquello que se ve a su yo decidir. Mientras tanto ya no soy el que decide. Ahora me veo decidir, ahora entiendo que no es posible parar.

Sen-yu cerró los ojos. Le sucedía algo que no podía comprender. No tenía ningún punto de referencia conocido. Había pedido ser estimulado y ahora se encontraba perdido entre miles de secuencias de pensamientos. Abrió los ojos y decidió ir a visitar a Yu-sen.

Se levantó de su camastro y se dirigió a la salida de la caverna. Mientras caminaba siguió pensando en lo que le había sucedido. Llegó a la cueva de Yu-sen y se quedó parado a la entrada. Yu-sen estaba sentado en medio de la cueva, con los ojos cerrados. Sen-yu tomó aliento y con suma cautela se acercó al otro anciano. La cara de éste mostraba una relajación absoluta; no había un milímetro de piel contraída. A punto de tocarlo, Sen-yu se dio cuenta de que su amigo abría los ojos. Tras un momento de duda y sorpresa, Yu-sen invitó al visitante a sentarse junto a él y le preguntó la razón de su visita.

Sen-yu lo miró con cariño y casi en un susurro le contó lo que le había ocurrido.

—Cuando me di cuenta de que flotaba en medio del cuarto —le dijo reprimiendo la emoción— fue tal mi sorpresa que por poco me desvanesco. Pero ello no fue lo más asombroso. Un momento después de recuperarme de la impresión, miles de pensamientos me invadieron, todos ellos lógicos y de una profundidad hasta ese momento desconocida para mí. Traté de recordarlos en mi camastro, pero no me fue posible. La sensación era de absoluta necesidad de verte; es necesario que me ayudes a recordar y además aclarar lo que me aconteció.

Yu-sen miró larga y atentamente a su anciano amigo y con una expresión de duda en su rostro le reclamó:

—Me extraña, querido Sen-yu, que no seas capaz de comprender lo que ha sucedido, pero me extraña aún más que trates de hacerlo. ¿No has aprendido acaso que cuando de nuestro interior se trata existen misterios tan profundos, que pretender comprenderlos es sólo una especie de baratija que

los convierte en verdades a medias? ¿No has comprendido que el comprender tiene límites?

Sen-yu meditó largo rato antes de contestar. Se rascó su bigote con un gesto que indicaba un desacuerdo con las palabras de su amigo. Por fin habló, y sus frases llenaron la caverna de Yu-sen con entonaciones graves y serias.

—Para ti así es —le dijo mientras lo miraba fijamente a los ojos—, mas no para mí. Soy, y mientras sea, tengo una gran responsabilidad conmigo mismo: entender lo que sucede en mi interior. Hoy más que nunca lo he comprendido. Soy en ascenso y evolución y cada giro de la espiral de mi crecimiento incluye a todos los anteriores. Lo que antes permanecía disperso se une en un nuevo yo que incluye a toda mi experiencia. Ese nuevo yo, para serlo íntegramente, debe comprender lo que contiene.

—Sigo sin entenderte —contestó Yu-sen, en un susurro—. Dices que nuevos yos aparecen cuando en realidad tú eres los mismos. No cambias en ese punto, te conservas, y si bien comprendes más profundamente o sabiamente, el que así lo hace sigue siendo también tú.

Sen-yu reconoció la lógica del argumento, pero reaccionó ante él con incredulidad. Había cambios tan drásticos con cada nuevo aprendizaje que nada, a partir de éstos, se conservaba igual. Aun la sensación de yo cambiaba transformándose en vivencia novísima. Si Yu-sen no lo comprendía, así, quería decir que no había sufrido experiencias similares. Sen-yu recordó las ocasiones en las que discusiones como la presente habían llevado a malentendidos. Sen-yu entendió que eso se debía a que él considerábase como multidimensional, mientras que su amigo como unidimensional. Sen-yu se experimentaba a sí mismo como unidad integrada mientras que Yu-sen como facetas independientes, cada una de ellas asociada a una sensación única y diferente de las demás. «Es verdad —reconoció para sí mismo—, que hoy he sabido de la existencia de muchos yos en mi interior, pero también lo es el que todos ellos experimentaron unirse en una nueva experiencia de inclusión, en la que un nuevo y más integrado Sen-yu veía a los otros Sen-yu como partes de sí mismo». Notando que su amigo esperaba una respuesta le dijo:

—Es muy importante recordar que, a pesar de nuestra larga convivencia, seguimos siendo diferentes; tus experiencias de ti mismo difieren de las mías en gran medida, sobre todo en lo que se refiere a tu sensación de yo. Eso me dice que mi individualidad va más allá que mi sensación de universalidad y a pesar de que me aterroriza reconocerlo, debo aceptar que aun mis más claros y aparentemente humanos pensamientos sólo son míos. Por ello no rebatiré lo

que acabas de decir. Lo acepto como tu sabiduría y te pido que hagas lo mismo con la mía; de otra forma no podremos continuar hablando.

Yu-sen pensó que su amigo exageraba. A pesar de saber que siempre había defendido la multidimensionalidad de cada uno, Yu-sen consideraba que su sensación de muchos yos no era un caso particular sino una verdad absoluta.

—Reconozco —dijo Yu-sen por fin— que somos diferentes. Además intuyo lo que está detrás de tus palabras. Es obvio que ambos diferimos en un aspecto esencial y esta es nuestra sensación de yo. Para ti esto es un acto integral y unificado cuando para mí es perteneciente a muchos compartimientos independientes en mi interior. Respeto tus experiencias, pero me cuesta mucho trabajo pensar que estoy equivocado. No puedo creer que no compartas mi experiencia de ser. Probablemente no has pasado por las experiencias necesarias para sentir la claridad y verdad de lo que te digo.

Sen-yu sonrió y se dio cuenta de que ambos consideraban que las diferencias en opinión que manifestaban se debían a una falta de experiencias.

—No dudo que tengas razón —le dijo calmadamente— y creo que la única forma de llegar a un acuerdo al respecto es esperar que nuevas experiencias ocurran en los dos. Pero ahora, dime cómo explicas lo que sucedió, cómo es posible que haya flotado en el aire.

—Te repito —le dijo Yu-sen— que no espero ser capaz de entender tan prodigioso fenómeno, a menos que haya sido una ilusión.

—¿Qué quieres decir? —dijo sorprendido Sen-yu.

—Quiero decir que quizá te lo imaginaste.

Con tono de enojo Sen-yu replicó:

—Soy bastante viejo como para poder diferenciar lo que mi imaginación me dice de lo que en realidad sucede.

—¿Estás seguro? —replicó dubitativo Yu-sen.

—No podría estarlo más. Sé que no soñaba, sé que no fue una ilusión —contestó Sen-yu.

Yu-sen flexionó los hombros en señal de duda antes de replicar:

—Si en verdad flotaste en el aire, entonces eres capaz de volver a hacerlo. Déjame ver tu vuelo y creeré que eres un pájaro.

Sen-yu miró el techo de la caverna por largo rato. Volteó después hacia su amigo y le dijo:

—No soy capaz de repetirlo ahora, pues todavía no comprendo cómo ocurrió. Debo comprenderlo y cuando así lo haga lo podrás constatar.

8

Nunca antes había ocurrido pero sucedió que ni al día siguiente ni en los próximos diez días los ancianos volvieron a verse. Ambos se dedicaron durante ese tiempo a reflexionar aisladamente.

Sen-yu se apartaba cada vez más decididamente, en sus pensamientos, de todo contacto con una realidad que para Yu-sen era la más obvia y constante. Al mismo tiempo, Yu-sen aprendía a disfrutar más y más de tal realidad. El mundo, como era visto perceptualmente, le parecía a Sen-yu una completa confusión, mientras que a Yu-sen se le revelaba como lo más claro y natural.

Este último era capaz de permanecer durante horas enteras viendo los cambios en la conformación de las nubes, la estructura de los copos de nieve y las alteraciones por las que la iluminación del cielo pasaba. El vuelo de las aves era su predilección. Así ocupaba Yu-sen sus días de aislamiento.

Sen-yu, en cambio, se situaba en un mundo puramente conceptual y abstracto, aunque al mismo tiempo sentía tal mundo como el más real. Al día siguiente de su repentina separación, Sen-yu dejó de sentirse poseedor de un yo. Volteaba a ver las paredes de su cueva y se olvidaba de que él las estaba percibiendo para, en cambio, sentir que éstas le traspasaban. Sen-yu era transparente y dejaba de existir como tal para transformarse en lo que veía.

«¿Qué diferencia existe? —se preguntaba sombríamente—, entre lo que veo y yo mismo; abro los ojos y una imagen me traspasa; nada influyo yo en su aparición; simplemente está sin mi voluntad y participación; cierro los ojos y desaparece en esta situación; volteo mi cabeza y abro los ojos y una nueva y distinta imagen es la que aparece. En cambio mantengo abiertos los ojos en un cielo estrellado y la misma imagen persiste aun cuando cambio de posición.

»Es como si lo más lejano estuviese repetido en cada una de las porciones del espacio que toco y lo más cercano no. Pero si lo pienso mejor, cada punto del espacio contiene todo. Cuando veo una pared de mi cueva la sigo viendo, a pesar de que me mueva, si mantengo la misma dirección en mi vista. Es sólo cuando volteo que cambia. Puesto que veo una pared, volteado hacia ella, y otra cuando giro, pero me mantengo en el mismo lugar que antes, ese lugar contiene a las dos paredes. Todo lugar en mi caverna contiene a toda la caverna, todo lugar fuera de mi caverna contiene a todas las estrellas de una noche sin luna.

»El espacio —siguió pensando Sen-yu— es tan complicado como yo mismo. En realidad lo que contiene cada punto del espacio debe ser semejante a lo que contengo yo, excepto que yo puedo contener a todos los lugares. ¿Es acaso eso lo que me hace consciente? ¿Soy yo, como humano, el que crea mi conciencia o es el espacio en toda su complejidad el que me usa para manifestar una conciencia preexistente? ¿Soy un vehículo o un creador?».

En sus años de juventud Sen-yu había estudiado la ciencia occidental, sabía que ésta consideraba al hombre como una estructura complejísima cuya activación daba lugar al psiquismo. Sen-yu había sido influido por ese conocimiento, a tal grado, que durante mucho tiempo se había planteado el cómo surge la conciencia y en general cualquier experiencia a partir de la estructura y activación corporal, y en particular, la cerebral. Ahora, trató de recordar esos conocimientos con el fin de encontrar alguna posible respuesta a sus reflexiones.

«Cuando veo —pensó Sen-yu—, mi cerebro se activa; millones de células se despiertan en mi interior lanzando miríadas de señales eléctricas que interactúan entre sí. Hay un campo energético que se forma a partir de esa activación; de ese campo deben surgir mis experiencias; el campo existe por sí mismo, siendo la actividad celular su antecedente inmediato, mas el campo es diferente de la actividad elemental que lo provoca. De la misma forma es el espacio.

»Si cada una de sus porciones contiene información acerca del todo, ella debe estar contenida como campos complejos en cada uno de sus puntos. Desde este punto de vista el espacio y yo somos semejantes. No es pues la complejidad la que nos diferencia. Veo y oigo, siento hambre y frío, en ocasiones dolor y sed. ¿De dónde surgen? Si mi complejidad es semejante a la del espacio que me rodea, acaso éste también sufre y posee experiencias. ¿Cómo me transformo a mí mismo en experiencias?».

Sen-yu había llegado a un punto en el que todo le parecía un misterio insondable. No comprendía la razón de su unicidad cuando todo parecía poseer un grado de complejidad semejante a él mismo.

«¿Acaso todo el universo posee un yo que se manifiesta como particulares sensaciones y percepciones?».

Sen-yu decidió que la contestación a tales preguntas debería esperar. No encontraba forma de explicarse lo que antes le parecía obvio y claro. Envidió la claridad de Yu-sen y al mismo tiempo su entera confianza en el hecho de que lo que veía y vivía valían en sí mismos como la más incontrovertible realidad.

Se recostó en su camastro y cerró los ojos, deseando que los pensamientos y las dudas dejaran, al menos por unas horas, de atormentarlo. Se durmió y después de un tiempo despertó. Se talló los ojos, se levantó del camastro y echó a andar en dirección a la salida de la cueva. Sentíase completamente liberado y una gozosa emoción lo llenaba por completo. «En verdad —pensó— hace mucho tiempo no me sentía tan lleno de vida. Es extraño que hace unas horas nada fuera claro y que ahora todo lo sea». Sen-yu salió de la cueva y al ver el panorama de las montañas nevadas y de los desfiladeros gigantescos se sintió como un recién nacido, para quien el mundo recién descubierto fuera lo más importante.

Después de penetrar a la caverna con el objeto de arreglar su camastro se dio cuenta de que éste no se hallaba al descubierto. Se acercó unos pasos y entró. En la penumbra alcanzó a ver un bulto que ocupaba la porción media del mismo. Se acercó un poco más y una impresión de frío instantáneo lo llenó. Aterrorizado reconoció su propio cuerpo acostado sobre el camastro.

9

Mientras tanto, Yu-sen contemplaba una de las paredes de su caverna. No era la primera vez que tal hacia y por tanto cada una de las piedras y recovecos que veía le despertaban una sensación de familiaridad. De pronto algo desconocido atrajo su atención. Era una saliente de roca que a esa hora de la tarde brillaba con un tinte ambarino. Yu-sen, acostumbrado a su soledad y casi por completo privado de contactos humanos, reconoció en ese viraje de atención algo significativo.

«La saliente —pensó con gozo— dice algo de mí, puesto que me atrae; en verdad que todo lo que veo dice más de mí mismo que del objeto en si. Esa saliente, por ejemplo, su forma y límites precisos están dentro de algo que me provoca una emoción. Quizá alguna vez me encontré con la misma forma y ello vino acompañado de algún evento importante, o quizá, alguno de mis antepasados me donó una estructura interna que de alguna forma coincide con esa forma que ahora me atrae. Porque nada es por azar y todo se halla conectado en una red poderosa e inescapable. Me encuentro viendo y en esa acción incluyo todo mi ser y ascendencia. Si aquello que veo o traduzco en palabras, digo que sólo percibo una piedra común y similar a todas las piedras. Pero si soy capaz de irme más allá de mis palabras, encuentro formas irrepetibles y únicas que probablemente despierten mi atención al reproducir los antecedentes de mis actos... lo que pienso, mi forma de ver el mundo y la lógica que me Pertenece. Si fuera capaz de saber todo aquello y reconocer en cada uno de mis actos todo mi contenido, ¡cómo me conocería! Nada Permanecería olvidado o dado, y todo, en cambio, hablaría de mí y me enseñaría lo que en realidad soy. La primera respuesta ante un amanecer, el primer pensamiento ante la presencia de Sen-yu y el primer giro de mis ojos ante lo que me atrae dice más de mí que todo el razonamiento posterior.

»El problema es que soy en una unidad cientos de universos. Me siento uno y sin embargo detrás de mi vivencia como unicidad existen millones de diminutas acciones de las que no puedo ser consciente.

»¿De cuáles de todas esas acciones me habla esa saliente? ¿Qué porciones de mí mismo se estimulan al verla? Es sorprendente que sea, es increíble que de todo aquello que me constituye surja mi ser».

Súbitamente, Yu-sen dejó de reconocer la saliente como tal y la empezó a ver como parte diminuta de una figura que adquiriría forma,

independientemente de su voluntad... una cara. La saliente se transformó en la barbilla de la misma y unas líneas de las rocas, en la nariz, los ojos y el cabello de ella. No había otra posibilidad y Yu-sen se sintió ante un milagro. Una perfecta cara de mujer apareció ante sus ojos. Era bellísima y le recordó a alguien del pasado. Asombrado, Yu-sen siguió observando.

De la boca de la mujer salía un vapor que tenue y nebuloso dejaba entrever otra figura. Un cuerpo musculoso de un joven barbado se formó a partir del vapor. Yu-sen se reconoció a sí mismo cuando joven y al volver a mirar esa cara femenina supo de quién se trataba. Pero antes de mencionar el nombre, la roca que se encontraba por encima de la cara sufrió también una transformación. Un leve moho verdusco que la cubría se volvió pradera gigantesca, y un ángulo superior, montaña majestuosa. La mujer y el hombre quedaron así encuadrados dentro de un paisaje alpino y tan pronto como eso sucedió, un lago, un bosque y unas nubes también aparecieron.

Pronto una escena majestuosa estuvo ante la mirada pasmada de Yu-sen. En un paisaje lleno de pinos, montañas y lagos, una gigantesca cara de mujer dejaba salir a través de su boca un hombre que más que él mismo parecía un ejemplar bellísimo del ideal filosófico. Entre los bosques y picos de montaña un águila de cabeza blanca y alas extendidas contemplaba la escena mientras aprovechaba un viento cálido como sostén para planear. Ahora Yu-sen no sólo veía una pintura estática; la mujer hablaba y en cada palabra contenía otro hombre. El águila volaba y unas nubes, color naranja, cambiaban plácidamente de forma, empujadas por la brisa y el vapor de los lagos.

Yu-sen volteó a su derecha y se dio cuenta de que un sol rojizo y caliente iluminaba toda la secuencia de movimientos. Había algo mágico y maravilloso en la visión.

«No era inventada —pensó Yu-sen— ni tampoco producto de una fantasía desbordada. Las piedras contenían tales mensajes como si cada una de sus partes constituyese un transformador de energías cósmicas. Algo en el espacio contenía toda aquella información y la plasmaba como imagen en los detalles de las rocas. Era una especie de registro del pasado manifestándose en el presente. Era —a Yu-sen le temblaron las manos cuando lo dijo en voz alta—, era el registro Akáshico».

10

«Lo primero que vemos de una hoja de árbol es su contorno. Éste dibuja la forma del objeto presentándola clara y precisa ante los ojos entrenados y avizores. Después surge el contenido; el color, el volumen y los pequeños detalles que unidos forman un todo indestructible y único.

»Después cada hoja se une con su vecina y una rama que las sostiene surge como puntal de vida. Más adelante ni la rama ni las hojas se perciben como elementos aislados, sino por el contrario, como una unidad plena de sentido e integración. Cuando el árbol como totalidad es visto, los detalles del mismo han sido incluidos en la visión.

»Así es en un árbol y así es en la vida. Miles de pensamientos se unen dando lugar a una palabra o a una emoción. El hombre mismo es la demostración más clara de este principio de inclusión. Formado por miles de millones de elementos celulares y atómicos, constituido por un conjunto astronómico de espacios vacíos y sistemas complejos, el hombre, sin embargo, es una unidad. Su frontera la constituye su conciencia y su sensación de yo. Estas últimas son el producto de toda su organización y la contienen en algo que se escapa a la dimensión de sus elementos constituyentes, por ello es que una conciencia sólo puede ser entendida por otra conciencia. Ninguno de sus elementos y partes es capaz de comprender e incluir a su resultante total. El universo y la naturaleza son otro ejemplo».

Cuando Yu-sen terminó de ver las imágenes de la pared y cuando Sen-yu retornó a su cuerpo, la sensación de haber hallado un elemento explicativo general empezó a formar parte de los dos... Se reconocieron como pináculo y resultante de todo lo que los contenía y al mismo tiempo fueron capaces de ver que tal principio de inclusión era común a cientos de fenómenos, incluyendo sus propios procesos pensantes. Ambos ancianos llegaron a la misma conclusión sin saberlo y sin poder reconocer con claridad el camino que habían seguido. Después de todos aquellos días de aislamiento sintieron la necesidad de comunicarse, y como si lo hubieran premeditado, se vieron acercándose uno al otro hacia su punto usual de reunión.

Como si nada sorprendente hubiese acontecido se saludaron con un movimiento de cabeza y se sentaron en sus rocas favoritas. Permanecieron en silencio por un instante y después se rieron, con una risa cantarina y cálida.

Se relataron sus experiencias dándose cuenta de que un nuevo nivel de comunicación se había establecido entre ellos. Después de varias horas de continuo relato volvieron a permanecer en silencio hasta que Sen-yu exclamó alegremente:

—Somos contenedores de universos, somos lo que como última transformación surge de nosotros mismos.

—Pero no sólo eso —le respondió seriamente Yu-sen—. Poseemos la capacidad de verlo todo, reconocemos historia y pasado porque percibimos la red que nos une. El tiempo, para nosotros, desaparece con tal capacidad porque al pasado lo convertimos en presente.

—Es verdad —le contestó Sen-yu—, eso me hace recordar un viejo amigo. Vivíamos como vecinos en un pequeño pueblecito rodeado de montañas. Él se dedicaba a la pintura y yo a la meditación. Como nosotros, también él y yo nos reuníamos a conversar. Un día me contó un sueño que hasta ahora empiezo a comprender. Mi amigo se vio pintando una flor, pero a la mitad de su trabajo la flor desapareció para dar lugar a una serie de puntos aislados que vibraban a diferente ritmo. Desesperado por no poder pintarlos, se despertó sudoroso y angustiado. En ese momento se dio cuenta de que el mundo que veía era una creación propia. La flor que pintaba en sueños se lo dijo.

—No lo entiendo —dijo pesadamente Yu-sen.

—Yo tampoco lo entendía pero ahora es claro. La red de que hablas es lo que habita en el mundo antes de nuestra intervención. Vemos una flor no porque la flor se halle como tal en el exterior sino porque la creamos como experiencia. En realidad, la flor es energía transmitiéndose hacia nosotros y rodeándonos. El pintor que así lo entendía después de su sueño ya no fue el mismo.

—¿Qué le sucedió? —preguntó con curiosidad Yu-sen.

—A partir de ese día intentó pintar no lo que veía sino lo que se encontraba a su alrededor como realidad primaria.

»Después de años de esfuerzos, logró reproducir tal realidad con una maestría inigualable. A pesar de que sus cuadros ya no incluían objetos tal como los vemos, sino puntos y líneas, sombras y claros con una ilusión de movimiento, despertaban en el que los veía una sensación incomparable de realidad.

—¿Quieres decir que a pesar de no contener formas ni contornos estimulaban en el observador una visión coherente y con significado?

—Más que eso —dijo con seguridad Sen-yu—; sus cuadros eran ventanas al mundo. Cuando uno se asomaba a ellas veía objetos en tres dimensiones flotando en un espacio idéntico al que reconocemos cuando vemos.

—Extraordinario —replicó Yu-sen—, tu amigo encontró el secreto de la realidad visual.

—Sí, lo hizo, y además lo sabía. Decía que era muy sencillo, que consistía en reproducir la llegada energética reflejada por cualquier objeto y no el objeto mismo. Aprendió a respetar al observador de sus cuadros dejando que éste construyera una realidad a partir de la información que normalmente usamos cuando percibimos sin darle una transformación previa de esta realidad.

—¿Quieres decir que ofrecía los elementos y dejaba que las inclusiones las realizaran los que veían sus cuadros? —preguntó Yu-sen.

—Por supuesto, pero para ello acomodaba esos elementos de tal forma que la luz que iluminaba sus cuadros reprodujera los cambios de energía necesarios para dar la misma información que cualquier objeto real.

—¿Y de qué conversaban? —preguntó de nuevo Yu-sen.

—Platicábamos de la forma y la técnica necesaria para lograrlo. En ocasiones discutíamos durante horas enteras acerca de cómo cada uno veía el mundo. Recuerdo que durante el desarrollo de su técnica, mi amigo descubrió que muchas veces él creaba una realidad en lugar de dar los elementos necesarios para que la labor de creación fuera hecha por el observador. Innumerables veces descubríamos pasmados que cada ser humano refleja en sus creaciones perceptuales el nivel de conciencia en el que se encuentra. Por tanto, para cada ser humano era necesario dar los elementos pictóricos en diferente nivel de desarrollo.

—Supongo que buscaban un equilibrio —afirmó Yu-sen.

—Esa fue la parte más difícil. No era posible para mi amigo pintar cuadros sólo reconocibles para un ser humano. Al darse cuenta de esta posibilidad buscó un equilibrio. Debía plasmar en un lienzo todos los niveles en uno solo. Antes de morir me dijo que al fin lo había logrado. Me mostró su último cuadro y yo supe que era cierto.

—Me hubiera gustado ver ese cuadro —dijo Yu-sen con cierto dejo de melancolía.

—Te lo puedo mostrar cuando quieras. Es la única posesión que conservo y se halla en mi cueva.

11

Yu-sen había permanecido inmóvil durante largo tiempo observando el cuadro. Tres ramas de cerezo aparecían a su vista como si en realidad se encontraran ahí.

«Sen-yu tiene razón; es como asomarse a una ventana a través de la cual se ve un jardín».

La claridad de la pintura hizo pensar a Yu-sen acerca del nivel de conciencia de su autor. Le sucedía a menudo que un suceso nuevo y lleno de contenido como éste lo hacía interrogarse acerca de otros y acerca de sí mismo.

«¿Es que todo lo nuevo que aprendo —se preguntó sintiendo que una nueva visión de su interior se aclaraba— me lleva a cambiar, a adquirir una nueva y más amplia conciencia, o es solamente un dato más, una nueva información como cualquiera otra? ¿Soy una entidad cambiante en sentido ascendente o un mar cuyas olas son contenidos independientes?».

Le dieron ganas de preguntárselo a Sen-yu y cuando estaba a punto de hacerlo un suceso olvidado de su niñez retornó. Vivía en una choza con su madre y una noche se había despertado gritando por la angustia de una pesadilla. Su madre lo había tomado en brazos y preguntando qué le ocurría. El pequeño Yu-sen le había relatado su sueño: «Navegaba en una barca en medio de una tempestad cuando caí al mar. Una ballena se acercó a mí y abriendo su boca me tragó. Grité pidiendo auxilio y nadie me entendió». Su madre trató de consolar al niño y éste, entre sollozos, le dijo: «Sé que existen pensamientos bellos, de muchos colores y formas y antes de dormir siempre me digo que quiero soñar con cosas bellas pero mi cabeza no entiende lo que le digo».

«He aquí —pensó Yu-sen— que a esa edad yo ya era consciente de poseer un interior inaccesible e incapaz de modificarse con base en un acto de voluntad. ¿Pero era realmente consciente de ello o simplemente sucedía? Quién, en última instancia, soy yo, que ya desde esa edad sabía y que después olvidó sus enseñanzas. ¿Ya era poseedor de un centro que se reconocía a sí mismo o ese centro se creó por experiencia? Puesto que todo en la naturaleza es inclusión ascendente, quizá hasta que llegué a incluir en un centro integrado todas mis experiencias no surgí como yo mismo. Pero también es posible pensar que ese centro ya se encontraba desde un principio».

¿Desde un principio? Yu-sen tenía la clara sensación de estar a punto de retroceder en el tiempo. A pesar de encontrarse con los ojos abiertos y junto a su amigo, claras imágenes lo invadían. Ensimismado se despidió de Sen-yu y se dirigió a su morada. Se sentó en medio de la cueva y se dejó ir Ubre y tranquilo. Caras, gentes formando una multitud corriendo por calles empedradas. Ojos abiertos por el espanto y bocas gritando una negación. Brazos en alto, de multitudes espantadas. Inútil detener aquello, los rostros enfurecidos de miles de seres avanzando en columnas compactas intentando detener un suceso. En momentos rogando y en otros exigiendo que algo no prosiguiera. Como una madre ante la perspectiva de ver torturar a un hijo, así esos cientos de miles y miles de bocas, ojos y cuellos enrojecidos por la presión y llameantes de espanto perseguían una carreta oscura con techo de lona.

Tarde calurosa y polvorienta de persecución, de espanto. Un montículo y tras él un valle. La carreta trotando entre piedras y polvo, levantando tierra y oscureciendo el cielo. Golpes de piedra y nubes y en un asiento un niño, boca de plomo y ojos de avispa. Hombros morenos y frente de niebla. De carreta negra y de lona, nube de polvo y después punto distante.

Convencidos de la inutilidad del esfuerzo, la multitud frustrada paróse en seco y esperó, ahí, bajo un sol pesado y deslumbrante, rodeada de espejismos y temores. Ahora un orificio, entrada de mármol y paredes de alabastro, ancho, profundo y penetrado en la misma tierra y polvo que el niño, la carreta y la gente. Al fondo y sin fondo una pared brillante. Colgado de un techo un círculo incrustado de diamantes y una cruz.

Llegando al mismo, la carreta se detuvo y el niño, ágil y tenso penetró al alabastro. Ojos sulfurosos, fosforescentes y cráneo rapado, rostro rudo, surcado de caminos de tiempo. Monje anaranjado, túnica flotante, manos de fuerza, boca de mármol. Niño y monje, monje y niño, sentados, frente a frente y de pronto luces, vuelos y rubíes.

Yu-sen se reconoció en el niño y trató de recordar la plática con el monje. Pero algo oscurecía la memoria y el esfuerzo frustraba. De nuevo se preguntó quién era él y cuál la realidad. Yu-sen empezaba a vivir en una duda constante y ello lo asustaba.

Sin imaginárselo siquiera, Yu-sen se estaba planteando las mismas preguntas que Sen-yu. Ambos indagaban acerca de sí mismos. Para Yu-sen constituía toda una metamorfosis y un acceso a problemas que nunca se había planteado con ese grado de claridad.

Su sensación de yo, lo que veía como una creación y su historia. Yu-sen siempre había considerado que la realidad era una y ahora se cuestionaba tal consideración. Sen-yu, en cambio, llegaba dolorosa y pacientemente a la adaptación de lo que su amigo ya había sobrepasado. A pesar de su edad, o quizá por ella, los dos ancianos habían entrado de lleno a una etapa de cambios e interrogantes fundamentales.

12

Aquella mañana, Sen-yu de nuevo sentíase transparente y elástico; no era él quien veía sino la visión misma; no existía un observador sino lo observado. Sus brazos parecían alargarse a voluntad y sus piernas lo sostenían como una roca sostiene a un árbol o un cauce montañoso a un río.

Las cosas, tal como se nos presentan en sus relaciones, cambios y secuencias, son nuestra realidad. De alguna forma estamos contruidos para ver el mundo como lo vemos y aunque creamos los objetos, éstos son nuestra dimensión. Aceptar la realidad que percibimos siendo conscientes de su carácter de creación es delicioso. Pero ver esa realidad como reflejo de uno mismo es el verdadero aprendizaje. La súbita tormenta que relaja y refresca una tarde calurosa y llena de tensiones, la luna llena que alumbraba una noche que se resiste a serlo, el rocío mañanero que evita la muerte dictaminada por una sequía prolongada. Todo ello nos refleja y dice más de nosotros mismos que cualquier consideración racional.

Sen-yu era capaz de detectar en lo que lo rodeaba su presencia humana. El vuelo de un ave o aun de un mosquito no eran fortuitos ni azarosos para él.

Yu-sen, en cambio, era todo confusión. Los recuerdos de su niñez habían renacido perdidas emociones. Pero no todo eran recuerdos, había un telón oscuro que impedía asomarse a ciertas experiencias tempranas y eso desesperaba al anciano. Si siempre se había considerado abierto al mundo y en contacto con sus contenidos, esa mañana era de reclusión y aislamiento. Su realidad eran las imágenes y los pensamientos asociados con ellas. Yu-sen comprendió a su amigo Sen-yu a pesar de que en esos mismos instantes éste permanecía transfigurado y deleitado por percepciones externas. La plática con el monje vestido de anaranjado y los sucesos asociados con ella eran para el Yu-sen de esa mañana, misterios difíciles de recobrar. Sólo la sutil sensación de asombro y de que algo extraordinario había ocurrido aquella ocasión lo llenaban, pero nada más.

Intentó olvidarse de su confusión recordando al mundo externo. Ya se había percatado días antes de que las reservas de alimento que él y su amigo guardaban en comunidad escaseaban. Se dirigió a la parte más fría de su cueva, aquella que servía para mantener en estado de congelación a las presas que les servían de alimento y confirmó lo que se temía. De acuerdo con los cálculos más optimistas, sólo tenían alimento para unas semanas más.

Yu-sen era el encargado de administrar los alimentos y colocar las trampas que, al accionarse, les proporcionaban ratas de montaña, cabras salvajes y de vez en vez algún oso. Varias veces habían intentado plantar verduras o cualquier vegetal comestible, pero el frío perenne y las continuas nevadas a veces frustraban tales empresas. Sólo las trampas eran confiables en esas alturas y a través de los años Yu-sen se había convertido en un verdadero experto en confeccionarlas y colocarlas en lugares estratégicos. Para Yu-sen la cacería era un pretexto de aprendizaje, amén de entretenimiento gozoso. Sen-yu dependía de su amigo en esos menesteres, pues su carácter y habilidades no concordaban con ese trabajo. En cambio, Yu-sen dependía de su amigo para la recolección y secado de la leña que ambos utilizaban para calentarse y derretir la nieve que les servía de bebida. A pesar de la escasez de madera, Sen-yu siempre se las ingeniaba para mantener una buena provisión de ramas y troncos de árboles de montaña. Generalmente tal recolección la realizaba durante el verano guardando el material en la parte más seca de su cueva; sólo en un invierno habían realmente tenido problemas por falta de calor. Durante semanas enteras habían permanecido a una temperatura de congelación, confiando en ejercicios de respiración yoguis para mantenerse vivos y relativamente confortables.

Reconociendo en la recolección de las presas un medio para salir de los recuerdos confusos y de las imágenes dolientes, Yu-sen se aprestó a recorrer los alrededores. Durante varios minutos observó las nubes y los colores que reflejaban los picos y salientes del Nanga-Parbat y sabiendo que ninguna tormenta de nieve se avecinaba, salió de su cueva. A pesar de su edad, el continuo frío y la actividad casi atlética que representaba cazar en esas latitudes, el anciano se mantenía fuerte y vigoroso.

Todavía con una cierta melancolía resultante de sus recuerdos, Pero al mismo tiempo con una sonrisa a flor de labios, caminó animosamente alejándose cada vez más de su morada.

Al anochecer regresó cargando dos magníficos ejemplares de cabras salvajes congeladas y media docena de ratas de montaña.

Ningún oso había caído en las trampas y aunque eso significaba una limitación, el problema de alimentación de por lo menos mes y medio quedaba resuelto.

Después de almacenar los alimentos en su cueva, Yu-sen se dirigió a ver a su amigo y a darle las buenas nuevas.

13

Cuando aquella tarde los dos ancianos se vieron de frente, reconocieron que algo se transformaba en sus rostros. No es que hubieran envejecido, sino todo lo contrario. Las profundas arrugas parecían menos intensas y los ojos más brillantes. Aun el cabello y la barba mostraban signos de rejuvenecimiento. Sen-yu fue el primero en hacerlo notar y Yu-sen en confirmarlo.

—¿Qué sucede? —preguntó por fin Yu-sen.

—Sucede —contestó animosamente Sen-yu— que estoy a punto de aceptar algo que he aprendido de ti.

—¿Qué es? —interrogó con sincera curiosidad Yu-sen.

—El mundo, lo que percibo, el nivel de realidad que se me ofrece, a pesar de saber que es una creación, por primera vez en mi vida no lo cuestiono sino que comienzo a entenderlo como perteneciente a mi naturaleza y a aceptarlo como tal.

Después de estas palabras, los dos amigos permanecieron en silencio por un largo rato. Yu-sen miraba al otro anciano con un gesto mezcla de impaciencia y fascinación. Pensaba, al hacerlo, que era curioso decir que eran sus enseñanzas, cuando él mismo había empezado a dudar de ellas.

A pesar de sentir que era inconveniente manifestar alguna duda sobre aquello que su amigo empezaba a gozar y aceptar, Yu-sen no pudo tolerar la contradicción que representaba saberse imbuido en confusiones y dudas que aparecían precisamente cuando su compañero dejaba de tenerlas.

—Es curioso —dijo con voz fatigada— que tú, en este momento aceptes lo que yo dejo de aceptar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con asombro Sen-yu.

—Quiero decir que toda mi vida acepté lo que veía como la única e incontrovertible realidad. Aprendí a gozar de mi certeza y reconocía en ella la única posibilidad de aceptación; sin embargo todo ello se empieza a desmembrar y en esa desintegración en ciernes ha surgido en mí la duda. Es el haberte conocido y haber confiado en tus palabras el responsable de esto que siento como doloroso, la pérdida de mi mundo.

—Eres injusto —replicó con suavidad Sen-yu—; nadie es responsable de tus transformaciones más que tú mismo. Para mí la pregunta acerca de la realidad siempre fue gozo y me ha llevado a un equilibrio en el que me acepto con toda mi complejidad y capacidad de creación y al mismo tiempo acepto

mi creación. Si recuerdas nuestros diálogos, en mayor o menor medida ambos representamos por mucho tiempo dos extremos que parecían irreconciliables, pero que nos han hecho cambiar y por tanto aprender. Yo me asombraba de tu incapacidad para reconocer otras realidades y tú te asombras de mi capacidad para hacerlo. Ahora yo reconozco un equilibrio entre los dos y tú sólo hablas de confusión y dolor.

—Es cierto lo que dices y te pido disculpas —dijo Yu-sen—; no puedo negar que he aprendido muchas cosas, pero al mismo tiempo debo aceptar que me encuentro en confusión.

—Explícame qué te sucede —pidió calmadamente Sen-yu.

Yu-sen relató sus visiones y recuerdos y las dudas de identidad elemental que habían surgido de aquéllas y éstos.

—¿Quién soy yo? —dijo con desesperación—. ¿Qué es lo que me rodea?

—¿Son tu visión de las paredes de tu cueva y los recuerdos de tu infancia los que te han hecho dudar?

—Creo que eso más todo lo que me has relatado en referencia a tus experiencias extraordinarias.

—¿Mi desdoblamiento y mi vuelo?; pero si yo pensaba que tú no las habías creído.

—Eso pensaba, pero ahora todo es incierto para mí —dijo tristemente Yu-sen—; me encuentro ante vivencias que en otros tiempos no hubiera deseado entender, simplemente aceptar, pero algo que dijiste me ha impulsado a intentar comprender.

—¿Algo que dije? —se asombró Sen-yu.

—Sí, la responsabilidad, dijiste, es total e incluye la necesidad de entenderse. No es aceptable un ser humano que no intente conocerse.

—Sí, eso pienso. A mí me forma todo lo que soy y por tanto debo entenderlo. Si no lo hago no soy íntegro.

—Es verdad, pero también lo es la extraordinaria complejidad que hace de cada uno de nosotros un ser humano; en eso reside mi confusión.

—Sólo te entiendo a medias.

—Me extraña que no lo comprenda alguien que como tú siempre se ha planteado las mismas preguntas que ahora se han convertido en vivenciales para mí. Trataré de explicarte mi confusión. Siempre creí que éramos muchos en uno. Provenimos de dos seres humanos, los cuales, a su vez, representan la unión de cuatro y luego de ocho. En cierto tiempo nuestros padres fueron miles y nosotros solamente uno, todos los seres que nos anteceden forman parte de nosotros y nos conforman. Quizá un gesto mío sea la representación

inclusiva de todo lo que fue un antepasado. Quizá la forma en que siento al mundo represente a varios de ellos combinados en mi unicidad; pero al mismo tiempo, nos sentimos uno. ¿Qué es pues la realidad interna, nuestra sensación de ser uno o todos los que necesariamente nos constituyen como herencia? ¿Soy uno sólo o soy muchos? Cuando cierro los ojos y veo cientos de gentes desconocidas corriendo detrás de una carreta en la que también veo caras, ¿quién soy yo, la unión de todas esas gentes o el niño en la carreta que recuerdo haber sido yo?

»Cuando veo una pared en la que aparece una historia delineándose ante mi vista y en ella mujeres, hombres y montañas, ¿quién soy yo, el que veo o lo que veo? Cuando tú sales de tu cuerpo y lo ves ahí recostado en el mismo camastro que antes ocupaba tu sentir, ¿quién eres tú, el que ve el cuerpo o el cuerpo recostado? Cuando flotabas a mitad de la cueva, ¿quién te constituía, el espacio que te mantenía en vuelo o lo que se encontraba encerrado dentro de tu piel?

Los dos ancianos permanecieron en silencio largos minutos.

Sen-yu trataba de encontrar una respuesta a las preguntas de su amigo, una respuesta que acabara con su confusión y le permitiera deleitarse en sí mismo de la misma manera como él había logrado hacerlo después de tantas dudas y luchas internas. Por fin habló y lo hizo con una calma y suavidad tales que Yu-sen se quedó pasmado mirando los movimientos de la boca de su amigo.

—¿Recuerdas aquel sueño de la telaraña?

—Por supuesto que sí —respondió con seguridad Yu-sen.

—Yo podría decirte que corporalmente nuestro límite no es la piel que nos cubre. De alguna forma estamos íntimamente conectados con lo que creemos es el exterior.

Corporalmente, Sen-yu hizo énfasis en la palabra

—Somos la telaraña y su centro, igual que una araña que extiende sus órganos sensoriales en la red que teje. Pero esa identidad de telaraña o centro puede ser nuestra identidad o puede no serlo. El que corporalmente lo sea no tiene ninguna importancia o puede tenerla.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ansiosamente Yu-sen.

—Quiero decir que no existe una contestación única a tus preguntas. Todo depende de cómo te sientas en cuanto unidad. Las caras que viste pueden ser tú o no pueden serlo dependiendo de que así lo consideres. Físicamente lo son, puesto que forman parte, aun como visiones, de ti mismo. Pero de nuevo eso no importa o puede importar dependiendo de cómo tú lo sientas.

—El caso —dijo con una leve irritación Yu-sen— es que no sé cómo me siento.

—Crees no saberlo —afirmó Sen-yu— pero en realidad sí lo sabes.

—Cómo puedes decir eso si te estoy diciendo lo contrario.

—Te explicaré; dices que no lo sabes y en esa información está el saberlo, puesto que si dudas eres tú el que lo hace. Por ello ya decidiste quién eres tú; si no fuera así ni siquiera preguntarías.

Yu-sen sabía que no eran meras palabras. En todos los años de conocerse, ambos ancianos habían aprendido a no jugar con el verbo. Éste tenía tanta realidad para cada uno de ellos que una afirmación como la que había hecho Sen-yu debía provenir de certezas vivenciales absolutas. Por ello, a Yu-sen le ocurrió en ese momento lo que en otras ocasiones uno u otro anciano había reconocido como una reconstrucción total.

«Soy yo el que se plantea quién soy —pensó para sí Yu-sen—; por tanto está implícita en esa interrogante mi identidad. Puedo decidir y de hecho ya lo he hecho».

—Tienes razón —dijo en voz alta Yu-sen—; tienes mucha razón.

Sucede a menudo que después de una etapa de confusión en la que preguntas fundamentales son planteadas, viene la calma; igual que una tormenta terrible que arranca árboles de raíz e inunda un valle con relámpagos, corrientes de aire y truenos, se transforma en una noche estrellada, plácida y tranquila. Pero la calma que sobreviene a la tormenta se llena de significados que sin aquellos hubieran permanecido ocultos.

Así se sentía Yu-sen; reconocía un cambio interno que de tormentoso y confuso se trasladaba con frescura y riqueza hacia un nuevo entendimiento de sí mismo y de lo que lo rodeaba. Al voltear a ver las paredes y el techo de su cueva, una sensación que reconoció lo invadió de inmediato. Alguna vez Sen-yu le había hablado del sentirse transparente y Yu-sen no lo había entendido sino hasta ese instante. «Es lo más natural y delicioso —pensó con alegría— y además es un resultado lógico de todo lo que me ha acontecido. Antes que Sen-yu, yo ya aceptaba el mundo pero siempre era yo quien lo hacía. Ahora me convierto en lo que veo sabiéndome mi creación. No estoy observando una pared sino más bien ésta me traspasa. Mi sensación de yo está ahí, en ella pues no hay observador en mí que se sienta como tal. Es hermoso, fantástico y al mismo tiempo obvio».

En ese mismo instante, algo completamente desconocido empezó a invadir a Yu-sen. Como una flecha lanzada desde la entrada de su cueva, el anciano sintió que una sensación de falta de sentido total penetraba a su morada y lo traspasaba. Sentirse transparente, pensar que creaba o incluso que vivía; súbitamente y sin ninguna razón aparente se convirtieron en absurdos sin importancia y significado.

Al mismo tiempo, una sensación extrema de debilidad lo hizo sentarse en el suelo, al perder sus piernas toda capacidad de sostenerlo. Pero Yu-sen no se alarmó, era tal la indiferencia que se había apoderado de él que lo único que alcanzó a preguntarse fue el porqué de tan repentino cambio. Observando la entrada de su cueva se dio cuenta, por la coloración violácea de la nieve, que atardecía.

Sen-yu, mientras tanto, se había propuesto averiguar cómo provocar a voluntad las experiencias de flotación y exteriorización. Se había recostado en su camastro y trataba de recordar todos los sucesos asociados con ellas. Intentó relajarse y fue imposible. Una y otra vez se le aparecía la cara confusa

y casi doliente de su amigo mientras preguntaba acerca de su yo e identidad. Eran tan claras las imágenes que casi podía jurar estar frente a su amigo. Trató de bloquear tales imágenes y desaparecieron, pero en su lugar la confusión y la duda se trasladaron a su cuerpo; nunca le había sucedido antes y pensó que no era justo. Aquella tarde, los dos ancianos no se reunieron, ambos sentíanse molestos; Sen-yu, sabiendo la razón de su estado emocional y Yu-sen desconociéndola.

Al día siguiente, ya recobrados, se relataron lo que había acontecido.

—¿Estás seguro —le preguntó Sen-yu a su amigo— que te empezó a suceder en las primeras horas de la tarde?

—Absolutamente seguro.

—Entonces, permíteme explicarte lo que pienso que sucedió. Cuando tú te sentiste invadido por la sensación de falta de sentido yo intentaba exteriorizarme. Fue un fracaso y en mi frustración vi claramente tu rostro. Seguramente por haber hablado la víspera acerca de tus dudas y confusión, te vi confuso e inseguro.

—¿Qué tiene que ver eso con mi experiencia? —preguntó dubitativo Yu-sen.

—Recuerda la telaraña —replicó Sen-yu—, estamos conectados con el mundo y nosotros mismos no somos la excepción.

—¿Quieres decir que tú me transmitiste la sensación de frustración?

—Eso creo, pero tú no experimentaste lo mismo que yo, probablemente porque no sabías la causa. Yo me sentía molesto y frustrado y vi tu rostro; de alguna manera hice vibrar la red que nos une y esa acción tú la experimentaste como la falta de sentido total.

—¿Y cómo explicas mi debilidad? —volvió a preguntar Yu-sen.

—Probablemente fue una reacción en cadena. Ni tu cuerpo ni tu cerebro estaban preparados para recibir lo que recibieron. La sensación de falta de sentido fue el primer efecto. Tu cuerpo posiblemente interpretó eso como una súbita enfermedad y de ahí provino tu debilidad.

—Pero es que eso es terrible —dijo angustiada Yu-sen—; cada vez que tú te sientas mal y me veas en imágenes me harás sentir mal a mí.

—Y probablemente tú harás lo propio —dijo con una sonrisa irónica Sen-yu.

Los dos ancianos se miraron y sin poder contestarse comenzaron a reírse como dos chicuelos. Por fin, Yu-sen pudo hablar.

—¿Pero cómo explicas que no haya sucedido antes?

—Probablemente ha sucedido muchas veces y no nos habíamos dado cuenta.

—Yo pienso —replicó Yu-sen— que si sucedió antes, nunca fue tan poderoso como esta vez.

—Es probable —anunció con tono convencido Sen-yu mientras se rascaba la barba—; quizá nos hemos vuelto sensibles a un grado tal que aun sin vernos nos comunicamos. Por otro lado, últimamente hemos empezado a tener experiencias semejantes y eso facilita la existencia de tales fenómenos.

—Parece no preocuparte demasiado —dijo Yu-sen, mirando con desconfianza al otro anciano—; es más, parece que gozas del acontecimiento.

—No puedo negar que me interesa, pero debemos hacer algo para que no vuelva a ocurrir. Por lo menos no en la forma en la que ayer.

—Debemos ser responsables —dijo ceremoniosamente Yu-sen.

—Es verdad —replicó con el mismo tono Sen-yu— debemos aprender a ser responsables.

Cuando a Sen-yu se le ocurría hacer algo, lo intentaba una y otra vez hasta lograrlo. No siempre, sin embargo, el interés por hacerlo perduraba como ahora. El anciano estaba convencido de la posibilidad de volar y exteriorizarse a voluntad. Dedicaba varias horas al día para intentarlo, aunque tenía cuidado de no visualizar a su amigo y por tanto no transmitirle las sensaciones de frustración que en ocasiones acompañaban los intentos.

Mientras tanto, el periodo de confusión por el que Yu-sen había pasado no existía ya y en un estado de ánimo alegre y confiado seguía los intentos de su amigo. En ocasiones se reían juntos por los fracasos y en otras discutían por horas la forma de lograr lo que Sen-yu tan ardientemente deseaba.

Cuando Sen-yu mostraba signos de abandono y pérdida de interés, Yu-sen le recordaba lo magnífico que sería poder trasladarse a voluntad por el espacio recorriendo parajes desconocidos, deleitándose con visiones siempre nuevas y cambiantes. Generalmente tales comentarios hacían renacer la confianza de Sen-yu y éste volvía a intentar el control de lo que en dos ocasiones habían sido involuntarias experiencias. Un día, sin embargo, Sen-yu se propuso discutir a fondo todas las implicaciones de lo que intentaba.

Yu-sen vio venir a su amigo con el ceño fruncido y una expresión de máxima seriedad en la cara. Sabiendo lo que aquello quería decir, pensó la forma de convencerlo para que continuara con sus esfuerzos. Pero Sen-yu no le dio tiempo de expresar nada.

—¿Sabes? —le dijo con una expresión sombría—, he meditado mucho acerca de lo que quiero y he llegado a la conclusión de que no vale la pena.

—¿Cómo dices?

—Considero que es una contradicción estar viviendo en la forma como lo hago y al mismo tiempo intentar lo que intento.

—No te comprendo —dijo con sinceridad Yu-sen.

—Cuando hace muchos años decidí aislarme del mundo, mi motivación para hacerlo era la de introducirme en mí mismo y así conocerme a fondo. Pienso que eso todavía no está del todo cumplido y antes de llegar a un final estoy intentando regresar al mundo.

—¿Quieres decir que consideras la posibilidad de volar como un retorno al mundo?

—La de volar y la de salirme de mi cuerpo —afirmó con seguridad Sen-yu.

—Pero ¿por qué?

—Por lo que significa el lograrlo. ¿No te das cuenta de que detrás de mi interés está la consideración de ver otras cosas más que la de continuar viéndome a mí mismo? ¿Para qué si no mi deseo de volar?

—Es extraordinaria la contradicción que tus palabras representan —dijo asombrado Yu-sen—. Hablas de la existencia de una red que nos une a todos. Dices que lo que cada uno es, es al mismo tiempo todo, y ahora consideras que la posibilidad de ver ese todo es un alejamiento de ti mismo. No te das cuenta de que lo que sigues deseando es conocerte, pero que ahora ese conocerte se ha expandido al mundo. Recuerda que antes de aceptar el mundo te mantenías recluido en ti mismo pensando que estabas separado de lo que te rodeaba. Recuerda lo que sucedió contigo cuando te diste cuenta de que lo que te rodeaba era también tú mismo; y ahora mírate diciendo lo contrario.

Sen-yu permaneció en silencio reconociendo la exactitud de las palabras de su amigo pero sin poder replicar nada. Yu-sen sintió el efecto que provocaba sobre Sen-yu y considerándolo positivo continuó.

—Sólo puedo entender lo que me dices de una forma. En verdad no te has aceptado en identidad con el mundo.

Sen-yu volteó a ver a su amigo y después de ponerse de pie y empezar a alejarse en dirección a su morada dijo en voz baja:

—... Es posible.

Aquella noche fue de tormenta en el Nanga-Parbat. Sen-yu recorría su cueva de un extremo al otro con grandes pasos cuando escuchó el primer trueno y se vio alumbrado por el primer relámpago. Había experimentado cientos de tormentas pero ésta parecía ser especial; ni la luz del relámpago ni el tono del trueno eran parecidos a los de otras ocasiones.

Reconociendo algo extraño en el ambiente, Sen-yu se acercó a su camastro y se sentó a esperar. En verdad había algo extraño y asombroso en la tormenta; los truenos parecían voces y los relámpagos visiones. Sen-yu estaba tenso y alerta cuando se dio cuenta de que lo que sucedía en el exterior era un reflejo de lo que acontecía en su interior. La misma lucha y confusión se estaba representando en un mundo, ahora lo sabía, que todavía no lograba aceptar del todo.

En el instante en el que Sen-yu tuvo tal pensamiento, el más terrible relámpago lo alumbró dejándolo casi ciego. Un ruido terrible lo lanzó contra el piso de la cueva, produciéndole una herida que empezó a sangrar. Sen-yu

supo entonces que un enfrentamiento estaba a punto de comenzar y se aprestó a la lucha. Contrariamente a su costumbre empezó a gritar diciendo que nada lo asustaría. Trataba de que el volumen de su voz superara el ruido de la lluvia y del viento y por un momento lo logró. En el mismo instante la tormenta amainó y Sen-yu se sintió vencedor. «Yo te contengo y te creo en mi interior —gritó sonriente—, nada existe fuera de mí».

Como respuesta, un relámpago volvió a incendiar la cueva, y tras éste, otro y otro más. El ruido de los truenos hacía temblar la montaña y convertía el interior de la cueva en un infierno de ruidos y ecos. Sen-yu recordó entonces las veces en las que al ir a recoger leña la montaña parecía acompañarlo. Si la salida era tranquila y alegre, todo iba bien. En cambio cuando Sen-yu estaba inquieto o nervioso, no encontraba madera, se resbalaba en la nieve y en varias ocasiones había estado a punto de caer en un desfiladero. En aquellas ocasiones había pensado que la montaña tenía vida pero nunca lo había experimentado como esta noche de la tormenta.

Después de la serie de relámpagos, Sen-yu comprendió que debía tener cuidado. No era un juego lo que ocurría y podía terminar peor de lo que ya era. El anciano tomó aliento y le dijo a la tormenta que, a pesar de todo, no se rendiría ante la fuerza que ésta representaba. Considerábase demasiado consciente para asustarse con unos ruidos y unas luces. La respuesta no se hizo esperar, un viento helado cargado de nieve y agua penetró a la cueva, empapando al anciano y apagando el fuego que hasta ese momento lo mantenía caliente. A Sen-yu le dio miedo, su edad no era la más adecuada para pasar una noche de tormenta a esa temperatura. Consideró injusta la respuesta de la tormenta y con ira le gritó que ni aun eso lo asustaba. Temblando, esperó lo que sabía sería una terrible respuesta y ésta lo dejó paralizado. Junto con otro relámpago, cientos de murciélagos asustados salieron de sus guaridas y nichos y en un loco aletear golpearon a Sen-yu. Éste se cubrió la cara con las manos cuando, repentinamente, algo que parecía una enorme serpiente se le enrolló en las piernas. Sen-yu perdió el equilibrio y cayó de bruces para ser alumbrado por otro relámpago que a su vez iluminó a un enorme oso que en ese instante penetraba a la cueva.

Sen-yu estaba aterrorizado y arrepentido de no haber aceptado antes. Había mentido y ese era el pago. En su estado de terror recordó las innumerables veces que había mentido y se reconoció como vulnerable y pequeño. Casi sin quererlo empezó a pedir perdón y a rogar porque todo terminara. «Te temo —le dijo sollozando a la tormenta—, y te acepto. Ya no

deseo luchar más, he comprendido que existes. Sólo te pido que también aceptes mi existencia».

Como si todo hubiera sido un mal sueño, la tormenta cesó y la serpiente y el oso desaparecieron huyendo. Los murciélagos retornaron a sus nidos y Sen-yu, después de recobrase, pudo encender un fuego.

Frente a las llamas reconoció su pequeñez frente al mundo y se aceptó como perteneciente a éste.

16

Cuando Yu-sen vio la herida en el rostro de su amigo se alarmó. Algo terrible había pasado y esa herida lo demostraba. Sen-yu saludó a su compañero y le relató lo acontecido. Juntos celebraron la señal que se le había mostrado a Sen-yu y juntos trataron de entender su significado.

—Es claro —dijo Yu-sen— que debes continuar con tus intentos. La tormenta de ayer te enseñó a aceptar el mundo en una forma que ni tú ni yo habíamos nunca logrado. Ahora sabes que perteneces a lo que te rodea y que tu deseo de volar ha sido escuchado.

—Quisiera creer lo que dices —respondió pensativo Sen-yu— pero también lo puedo interpretar de distinta forma. Lo que sucedió ayer fue una advertencia para no continuar. Me sentí pequeño y en mi invalidez comprendí que no soy lo suficientemente fuerte como para enfrentarme con un mundo que apenas empiezo a aceptar.

—Una discusión sobre ese punto —dijo con seguridad Yu-sen— no va a resolverlo. Si lo que experimentaste fue una señal para que no continuaras, o al contrario, para que continuaras, sólo lo podrás averiguar intentándolo de nuevo. Yo pienso que debes seguir y no sólo me baso en lo que te sucedió a ti sino en otra señal.

—¿Otra señal? —preguntó con asombro Sen-yu.

—Sí, otra señal. Ayer soñé contigo y en mi sueño te vi volar mientras tu cuerpo permanecía resguardado en la caverna que ocupas. Pero no sólo eso. También supe cómo lo habías logrado.

—Quieres decir que me viste en estado de exteriorización, no volando; si hubiera sido lo segundo ningún cuerpo habría permanecido en la caverna.

—Tienes razón —dijo Yu-sen—. Te vi, pues, exteriorizado y ahora que lo pienso, había una razón para verte así.

—¿Cuál?

—Algo me dijo en el sueño que debías comenzar sin cuerpo y que cuando pudieras controlar ese estado, tu cuerpo te seguiría.

Es lógico —pensó Sen-yu—. Probablemente debía comenzar intentando la exteriorización y después el vuelo.

—¿Pero cómo? —le preguntó a Yu-sen en voz alta—, ¿cómo lo hacía?

—Te enrollabas en ti mismo de los pies a la cabeza y en cierto momento te convertías en una luz que salía disparada de tu cráneo.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó asombrado Sen-yu.

—Eso es lo que vi en sueños y a ti te queda el integrarlo. Yo no sé nada más.

Sen-yu permaneció pensativo mientras Yu-sen comentaba la forma en la que había descubierto el registro Akáshico.

—Es maravilloso —decía sin poder contener su emoción—, cada punto de una roca refleja acontecimientos del pasado como si estuviesen inscritos ahí. Probablemente...

—Un momento —interrumpió Sen-yu a su amigo, haciéndole ver que no había sido escuchado—. Un momento... es verdad lo que viste en tu sueño, no existe mejor alternativa que enrollarse en sí mismo hasta convertirse en un punto luminoso y después salir volando sin cuerpo...

Esta vez fue Yu-sen quien se quedó pensativo, no podía apartar su mente del Registro y las palabras recién pronunciadas no le despertaron ninguna emoción.

—Sabes —dijo en voz alta—, es mejor vernos en otra ocasión, por lo visto no nos estamos comunicando —dicho esto, los dos amigos se rieron y despidieron cordialmente. Sen-yu se dirigió directamente a su cueva mientras Yu-sen se preparaba para hacer un recorrido nocturno en las montañas.

Casi siempre después de conversar, Yu-sen caminaba por varias horas. Aquella noche era de luna llena, e imágenes casi fantasmagóricas llenaban su cerebro. Los picos nevados y los acantilados se dibujaban precisos y en alto contraste, en una luz ligeramente azulada, aunque plomiza y plateada. La nieve absorbía parte de las vibraciones luminosas reflejando, a su vez, tonalidades violáceas manchadas de rocas oscuras y afiladas. A esa altura, las nubes flotaban por debajo de Yu-sen como ríos y cascadas reptando a través de valles y abismos gigantescos. «Es maravilloso —pensaba el anciano—, el mundo es maravilloso».

Sen-yu, mientras tanto, intentaba poner en práctica lo que del sueño de su amigo había intuido. Se concentró en su cuerpo y trató de imaginarse convirtiéndolo en un ovillo. Después de varios intentos fallidos cedió ante el esfuerzo. Descansó por un rato y repentinamente se le ocurrió hacerlo por pasos. Volvió a concentrarse en su cuerpo, pero ahora poniendo atención a los dedos de sus pies. Se los representó mentalmente como enrollándose en sí mismos. Después de dos intentos los dedos habían desaparecido dentro de una espiral cubierta por sus tobillos. Sin perder la imagen subió lentamente hasta sus rodillas enrollando lentamente la parte inferior de sus piernas. Usando el mismo procedimiento alcanzó su vientre y al enrollar su ombligo sufrió un

espasmo seguido de un cosquilleo leve. Trató de no perder su concentración pero fue en vano. Todo lo que había enrollado se extendió como impulsado por un resorte y tuvo que empezar de nuevo.

Yu-sen admiraba un pico de montaña cuando alcanzó a divisar un movimiento. Primero pensó que se trataba de un animal, pero puesto que el movimiento había sucedido en el espacio, desechó la idea. Ningún águila se atrevía a volar a esas alturas en esa época del año y de noche. Pensando haber sufrido una ilusión, penetraba a su cueva cuando un ruido extraño lo hizo voltear en dirección a la montaña. De un desfiladero cercano provenía una especie de murmullo que pronto se transformó en una esfera dorada flotando en el espacio. Yu-sen se restregó los ojos como para cerciorarse de la realidad de la imagen y al volverlos a abrir, aquello había desaparecido. Un tanto alarmado se introdujo a su morada, y después de recostarse en su camastro se quedó profundamente dormido.

—Por supuesto que lo logré —le contaba Sen-yu a su amigo al día siguiente — al intentarlo por segunda vez, el estremecimiento en mi vientre ya no me distrajo y pude seguir hasta mi cuello. En el momento en el que alcancé mis oídos una luz extraordinariamente intensa apareció y algo dentro de mí decidió saltar. En un santiamén volaba entre las montañas, no muy lejos de tu cueva.

—¿Entonces la esfera dorada que vi no fue una ilusión? —preguntó atónito Yu-sen mientras observaba fijamente a los ojos de su amigo.

—Por supuesto que no lo era. Me viste a mí.

—Pero cuéntame —pidió curioso Yu-sen—, ¿qué más sucedió?

—Las palabras serían ineficaces para relatarlo —dijo convencido **Sen-yu** además de una sensación de gozo y libertad absolutas recorrí parajes indescriptibles. Valles llenos de calor y vegetación profunda, ciudades centelleantes de luces y sonidos; desiertos congelados y mares infinitos. ¿Qué más puedo decirte? La única forma de compartir la experiencia es que tú participes en ella.

—¿Yo?

—Por supuesto, ¿quién si no? —respondió alegremente Sen-yu.

—Creo que por ahora no lo intentaré. A pesar de que pueda parecerme poco interesante estoy ocupado con descifrar el Registro.

—¿Cuál Registro? —preguntó intrigado Sen-yu.

—¡Cuál Registro! Varias veces te he contado lo que estoy haciendo pero ahora confirmo que no me escuchaste.

—Nunca me hablaste de un Registro —replicó con indignación Sen-yu—. Si lo hubieras hecho por supuesto que te hubiera oído.

—Lo hice pero no me escuchaste. Pero eso ya no importa. He encontrado la forma de remontarme al pasado y todos los días reconstruyo parte de él.

—¿Reconstruyes parte de él?

—¡Sí!

—¿De cuál pasado?

—Eso no lo sé todavía —dijo un tanto molesto Yu-sen— lo más probable es que sea el mío propio pero tengo la impresión de que al irme muy lejos, dejará de ser mío para convertirse en nuestro pasado.

—¿Qué quieres decir con eso? —volvió a preguntar todavía con mayor curiosidad Sen-yu.

—Quiero decir que por ahora recorro mi infancia pero que al llegar a mis antepasados, ellos no sólo serán míos.

—Te comienzo a entender —replicó con un respiro Sen-yu—. Pero ¿cómo lo haces?

Cual dos adolescentes en la etapa de mayor vigor y curiosidad, ambos ancianos experimentaban con sus sensaciones y aprendían de si mismos más de lo que nunca pudieron imaginarse. La certeza de su capacidad infinita era cada vez más confirmada por las cosas que hacían y las nuevas experiencias que aprendían a controlar.

Sen-yu continuaba haciendo ejercicios de exteriorización y lo que al principio era una técnica sin control ni precisión se fue convirtiendo en un acto voluntario y usual.

Por su parte, Yu-sen seguía viendo imágenes en paredes, techos y últimamente en nubes, picos de montaña y aun cielos estrellados. Todas ellas le hablaban de historias de hombres desconocidos para él. Eran tantos y tan diferentes que Yu-sen comprendió lo que el concepto infinito significaba. Ambos amigos se mantenían al tanto de sus exploraciones y descubrimientos. Su vida era una continua aventura, y una felicidad inmensa los llenaba cada vez más plenamente.

—Fue necesario vivir todo lo que vivimos para llegar a esto —le dijo emocionadamente Sen-yu a su amigo una tarde violeta—. Recuerdo que en ocasiones me preguntaba si lo había vivido todo y aunque estaba errado había una diferencia entre mí y los que me rodeaban. Ellos se conformaban con una vida tranquila y sin cambios y yo en cambio los buscaba desesperadamente. Viví el amor, el odio, la comprensión y la ignorancia de mis contemporáneos y ninguna emoción me era ajena. Cuando veía a alguien sabía lo que le acontecía sin necesidad de palabras y todo ello por los cambios que experimenté, los cuales casi eran vidas enteras diferentes. Me imagino que algo similar te aconteció a ti.

—Nunca lo pensé así —repuso éste—. Mi vida fue comparable a la de cualquier otro hombre. No me considero especial, diferente o agraciado con ningún talento o criterio que mis contemporáneos no compartan. Aunque reconozco las tremendas diferencias que existen entre cada ser humano, no soy ni mejor ni peor que cualquiera. Si vivo esta vida es porque así lo decidí pero no la considero extraordinaria o más fructífera que la tuya o la de...

—Pero debes reconocer —lo interrumpió abruptamente Sen-yu— que el aislamiento en que vivimos ha creado situaciones que no son comparables a las vividas por nuestros contemporáneos.

—¿Quién lo puede saber? —contestó molesto Yu-sen—. Y además, ¿qué importancia tiene?

—Ninguna, es verdad —aceptó Sen-yu.

Sen-yu reconoció un error, venía con él desde tiempo atrás y en ese momento se aclaró.

«Todo viene de lo mismo —pensó Sen-yu—, lo que vemos es en cada una de sus entidades una manifestación de lo preexistente, lo atemporal, lo dado sin transformación. Una luz vista es no tiempo en su tiempo. Reflejo de lo que ya existía y si se mueve sólo alumbra lo que no se mueve. Lo estático, lo que antes de mi participación es. Entenderlo, sin embargo, sólo me lleva a entenderme más. Soy yo el creador de mis experiencias, aunque antes de esa creación ellas existan en otro plano de existencia.

»Aun de nosotros mismos. Me entiendo cometiendo un error sólo después de cometerlo o a lo sumo cuando lo estoy cometiendo. Mi sensación es distinta, en todo, de los procesos que se dan en mí para llevarme a ella. Sólo a ella la siento, lo otro permanece vedado para mí aunque se realice en mi interior.

»Soy, pues, como el mundo que creo. Antes de mí existe pero distinto. Es mi conciencia la que transforma; aun el tiempo. En realidad y fuera de mí, todo es atemporal. Incluso la visión de un movimiento lo es. ¿Cómo se explica? Simplemente como...».

Cuando Sen-yu iba a contestarse la pregunta que se estaba planteando, Yu-sen dijo súbitamente:

—¿Cómo se explica?

Sen-yu interrumpió sus pensamientos y con una expresión de completa incredulidad y sorpresa interrogó a Yu-sen.

—¿La visión de un movimiento?

—¡Por supuesto!

—Pero ¿cómo lo supiste?

—¿Cómo supe qué?

—Cómo supe lo que estaba pensando.

—Lo que estabas pensando —contestó Yu-sen con una sonrisa— no lo sé, te pregunto lo que yo estaba pensando.

Sen-yu movió los hombros en señal de ignorancia y le dijo a su amigo:

—El movimiento es la traslación de un punto de referencia en un todo que en sí mismo no tiene movimiento ni tiempo.

—Quieres decir que cuando veo un árbol moviendo sus ramas por un viento fuerte, ¿no es movimiento lo que veo?

—Eso es lo que ves, pero lo que en realidad sucede es la manifestación de lo preexistente y absoluto a través del árbol.

—Pero qué me dices de nosotros. ¿Acaso somos preexistentes manifestados?

—Nosotros somos diferentes —dijo con voz emocionada Sen-yu—, nosotros podemos concebir lo preexistente. Somos su manifestación más acabada. Es pues la capacidad de tener acceso lo que nos hace hombres.

—Reconocer como manifestación de lo mismo a cualquier objeto, es reconocer nuestro carácter distintivo.

—¿Carácter distintivo en cuanto a qué? —preguntó Yu-sen.

—En cuanto contenedores de la capacidad de tener acceso.

—Pero nuestra conciencia es el todo —protestó vivamente Yu-sen.

—Nuestra conciencia tiene la capacidad de convertirse en el todo o en cualquiera de ellos —contestó con una sonrisa Sen-yu.

—Tienes razón —dijo Yu-sen después de meditar largo rato.

La vereda subía por una cañada y volteaba a la derecha. Después de atravesar un riachuelo helado, desapareció en el interior de una cueva. Sen-yu recorría la montaña con el objeto de encontrar alguna señal de pasados moradores. Había seguido una misma vereda durante más de ocho horas y en ese momento supo de dónde surgía... una cueva. Dudó un momento antes de penetrar en ella, y después de un suspiro se sentó en una roca localizada en la misma boca negra de la entrada.

«¿Qué estoy haciendo? —se preguntó con inquietud—. ¿Acaso existe algo en estas montañas que me pueda enseñar más que yo mismo? En verdad que desconozco la respuesta pero es posible que sí. Debo penetrar a esta cueva, pues de otra forma nunca lo sabré».

Sen-yu se preparó y tomando aliento penetró en la cueva. Avanzó unos pasos y de pronto lo que era una oscuridad impenetrable se transformó en una luz tan brillante que hirió sus ojos.

Sen-yu volteó alrededor y se dio cuenta de que la luz provenía del cielo raso.

La vereda continuaba en el interior de la cueva y al darse cuenta de su existencia, Sen-yu se sintió, sin razón alguna, seguro y confiado. Empezó a caminar y de pronto se quedó helado por el espanto. En una pared, sentado, había un hombre, aunque más bien el esqueleto de lo que alguna vez fue un hombre. Después de la sorpresa, Sen-yu se acercó cautelosamente al esqueleto. Cuando estaba a punto de tocarlo sintió una súbita repugnancia que le hizo retirar su mano. La osamenta pertenecía a lo que en otro tiempo parecía haber sido un hombre alto y fornido. Los huesos eran gruesos y bien colocados. No había ninguna señal de violencia y todos los huesos estaban intactos y brillantes.

Sen-yu se quedó mirando fijamente las grandes órbitas en la cabeza de la calavera y en un instante se dio cuenta de que, como él mismo, aquel ser que se había cruzado en su camino había permanecido aislado hasta su muerte. ¡Hasta su muerte!

«Yo moriré así», se dijo, al mismo tiempo que un escalofrío ascendía a través de su columna vertebral. «¡Yo moriré así!».

Sen-yu abandonó la cueva y tomó la vereda que lo llevaría hasta su morada. «Soy un hombre lleno de temores y deseos —pensó mientras

caminaba—, soy un hombre como todos los hombres. Sin embargo, ¡qué poco me conozco! Creía haber superado mi temor y he aquí la visión de un muerto me hace huir lleno de espanto. Regreso a un lugar seguro y caliente, yo que había soñado hacer de todo el planeta mi hogar. Soy capaz de abandonarme en una discusión filosófica con un amigo y ni siquiera reconozco mis reacciones».

Era noche cerrada y Sen-yu estaba fatigado cuando por fin entró a su cueva, se recostó en su camastro y casi a punto de dormirse sintió que una presencia lo acompañaba. Por un instante el pensamiento de que los sueños eran un desprendimiento fuera del cuerpo lo atravesó; pero no tuvo tiempo de analizarlo. Profundamente dormido, soñó que viajaba y se ponía en contacto con otros seres que como él habían dejado cuerpos dormidos en sendas camas, camastros y suelos.

Al día siguiente, muy de mañana, abrió los ojos y, acompañado por los cambios de coloración que el sol reflejaba en la nieve de la entrada de la cueva, pensó en el significado de los sueños.

Ansioso por discutir sus pensamientos con Yu-sen, esperó impaciente el atardecer. Todo un nuevo universo había tenido acceso a su conciencia y deseaba compartirlo.

Yu-sen reconoció el entusiasmo en la cara de su amigo y sabiendo lo que eso significaba se preparó a oír.

—Ayer —empezó diciendo Sen-yu— tuve una experiencia que me hizo reconocer todo lo que de mi interior todavía desconozco. Seguí una vereda que atravesaba una cueva y en su interior me enfrenté con la visión de la muerte.

—¿Te alarmaste? —preguntó con seriedad Yu-sen.

—Tanto, que prácticamente salí huyendo de allí —contestó con una sonrisa Sen-yu.

—¿Qué pasó después?

—Llegué a mi cueva sabiendo que algún día moriría y antes de dormirme supe que no moriría.

—¿Qué quieres decir? —preguntó asombrado Yu-sen.

—Quiero decir que mi cuerpo morirá, de eso no tengo la menor duda, pero que yo, mi conciencia permanecerá viva, desprendida de mi cuerpo.

—¿Pero cómo lo sabes?

—Es lo mismo que ocurre todas las noches —dijo seriamente Sen-yu—; soñamos estar en contacto con otros seres, soñamos que viajamos y conocemos nuevas vidas y eso es precisamente lo que nos acontece.

—¿Quieres decir que nos desprendemos de nuestro cuerpo y que en esa condición encontramos otros seres?

—Exactamente —contestó Sen-yu—. Vivimos en esos momentos en otro plano existencial, en aquel que permanece alejado del tiempo y el espacio, aquel que forma la base y estructura de nuestras experiencias cuando despiertos. Es lo que no tiene movimiento; lo que es, independientemente de nuestros puntos de referencia cambiantes.

—¿Qué dices? —preguntó con asombro Yu-sen.

—Digo que la base de nuestra experiencia vigil es lo que está detrás de toda manifestación material. Digo que durante el sueño tenemos acceso a esa base y en ella no existe tiempo, espacio o estructura. En el sueño nos desprendemos de nuestra envoltura corporal. Nos comunicamos con otros seres en nuestra misma condición o aun con la porción etérea de los que aún no duermen. Influidos sus vidas y nos influyen, vivimos aventuras y diálogos, excursionamos juntos y nada nos retiene en una estructura de imposibilidad pues ésta, en ese estado, no existe.

—¿Quieres decir —aclaró con ansiedad Yu-sen— que cuando soñamos también nos comunicamos?

—No sólo eso; vivimos tan integra y sobriamente como cuando despiertos, pero con una diferencia: no estamos sometidos a las restricciones materiales de un cuerpo. Podemos volar, introducirnos en otras conciencias, experimentar otros universos.

—Pero ¿por qué no pensar que todo sucede dentro de nosotros? ¿Cuál es la razón que te hace suponer que podamos existir en sueños, independientemente de nuestro cuerpo? —preguntó Yu-sen.

—La misma que me ha enseñado que podemos existir, despiertos, también fuera de nuestro cuerpo.

—Es verdad —reconoció Yu-sen—, es verdad y es fantástico.

—Lo es —dijo sonriente Sen-yu—, me alegra que la visión de un esqueleto me haya hecho recordar que desconozco aspectos de mi mismo. Me satisface pensar que todavía puedo aprender de mi mismo.

—¿Y la muerte?, ¿qué pasa con la muerte?

—Es un embuste —contestó Sen-yu—; un embuste que resulta de confiar demasiado en nuestros sentidos.

«El espacio, que todo lo llena y en el que lo inimaginable ocurre. Cuerpos que además del cuerpo viajan en él; contactos de esencias que lo cruzan en todas direcciones. Espacio de conciencias fundamentales.

»Aun cuando estoy despierto me puedo comunicar —pensaba Yu-sen—. Aun despierto soy influido por el todo y mi vida afecta a otros seres. Lo que imagino al hablar en sueños es un verdadero hablar. Lo que veo al cerrar los ojos es un verdadero ver. Aun al no hablar hablo. Puedo estar frente a alguien y no decir palabra y sin gestos ni movimientos decírsele todo. Y ello lo afectará, lo quiera o no lo quiera. Además, no estoy solo, nunca lo estuve, es una ilusión pensar en la soledad. Es la ignorancia la que me hace pensar que sólo lo que veo es. ¿Cómo no lo supe antes?, ¡todo lo que ha permanecido fuera de mi acceso por no haberlo sabido antes! Fueron los otros, los que llenos de prejuicios me lo enseñaron, los que a su vez confiaron en lo que otros les enseñaron.

»Pero yo puedo romper las cadenas, me puedo desprender de mi mismo y continuando yo, saber, conocer. De hecho siempre lo he hecho, pero nunca lo había visto. Nunca lo había visto con estos nuevos ojos».

Yu-sen había sido influido poderosamente por la plática con Sen-yu. Al igual que su anciano amigo, miles de nuevas posibilidades se hicieron claras y precisas para él. Toda una región de sí mismo había tenido acceso, también, a su conciencia. Era la perspectiva más agradable y emocionante que jamás se le había presentado. Controlar aquella otra vida, hacer con ella todo lo que su libertad quisiera, desarrollar la conciencia hasta límites inimaginables. Todo ello era claro para Yu-sen. Sólo cabía aprender a hacerlo; las bases y el fenómeno se daban naturalmente en él como en cualquiera.

El haberse dado cuenta era el primer paso. *Los sueños son flores perfumadas.*

Dentro de cada hombre conviven niveles de evolución diferentes. Desde los más simples hasta los más complejos. Las energías básicas del avance en grado de organización del universo, la atracción y repulsión atómica, son fuerzas base también de la acción humana. El acceso a tales energías, en lo humano, produce los estados más extáticos y energetizados de experiencia. El orgasmo no es otra cosa; la sensación estética profunda es otra manifestación de lo mismo. Si el universo es visto como una entidad en evolución y si el eje de tal evolución se asigna al incremento de conciencia, ciertas leyes básicas y generalizadas pueden vislumbrarse.

Una de ellas es la aparición de elementos energetizados. A partir del átomo, la molécula, la proteína, la célula, el tejido, órgano, sistema y, por último, el organismo, el eje de conciencia avanza inexorablemente, terminando en la entidad humana. En esta última, la unión de elementos organizados da por resultado un cerebro capaz de creación abstracta.

Pero aquí no termina el proceso. Las relaciones entre varios cerebros son capaces de dar lugar a nuevas entidades no localizadas en los elementos interactuantes sino en su organización. Una cultura y una civilización son una de las resultantes. Las entidades resultantes de la interacción entre varios cerebros tienen vida propia y son capaces de manifestarse en múltiples formas.

La relación entre Sen-yu y Yu-sen no era una excepción a esta ley de interacción. Muchas veces, durante los momentos de mayor éxtasis, los dos ancianos habían observado fenómenos extraños que sólo podían explicarse como creaciones resultantes de su interacción. Luces, sonidos y en ocasiones formas nebulosas que aparecían en el espacio mientras discutían alguna experiencia o pensaban en algún proceso. Era como si detrás de todo lo que consideramos realidad hubiese una fuerza pensante, organizadora y juguetona, intentando experimentar nuevas formas de vida.

Sen-yu había meditado mucho acerca del Universo como campo de experimentación de una conciencia creadora, la que gustaba de organizar elementos en diferentes formas hasta crear un nuevo vegetal o un más avanzado mamífero. El experimento continuaba en el pináculo de la evolución haciendo que cerebros humanos crearan nuevas experiencias y entidades. Pero el cerebro también era libre y en su libertad podía recorrer los

diferentes niveles, convirtiéndose en ellos al momento de comprenderlos, experimentándolos como nuevas sensaciones o ideas.

Sentir como experiencia nueva la atracción atómica o nuclear o experimentar la energía organizativa, todo ello le era permitido a un cerebro humano despierto. En realidad, de todas las experiencias posibles, el éxtasis o la mística eran buscadas con anhelo por los dos ancianos.

Aquella tarde Sen-yu le relató a su amigo su vida como búsqueda del éxtasis y la comunión, y Yu-sen hizo lo propio.

—Primero viví —comentó Sen-yu—, sólo viviendo. Las flores eran colores y el viento frescura. Después creí que observando las relaciones entre las flores, el viento, la tierra y las nubes, llegaría. Me convertí en un caminante y después de varios años llegué a la conclusión de que el hombre necesita hombres, otros pensamientos e ideas. Estudié ciencia y me encontré que lo que había visto como caminante era superior a lo que me enseñaban. Me dediqué entonces a mi interior. Fui capaz de sacar a luz contenidos ocultos y desarrollé toda una capacidad para vislumbrarlos en forma de imágenes. Después me di cuenta de que aquello que llamaba mío no era tal. Recibía influencias externas y ellas se distinguían de las propias por su intensidad y contenido. Experimenté conmigo mismo someténdome a diferentes ambientes en ciudades, pueblos, campos y desiertos. Poco a poco, una sensibilidad descomunal se fue apoderando de mí y desconocedor de sus efectos me encontré con emociones que no era capaz de controlar. Todo me afectaba, desde una brisa suave, una tormenta, hasta la presencia cercana o lejana de otros seres humanos. Caí en confusión y, delirante, decidí aislarme en esta montaña.

La descripción, breve y exacta, sumió a los dos amigos en un silencio lleno de pensamientos. Por fin, Yu-sen volteó a ver a su amigo y colocando sus brazos en sus hombros le dijo que tal vida también era, sin grandes diferencias, la suya propia.

La descripción que a oídos extraños hubiera sonado fría y desprovista de contenidos profundos era para estos dos seres el análisis de un camino recorrido con grandes emociones y sufrimientos. El ver su vida así, tendida ante ellos, provocó que los dos ancianos echaran a llorar. Abrazándose, con gran ternura se despidieron, húmedos los ojos, pero tranquilos y llenos de memorias.

«Lo que para una inteligencia clara y despierta es lo obvio, para otra, llena de estructuras y desprovista de la capacidad de liberarse de su historia, constituye la ilusión.

»Sólo se puede comprender lo que se ha experimentado. Aquello que no se ha vivido ni siquiera puede vislumbrarse como posibilidad de existencia. Pero también sucede que no se sabe lo que se experimenta. Es posible vivir lo fantástico y seguir pensando que no existe. Es la conciencia la incapaz de observar como acontecimiento real aquello que no ha sido categorizado. Esto es precisamente lo que sucede cuando la influencia de un nivel de conciencia, del cual se es solamente un elemento, estimula a un ser humano. Como en nosotros, entre nosotros. Al igual que como la organización de los miles de millones de células de nuestro cuerpo, al interactuar nos crean como unicidades globales, así la interacción de los miles de millones de seres humanos que habitamos el planeta creamos una nueva entidad, independiente de nosotros, pero de la cual somos elementos.

»Una célula de nuestro cuerpo no es capaz de conocer nuestra conciencia. Esta última pertenece a una dimensión inconmensurable con la dimensión celular. Pero cada célula de nuestro cuerpo se ve afectada por el funcionamiento consciente. Tal influencia, para la célula, debe constituir un suceso milagroso. Lo mismo sucede con cada ser humano. Formando parte de una conciencia planetaria, normalmente es incapaz de conocerla, aunque se ve influido por ella».

Sen-yu sabía lo anterior y se había propuesto descifrar los misterios de tales influencias. Todas sus experiencias previas le demostraban que lo que ocurre con mayor frecuencia es precisamente lo más improbable. Esto último porque las probabilidades se miden con una escala humana, el pensamiento de que las probabilidades existan; pero puesto que se puede plantear la pregunta acerca de que si las probabilidades van a conservar su probabilidad, también es posible aceptar lo improbable como lo más posible.

Sen-yu era un experto en detectarse cambios emocionales, sabía muy bien cuáles de éstos aparecían en forma combinada o pura; más difícil, sin embargo, era reconocer su origen. Por las pláticas con Yu-sen y por introspección había sido capaz de llegar al engrama de muchas de ellas; las emociones asociadas con dependencias, las provenientes de su infancia

temprana y las asociadas con su desarrollo. Pero otras aparecían sin que ningún análisis pudiera detectar su origen. Tales emociones contenían varios puntos en común. Su aparición era súbita y sin ningún suceso externo desencadenante; tampoco provenían de alguna experiencia reciente.

Por otro lado, siempre se acompañaban de una imagen o pensamiento que desaparecía tan rápidamente que recordarlo era un verdadero problema. Las pocas ocasiones en las que tal rememoración había sido posible, Sen-yu se había percatado de un contenido cósmico.

Por ejemplo, la última ocasión en la que una emoción de tal naturaleza había aparecido, una imagen fugaz conteniendo una multitud de caras, y una sensación de opresión y dolor, asociado con un pensamiento de desgracia planetaria la había acompañado. Cada vez con mayor seguridad, Sen-yu reconocía un origen externo en ellas. Creía, sin saberlo a ciencia cierta, que tales emociones representaban un contacto directo con la conciencia planetaria.

Las ocasiones en que Yu-sen había escuchado tal argumento lo había rebatido como ilusorio. De acuerdo con Yu-sen, toda emoción se podía explicar atendiendo a razones de historia personal. Puesto que Sen-yu no había podido convencer a su amigo, ya no hablaba de ello con él. Sin embargo, experiencias emocionales con todos los componentes antes detallados seguían invadiéndolo. Raras veces tales experiencias eran placenteras; pero cuando lo eran, su intensidad sobrepasaba todo cuanto Sen-yu había conocido.

Generalmente, en cambio, eran dolorosas, deprimentes y negativas, y sumían al anciano en un estado de negrura y desazón que duraba varios minutos y en ocasiones horas. Había algo de contradictorio en su acaecer, era como una especie de precio que se debía pagar por el incremento de sensibilidad que tantos años de meditaciones y semiaislamiento habían producido. Cuando la emoción era muy displacentera, Sen-yu luchaba contra ella con cuanto medio estaba a su alcance. O recorría a la montaña, o se restregaba la cara y espalda con nieve helada, o intentaba dormir.

Aquella tarde, poco antes de salir a su acostumbrada entrevista, Sen-yu había sido preso de otro ataque emocional externo. A excepción de todos los anteriores, éste se acompañó de una serie de imágenes de prolongada permanencia. Caras doloridas, vientres inflamados y ojos salientes.

Sabiendo que Yu-sen no aceptaría el pensado origen de la emoción y sabiendo que no podría hablar de otro asunto más que de lo que estaba experimentando, Sen-yu dudó de ir a platicar con su amigo. Pero la intensidad

de su displacer aumentaba ostensiblemente y pensando que quizá Yu-sen lo ayudaría, Sen-yu salió de su morada.

Su cara reflejaba un sufrimiento que Yu-sen detectó apenas lo vio venir. Preguntándole lo que le ocurría, se vio recompensado con una exclamación lastimosa y cortante.

—Lo de siempre, querido Yu-sen, lo de siempre...

Yu-sen no pudo contener la risa y sonrojándose por haber manifestado placer ante el obvio sufrimiento de su compañero, le dijo:

—Perdona que me ría, pero tú parece pensar que puedo adivinar tus pensamientos. ¿Qué quieres decir con eso «¡lo de siempre!?!».

Sen-yu le relató lo que le ocurría y su imposibilidad para ponerle término. Yu-sen miró a su amigo dubitativamente y le contestó lo que en otras ocasiones.

—Debe ser algo que te ha incomodado, o quizá alguna preocupación reciente.

—Nada de eso —contestó seriamente Sen-yu— es algo que proviene del exterior y su intensidad ha llegado a ser casi insoportable.

—¿Pero si es externa —replicó Yu-sen— de dónde viene y qué significa?

—No lo sé y nada por ahora me gustaría averiguar más.

Yu-sen tuvo compasión de su amigo y le dijo con voz autoritaria.

—¡Pues eso es lo que deberías hacer!

—¿Pero cómo? —clamó el sufriente Sen-yu—, ¿cómo lo puedo hacer?

Aquello seguía cinco días después. Sen-yu había perdido el apetito y una palidez de muerte había invadido su rostro. No podía dejar de sentir y eso lo enloquecía. Su dolor se convirtió en el único punto de referencia. La necesidad de acallararlo en la única meta y la posibilidad de entenderlo en el único pensamiento. «¿Pero cómo?, ¿cómo saberlo?», se preguntaba continuamente Sen-yu.

A las dos semanas, Sen-yu era un completo desastre. Ya no hablaba ni pensaba en otra cosa más que en su deprimente y dolorosa emoción. Ese día, Sen-yu sudando por el esfuerzo y la desdicha le anunció a su amigo:

—No me queda más remedio que averiguar de dónde proviene lo que estoy experimentando. La única forma de saberlo es regresando al mundo y ser testigo de lo que acontece.

Yu-sen sabía que lo que había oído no eran meras palabras. Con mucho dolor se disculpó de no poder acompañar a su amigo y se despidió de él deseándole que él encontrara la solución. A la mañana siguiente, Sen-yu estaba preparado para realizar un largo viaje.

Su único guía serían sus sensaciones. Ellas, en su intensidad, le indicarían la dirección en su búsqueda. Probablemente no regresaría jamás a aquella montaña amiga, a su cueva y a Yu-sen. El pensamiento de que así podría ser se sumó a su malestar y, no deseando arrepentirse, echó a andar.

El invierno estaba por terminar y la nieve, endurecida por las ventiscas y tormentas empezaba a reblandecerse. Sen-yu trotaba por una vereda conocida, sintiendo que sus piernas se introducían en una pastosa masa.

Después de tres horas de marcha había descendido lo suficiente como para detectar un aumento de temperatura y una densificación atmosférica. A pesar de su cansancio, respiraba mejor y sentíase cálido y confortable. Tomó un poco de nieve entre sus manos e introduciéndosela en la boca saboreó su frescura y transformación en agua.

Desde su posición, y en las alturas, creyó distinguir la cueva de su amigo y a éste penetrando en ella. «Se sentirá solo y sin compañía —pensó por un instante— pero se acostumbrará». Sintióse fortalecido por el descanso y el agua, Sen-yu siguió su camino. Cuando el sol estuvo a punto de ocultarse, una súbita melancolía lo asaltó y una sensación de extrañeza también. «Es la hora de los diálogos» pensó tristemente.

Para una persona con la experiencia de Sen-yu, la montaña en la noche no ofrecía ningún problema. Se construyó un refugio temporal y se introdujo en él con la intención de dormir. La caminata lo había distraído de su sensación de malestar, pero ahora en silencio y recostado, intentó reconocer algún cambio en su intensidad. Había un ligero incremento en la misma y eso, paradójicamente, lo satisfizo. A la mañana siguiente continuó su marcha. Al mediodía había llegado a las faldas de la montaña y un valle lleno de vegetación apareció ante sus ojos como visión olvidada de viejas experiencias.

Reconoció en el valle un lugar familiar y dirigiendo la vista en derredor localizó un poblado. Estaba a dos o tres días de marcha del mismo y sería su siguiente etapa.

El poblado era de regular tamaño y lo formaban tres docenas de casas rodeando una pequeña plaza. Era día de mercado cuando Sen-yu penetró en unas tierras de labranza que pertenecían a uno de los habitantes. Sen-yu reconoció un plantío de arroz y se dirigió a la casa que colindaba con el mismo.

Su apariencia, después de tantos días de marcha era la de un anciano pordiosero, sucio por el polvo y andrajoso. Unos perros reconocieron su presencia y sin tardanza empezaron a ladrarle. Para Sen-yu, aquello significó un mal presagio; hacía más de 30 años que no había visto a esos animales y los recordaba como fieles compañeros del hombre. El hecho de ser recibido con una demostración de fiera le hizo recordar la tranquilidad de las montañas y súbitamente se percató de que había penetrado en un mundo que ya no le pertenecía.

Los perros seguían ladrando y sacando las mandíbulas se aproximaron al anciano. Atraídos por el ruido, un joven campesino y dos de sus hijos salieron de la casa y asustados dirigieron su vista sobre Sen-yu. Éste esperaba ser auxiliado en su difícil trance, pero los campesinos permanecieron inmóviles.

Sen-yu observó cómo tras un breve diálogo, uno de los chicos se apresuró a recoger unas piedras; corrió hacia él y se las empezó a arrojar. El anciano se quedó paralizado por aquello y comprendiendo que no era bien recibido se alejó del poblado.

Detrás de él los perros continuaron ladrando y algunas piedras, lanzadas con mal tino, cayeron a poca distancia de sus piernas.

Con los ojos húmedos y con una sensación de tristeza que nunca antes había conocido, Sen-yu siguió su camino; no comprendía lo que había acontecido; él no había hecho nada que mereciera aquellas muestras de desprecio. “Algo le ha sucedido al hombre” —pensó aquella noche dentro de un refugio improvisado— algo que le hace temer.

La mañana siguiente, el anciano la dedicó a meditar. Debía decidir si continuaba en su búsqueda o regresaba a la montaña. La sensación deprimente continuaba fortalecida. Aunque eso significaba que Sen-yu iba por buen camino, la realidad de su situación era desesperante. No podía vivir sintiéndose así y ningún lugar del planeta estaría lo suficientemente alejado del lugar de origen de lo que detectaba como para pensar en resguardarse en

él. La única alternativa era seguir buscando; sin embargo, una terrible duda asaltó la conciencia de Sen-yu: «¿Para qué seguir buscando?».

En realidad no había un plan o idea que le contestara racionalmente la pregunta. No sabía qué encontraría e ignoraba lo que podía hacer él en caso de encontrar algo. Pero su intuición le decía que la solución sólo aparecería con el conocimiento de la causa de su malestar. En la ignorancia nada podría hacerse. Sen-yu se puso de pie. Debía decidir su dirección y para ello atendió con mayúscula concentración sus sensaciones.

Regresar al poblado era inútil por lo que la búsqueda debía continuar en distinta dirección.

Por fin, no sabiendo cómo, empezó a andar hacia el mar. Recordaba la primera vez que en su vida lo había visto y una esperanza se apoderó de él. «Quizá —pensó emocionado— la fuerza del mar me indique la solución».

Por fin, después de cuatro días más de marcha, localizó la superficie verde azulada del mar. Él sol se reflejaba en ella lanzando rayos plateados en todas direcciones. Sen-yu debía atravesar un valle y después de una elevación del terreno estaría frente a frente con el mundo del agua. Apresuró su marcha y un día antes de sus cálculos se encontró con una playa de arena fina y dorada. Sus pies se alegraron de la textura que experimentaban y su piel se preparó a recibir la frescura del agua.

Después de desnudarse, Sen-yu se introdujo al líquido. Por un momento la sensación oprimente desapareció para dar lugar al gozo. Desde su niñez, Sen-yu nunca había vuelto a introducirse al mar. La tibieza del agua lo envolvió de sensaciones perdidas y un anhelo de permanecer sintiendo aquello se apoderó de él.

Aspiró profundamente y se decidió a flotar en el líquido con su vista dirigida al cielo. Como si fuese un bebé, el oleaje mecía el robusto y musculoso cuerpo del anciano y sus ojos ondulantes permanecieron fijos en una nube que, empujada por el viento, cambiaba de forma.

Sen-yu creyó ver el rostro amado de Yu-sen y en un instante se vio a sí mismo gritando el nombre de su amigo. La nube cambió hasta adquirir una forma irreconocible y Sen-yu decidió regresar a la playa.

Dejó de flotar y con espanto se dio cuenta de que una fuerte corriente lo había alejado tanto de tierra firme, que tan sólo el intento de regresar a nado acabaría con las fuerzas que le quedaban.

Considerando aquello como una señal, regresó a su posición horizontal y se dejó llevar por la corriente. Atardecía cuando todo vestigio de tierra desapareció; sin embargo, a Sen-yu aquello no le importó. Había reconocido un incremento sorprendente de la sensación extraña que ya se había vuelto familiar y estaba seguro de que aquel mar lo llevaría a la causa de la misma. Toda la noche el anciano continuó flotando, viajando a través de la extensión formidable del agua que lo sostenía.

El amanecer fue un espectáculo que lo llenó de esperanzas. Un sol gigantesco y anaranjado surgió del horizonte, pintando su cuerpo y el líquido en el que flotaba de tonalidades asombrosas. Una fuerza primigenia lo envolvía y la sensación oprimente había llegado a un clímax que, traspasado, sólo podía significar su transformación o la muerte.

De pronto, Sen-yu sintió un cambio en la dirección de la corriente. Como empujado por un viento fortísimo su cuerpo empezó a girar, primero suavemente y después con velocidad creciente. En pocos minutos, un giro inclemente lo llevaba cada vez más cerca del ojo de un gigantesco remolino que amenazaba engullirlo. Por primera vez, desde su partida, Sen-yu se sintió aterrorizado; llegar al centro de aquella gigantesca masa acuosa en rotación sólo podía significar una muerte inescapable.

Mareado y en completo abandono de voluntad y pensamientos, Sen-yu empezó a sumergirse.

Yu-sen se disponía a realizar su acostumbrada meditación mañanera cuando un terrible dolor de cabeza lo invadió súbita e inesperadamente. Sintiendo que se ahogaba, logró salir de su cueva y tomando un puñado de nieve se restregó frente y cuello con ella. Volteó a ver los escarpados picos de las cumbres y de la misma forma en que había aparecido, el dolor terminó. El pensamiento y la imagen de Sen-yu siguieron al abrupto término del dolor.

Confuso, Yu-sen trató de analizar lo que le había acontecido. Solamente se le ocurrió pensar que algo le había sucedido a su amigo. Trató de desprenderse de ese pensamiento y tras un esfuerzo intenso lo logró. Nada podía hacer él y era mejor continuar viviendo como acostumbraba.

Al mediodía, Yu-sen decidió ir en busca de las presas que sus trampas seguramente habían atrapado. Caminó lentamente y, a pesar de su voluntad, el recuerdo de Sen-yu volvió a aparecer.

«Debo acostumbrarme —pensó Yu-sen con tristeza y pesadumbre—, debo acostumbrarme a no verlo más».

Aquella noche Yu-sen permaneció recostado en su camastro sin poder conciliar el sueño. El recuerdo de su amigo lo perseguía y la imagen de su cara se le aparecía como si en verdad estuviese frente a él. Por fin, al amanecer pudo dormirse y comenzó a soñar.

Caminaba a través de un desierto árido y caluroso, acompañado de una doncella amadísima. Conversaban acerca de la belleza del panorama y los animalillos del desierto. Yu-sen era feliz y la chica representaba la pureza y la inocencia de un niño.

Después de mucho caminar, buscaron un refugio. Una hendedura en una roca gigantesca apareció tras una duna y se introdujeron a ella después de escalar una ligera pendiente. Yu-sen era joven y su juventud, sumada a la belleza y dulzura de su compañera, le hacía sentir dichoso y lleno de fortaleza.

En su refugio, Yu-sen comenzó a sentir una inquietud creciente. Seguramente en él se escondía algún animal venenoso que podía terminar instantáneamente con toda la dicha y el gozo. Temiendo por él mismo y por su amada, decidió continuar el camino a través del desierto. Tomándose de las manos, los dos jóvenes abandonaron su refugio y siguieron su marcha.

Después de un largo trecho se encontraron frente a frente con un oasis. Penetraron al mismo observando con sorpresa que constituía un centro religioso. Una alfombra persa repleta de diseños complejos tejidos sobre un fondo rojo era el piso de uno de los altares. Sentados sobre la alfombra, hombres vistiendo túnicas vistosas rezaban con la vista dirigida a la tierra. Yu-sen apretó la mano de la chica y juntos atravesaron la alfombra. Pastos verdes extendidos en todas direcciones refrescaban el ambiente y árboles frutales cargados de naranjas, duraznos y manzanas se ofrecían impudicamente a la vista de los visitantes.

De pronto, uno de aquellos seres de túnica se acercó a la pareja. Dirigiéndose a Yu-sen le preguntó en un lenguaje arcaico la razón de su visita. Yu-sen contestó que no entendía tal lenguaje y el ser se alejó precipitadamente. Más adelante, la escena se reprodujo dos veces con el mismo resultado.

Por fin, los dos enamorados llegaron a una barda de piedra sobre la que descansaba una rama de árbol gigantesco. Una mujer entrada en años pero con espíritu infantil se aproximó a la rama y lanzando expresiones guturales agudas señaló con el dedo un capullo que colgaba de aquella. Curiosa, la doncella se acercó al capullo y súbitamente comenzó a emitir sonidos semejantes a los de la mujer.

Yu-sen contemplaba la escena asombrado y al dirigir su vista al capullo se dio cuenta que un pequeño y oscuro animal intentaba desprenderse del mismo. Sus movimientos daban la impresión de ser emitidos a partir de un cuerpo suave y plástico. La compañera de Yu-sen se había introducido en aquel mundo fantástico y junto a la mujer gozaba del espectáculo. De pronto, la mujer entregó a la doncella un polvo amarillento, el que se llevó a la boca, tragándose con evidente gusto. Yu-sen adivinó que aquello era una droga poderosísima y que constituía una invitación a permanecer, por siempre, en ese oasis. Algunos minutos después, la bella doncella, con mirada sonrojada y labios turgentes se acercó a la barda de piedra y se recargó dulcemente en ella. Un mozo robusto, de piel morena, se colocó detrás de ella y la empezó a acariciar diciéndole al oído unas palabras que a Yu-sen le traspasaron los tímpanos. «¡Despierta, bella enamorada, despierta al mundo!».

Seguidamente, el mozo introdujo su pene erecto entre los muslos de la bella doncella y lo sumergió en su vagina. La chica lo recibió con evidente placer después de levantarse la falda y ambos comenzaron una danza voluptuosa.

Yu-sen quiso intervenir, pero la felicidad del rostro radiante de su amada se lo impidió. Una amarga desesperación invadió al joven Yu-sen, quien deseó morir en ese mismo instante. Mientras tanto, el lugar del mozo robusto ahora lo ocupaba otro joven, que repetía la misma danza y las mismas palabras.

Cuatro veces observó Yu-sen la misma escena hasta que, no soportando más e histéricamente excitado, eyaculó al mismo tiempo que lanzaba un grito de desesperación.

Su propio grito lo despertó completamente bañado en sudor y con la impresión de haber vivido, por un instante otra vida.

Yu-sen no podía levantarse a la mañana siguiente. No tenía fuerzas para hacerlo y experimentaba un terrible deseo de morir. Las imágenes de su sueño lo traspasaban, impidiéndole todo reposo y meditación.

«¿Quién soy yo? —se preguntaba a sí mismo con un tono grave y desesperado—. ¿Quién en mi interior habita?».

Las emociones de las horas anteriores habían conectado en el anciano docenas de recuerdos de tiempos idos. Su juventud y el deseo de vivir en completo desprendimiento de ataduras y estructuras se le aparecían como viejas ilusiones que, en parte, sólo durante la vejez habían alcanzado a fraguar.

Pero ahora nada le quedaba ya, un terrible vacío y la imposibilidad de llenarlo eran la única recompensa de todos los años de disciplina y meditación a los que se había sometido. Esperando una inminente muerte el anciano cerró los ojos y se abandonó a su sensación.

Inmediatamente, la imagen de un remolino gigantesco lo traspasó. Girando en redondo, olas gigantescas desaparecían en un centro vacío. Todo viajaba en dirección a ese centro y desaparecía al penetrar en el mismo. Una luz violácea se divisaba en el fondo de aquel terrible orificio y vapores candentes emitían una espuma blanquecina en todas direcciones a su alrededor. Una gaviota de cuerpo plateado planeaba por encima del remolino y se introducía en el centro del mismo para emerger después. Yu-sen decidió acompañar al ave y de pronto se encontró penetrando en el vacío. La luz violácea aumentaba de tamaño e intensidad a medida que el anciano se acercaba a su origen. Los ojos del Yu-sen convertido en gaviota reconocieron una imagen familiar en el centro de la luz. Otros ojos la emitían irradiando un calor tan intenso que era apenas soportable. Unos ojos mirando a otros ojos desprendieron una historia reflejada en otra historia.

El Yu-sen del camastro entró en unas convulsiones frenéticas, sintiendo al mismo tiempo que dejaba de estar solo.

Un último pensamiento se transformó en luz y ésta empezó a invadir la caverna, la nieve y todo el Nanga-Parbat.

EL JUEGO

A Louis Chauvet

Mientras todos esperaban su turno, el sonido hueco y preciso aumentaba su frecuencia. En ocasiones parecía que aquella pequeña esfera pálidamente blanca continuaba existiendo como trazo continuo sobre la verde pradera de la mesa.

Cuando les habían propuesto iniciar los juegos, todos se habían mirado con un estupor de vacío de esperanzas. Lo único que podía entusiasmar era el conocimiento nuevo, y la perspectiva de pegarle a una esfera repetida y fríamente no excitó a nadie. Solamente Crack intuyó que algunas características del espacio podrían averiguarse así. Con una sonrisa en los ojos movió la cabeza afirmativamente. Damonto no lo hizo esperar y, a los quince minutos, el sonido hueco se oyó por primera vez dentro de los muros de la comunidad.

Aquella noche. Crack no pudo dormir. Docenas de imágenes lo llenaban, asombrándolo por su claridad y detalle. En la mañana se encontró preguntándose quién era y qué hacía en el planeta Tierra.

He querido ser como un pájaro —se dijo frunciendo el ceño—, como un espíritu libre de ataduras, pero sólo lo he deseado. Sufrí las tentaciones de aceptar al hombre, pero decidí, triunfal y soberbiamente (Crack esbozó una sonrisa), apartarme de todo contacto con aquella materialidad que siempre ofuscó mis sentidos. Ahora tengo más experiencia; sé que se requiere paciencia y he aprendido a entenderla. Paciencia es sabiduría de reconocimiento de niveles; Paciencia es saber qué es lo que va primero y qué es lo que va después.

Recuerdo que en mi deseo de volar, consulté con don Lucrecio. No lo llamé, ni tampoco fui a verlo, se entiende. Simplemente le hice varias preguntas:

—¡Don Lucrecio!

Al principio nadie contestó a mi llamado, pero poco a poco fui sintiendo un cosquilleo característico seguido de un zumbido auditivo. Supe que alguien estaba tratando de contestarme y que lo único que se necesitaba era mayor fuerza e intención en el llamado.

—¡Don Lucrecio!

Por fin detecté la contestación. No me gustó mucho el tono, pues me hizo sentir que había interrumpido algo importante.

—¡Don Lucrecio!

—¡Qué carajos quieres!

—Deseo volar.

—¡Pues vuela!

—Gracias, don Lucrecio.

Esa fue toda la conversación, y a partir de ese día lo intenté de verdad.

Aquí me enfrenté con el problema de cómo lograrlo. Lo consulté con algunos amigos y creyendo que un especialista me daría más razones, le conté a uno de ellos mi problema. A las dos semanas me mandaron aquí. Confieso que los primeros días encontré oídos comprensivos. Les hablaba de mi sueño y me contestaban en forma parecida a como lo hizo don Lucrecio. Sin embargo, pronto supe que había sido un ingenuo. En este lugar nadie tenía un proyecto serio acerca de volar. En este lugar todos estamos locos.

—¡Don Lucrecio!

—¿Qué?

—¿Qué hago en este planeta?

—Te trajimos aquí.

—¿Quiénes?

—¡El Uno!

¡El Uno!, eso sí me alarmó; ¡no entiendo lo que quiere decir!

Claro que sucedió lo que debía suceder; la voz calló y yo me encontré con la incógnita y la pregunta de siempre: ¿Existe o es una falla de intención?

Ya sé que nadie lo entenderá igual, que nadie lo ha entendido nunca. Paréceme que el hombre vive sólo medianamente acompañado. Por supuesto algunos pueden disfrutar la medianía y considerarse iguales a los que también la usurpan. Pero no yo, yo no, no yo.

Sin embargo, trataré de ser claro, y para ello lo mejor es describir lo que se ve.

Decía que pronto me di cuenta de que este lugar no era un Instituto de Levitación ni mucho menos, sino lo que comúnmente se llama una «casa de locos».

He sufrido mucho en ella, sobre todo por la absoluta falta de seriedad que me rodea. Sólo en mis sueños y fantasías he logrado saber lo que podría hacer si estuviera libre. Primero recaudaría fondos, convencería a algún millonario de la necesidad de volar. Después, reuniría gente que esté en el mismo problema y que, como yo, desee resolverlo. Por supuesto, también haría viajes a tribus perdidas, ingeriría brebajes apropiados y aceptaría enseñanzas chamánicas. Todo eso haría si estuviese libre.

Un día le pregunté de nuevo a don Lucrecio:

—¡Don Lucrecio!

—¡Otra vez tú!

—Perdón por la interrupción, pero ¿me podría decir cuándo voy a salir libre?

Debo confesar que antes de recibir la contestación a esta pregunta sentí un dejo de duda en don Lucrecio. Fue la primera vez que sucedió desde que hablo con él, y eso me hizo pensar que lo que me contestaría sería absoluto. Y así fue; me dijo:

—¡Ahora eres libre!

Acostumbrado como estoy a seguir las indicaciones de mi amigo, me dispuse a disfrutar de mi nueva libertad y decidí esperar señales.

La primera no se hizo esperar. Enviaron aquí a un cosmonauta ruso que se decía experto en vida venusina. Platicué con él durante horas y horas, pero nunca me atreví a lanzarle la pregunta directa. Posiblemente mis anteriores experiencias me bloquearon el entendimiento o quizá no era adecuado el momento. El caso es que a pesar de mi omisión, aprendí mucho acerca del espacio. Entendí que en ese espacio estaban las respuestas a mi deseo de elevarme por los aires.

Ya sé lo que piensa en este instante aquel que me esté leyendo. Dirá que simplemente soy un loco más. Lo único que puedo decir es que aquí, en esta casa de locos, he aprendido a distinguir entre un loco y un genio. No es la actividad ni el contenido de la misma lo que los distingue, sino simplemente la capacidad de ser paciente. El loco es impaciente y el genio paciente. ¿Paciente, para qué? Para hacer lo que se le dé la gana.

En fin, decía que las cosas empezaron a cambiar y yo a sentirme genio. El cosmonauta amigo mío y yo reconocimos la necesidad de aprender acerca del espacio y sucedió que al día siguiente de tal reconocimiento llegó a nuestra comunidad otra señal: Mandaron una mesa verde con grabados blancos, la llamaron de ping-pong, pero yo reconocí su manufactura y supe que provenía de don Lucrecio.

Después, alguien nos invitó a pegarle a una pelotita blanca. Acepté convencido de que iba a conocer la organización del espacio y que esa sería la forma paciente de aprender a volar.

Encontré a Damonto absorto en la visión de sus propias manos acariciándose mutuamente. A los pocos minutos comenzamos a jugar. La pelotita blanca la veía atravesando el espacio entre mi lugar y el que ocupaba Damonto dejando en ese espacio una línea blanquecina sutil y ligeramente humeante. Me había costado años llegar a percibir el trazo de los objetos en movimiento a través del espacio. Era fascinante hacerlo y ahora, con Damonto, las huellas de la pelotita empezaron a formar una nube semisólida de interconexiones entre mi cuerpo y el de mi amigo.

Encima de la superficie verde, una telaraña compacta de líneas brillantes flotaba y yo dirigía la pelota hacia los huecos de aquella masa informe y espectacularmente compleja. Eso es lo que más me gusta de este juego, construir la tremebunda red y luego llenar sus huecos con nuevos trazos. Es obvio que el trayecto de la pelota cambia según los huecos por los cuales se introduce. Sé que todo viaja en el espacio a través de esos huecos pero nadie se da cuenta de ello.

Jugamos dos horas y al terminar había un sólido blanquecino encima de la mesa brillando con reflejos violáceos como una masa pastosa que unía mis brazos con los de Damonto. Desembarazarme de esa masa me costó trabajo. Le cedí mi lugar a otro jugador y me senté a observar cómo la pelotita atravesaba la nube blanca dejando huecos en la misma. A los pocos minutos eran tantos, tan intrincados e interconectados entre si que vi cómo toda la estructura caía como un edificio carcomido en sus cimientos. Me asombré de que nadie se fijara o por lo menos reaccionara corporalmente ante el estruendo de la caída, pero nadie lo hizo.

En la noche y en mi camastro pensé que el secreto de todos los movimientos y todas las cosas está en el trazo que dejan en el espacio. Sabía que en algún lugar del planeta tendrían que existir gentes que conocieran los secretos de los trazos espaciales. Me imaginaba que al escribir un «yo vuelo» en el aire serían capaces de levitar estimulados por el contenido energético de su escritura áurica. Soñé que yo pertenecía a una tribu en el África Oriental conocedora de la escritura espacial. Todos los términos de tal escritura eran onomatopéyicos. Si alguien en la tribu deseaba amar, escribía el concepto en el espacio. Intrincados trazos jeroglíficos alteraban el espacio alrededor del nombre, de tal forma que con sólo mirar los trazos escritos, se empezaba a vivir la emoción del amor.

Después hablé con Damonto. Le dije que empezaría un experimento con el juego de ping-pong, trazaría en el espacio sobre la mesa el término «yo vuelo» tal y como lo había soñado.

Al día siguiente lo intenté sin éxito. Sin desesperarme lo probé de nuevo durante dos meses. Ayer, durante el juego vespertino con Damonto logré trazar todas las letras y sentí un leve desprendimiento. Corrí a informar del mismo a la dirección de esta institución y hoy me di cuenta de que la mesa de ping-pong había desaparecido. Damonto me acusó de ser el responsable del atraco. Ya no me importa si lo fui o no, sólo sé que es posible volar y en las noches al visitar a mis amigos en África aprendo más cosas de las que todos aquí se pueden imaginar.

LA TRIBU

Bastante se ha discutido el valor de la escritura. Algunos dicen que cuando la humanidad aprendió a escribir, perdió la memoria. El mundo sin registros escritos, dicen esos críticos, sería la perfección mnémica. Nadie tendría deseos de guardar datos y nadie se abandonaría a la tentación de no confiar en su propia memoria.

Estas críticas son acertadas. Pero lo son para el tipo de escritura que conocemos.

Digo lo anterior porque tengo noticias de un tipo de escritura que no produce los efectos nefastos que tan acertadas críticas han puesto de manifiesto.

Antes de introducir al lector a los secretos de la escritura arriba mencionada, debo explicar algunos eventos que ayudarán a su comprensión. Empezaré relatando la vida del reverendo Verne L. Cameron, uno de los originadores del conocimiento radiónico.

En 1925, Verne Cameron compró una propiedad rural cerca de Escondido, en la zona de San Diego, en California. Dedicado a la agricultura, se encontró con la necesidad de perforar un pozo para obtener agua. Un vecino le mostró después de varias perforaciones inútiles, el uso de un extraño instrumento que, acoplado con la conciencia, mostraba la localización de depósitos acuíferos. Pero el verdadero interés de Cameron se inició cuando su abuela, vieja germana, vino desde Washington para instruirlo en el uso de alambres radioestáticos. Cameron encontró su agua y un medio para estudiar fenómenos energéticos sutiles. Él mismo se dio a la tarea de inventar nuevos y cada vez más sofisticados aparatos para el estudio, delineación y comprobación de auras, energías radiónicas de objetos y de animales.

Las conclusiones que alcanzaron Cameron y sus discípulos son que cada forma material proviene y da lugar a una matriz energética en el espacio; que el pensamiento también da lugar a matrices energéticas, lo mismo que cualquier trazo inscrito en una superficie bidimensional.

Estudios más avanzados han hallado que la frecuencia de la emisión radiónica cambia dependiendo de aspectos de un dibujo como son la distancia que separa las líneas que lo constituyen y su morfología. Más aún, se ha encontrado que tales energías pueden ser enfocadas y amplificadas utilizando conos cuya punta sea suficientemente precisa.

Seguramente, el lector intuye ya una relación entre la escritura tribal que mencionaba al principio y el desarrollo de formas energéticas.

Los miembros de la tribu en cuestión son conocidos como los xiucantonianos. Han vivido durante más de tres milenios en una isla desconocida del Pacífico y veneran a Xiucantatlin, el genio que descubrió la escritura energética dactilar, como la llama J. Constantin.

Xiucantatlin vivió en la época más pacífica y abundante que recuerde cualquier xiucantoniano. Vivió con tres mujeres en una choza dejada del pueblo Xaxitoni y en un ambiente de descanso tuvo tiempo suficiente para investigar. Como siempre, tales estudios fueron motivados por una serie de sucesos primeramente pasados por alto por su carácter obvio y después considerados como extraordinarios. Sucedió que Xiucantatlin tenía una esposa favorita entre sus tres compañeras. Había algo en los dedos de su favorita que lo hacía retorcerse de placer cuando lo acariciaba. Por más que las otras esposas trataban de imitar los movimientos de la favorita, no lograban producir los mismos efectos.

Cuando el agraciado marido se dio cuenta de que las artes de su favorita no se debían a movimientos o presiones táctiles peculiares, quiso averiguar cuál era el secreto.

No encontró ninguna peculiaridad distintiva en la forma de la mano o de los dedos de sus compañeras. Tampoco alguna diferencia de temperatura u olor. Intrigado sobremanera, se pasaba observando durante horas enteras las seis manos y los treinta dedos que tanto conocía, pero sin éxito alguno.

Un día tuvo una idea que comunicó un tanto atemorizado a sus mujeres. Éstas se miraron de reojo cuando oyeron que su esposo común deseaba ser acariciado simultáneamente por las tres.

No queriendo provocar su malhumor, accedieron, y una mañana, junto al mar, procedieron a atenderlo. Xiucantatlin observó atentamente toda la operación, notando que su favorita apoyaba ligeramente las puntas de sus dedos en su piel, mientras que sus otras compañeras no hacían lo mismo.

Xiucantatlin tomó entonces una dentadura fosilizada e hizo colocar las puntas de los dedos de sus esposas frente a ella, mientras las observaba desde una hendidura entre dos molares.

Así pudo magnificar la zona. Era clara la diferencia. Los dedos de su favorita tenían huellas dactilares fundamentalmente diferentes. Espirales en todas direcciones y tamaños, cruces y estrellas de todas dimensiones formaban un intrincado dibujo.

En ese momento se inició la escritura energética dactilar. Xiucantatlin se volvió un experto en reproducir en la arena de la playa diseños dactilares y en detectar sus efectos. Descubrió que ciertas formas repelían o atraían a otras. Más aún, colocando diseños dactilares en contacto con su propio cuerpo, detectó diferentes sensaciones... Después desarrolló las mismas sensaciones, pero activadas al ver y no al tocar los diseños. Puesto que cada diseño provocaba diferente experiencia, Xiucantatlin bautizó los distintos diseños y así creó representaciones gráficas de palabras y conceptos. En la actualidad, los xiucantonianos han logrado volar, calentarse, enfriarse, llorar, reír, dormirse, sólo con leer su escritura.

ÑANDUTI

Todo comenzó en el mar y terminó en el desierto, el mismo que mis ojos inyectados en arena ven desde este wadi.

Se anunció esa mañana nublada y llena de vapor, entre las tiendas de campaña repletas de instrumentos, que la búsqueda cambiaría de dirección. Habíamos permanecido dos años en la selva haciendo contacto con los más sabios de entre los guaraní. Habíamos ido en busca de los mensajes que tales sabios tejen pacientemente.

Al primero que nos encontramos fue a un viejo musculoso, conocido por el nombre de Ñanduti. Pronto comprendimos que el significado de tal nombre era «Tela de araña». Por supuesto, nos sorprendió al principio, pero al observar su trabajo comprendimos la razón del sobrenombre. Durante horas interminables se sentaba frente a una improvisada mesa, con una colección de puntas delgadas sostenidas en una tela. Con hilos de diferentes colores trazaba una trama que se complicaba notablemente, hasta parecer una verdadera tela de araña. Después de comprender esto, nos dedicamos a observar cómo lo hacía.

Nos dimos cuenta de que sus tejidos nunca eran iguales. Al terminar un patrón, comenzaba otro completamente diferente. Pero no guardaba tales obras. Siempre había un indio joven que, al ver terminado un patrón lo tomaba entre sus brazos y lo llevaba a lo que después supimos eran las escuelas de la tribu.

Ñanduti era maestro de su gente y los patrones que tejía eran los libros que los niños estudiaban y que los mayores discutían durante horas interminables.

Pero en realidad no eran libros, o lo eran para algunos mientras que para otros eran palabras. Esto último era claro en los niños. En sus escuelas recogían los tejidos de decenas de maestros que, como Ñanduti, tejían para enseñarles las palabras de la lengua guaraní.

Intentamos muchas formas de aprender el guaraní. La sola observación de los tejidos de Ñanduti nos sumergió en una confusión terrible, así que

pedimos permiso para atender a la clase de los niños. Pero eso fue peor. Las criaturas veían los patrones y cuando sonreían, mostrando haber entendido, se les asignaba un nombre.

Aunque no pudimos observar una división en grados o cursos, nos dimos cuenta de que la cantidad de términos que cada niño manejaba variaba considerablemente. El caso extremo era una niña de seis años que conocía 2000 palabras. Recuerdo que cuando hablamos con ella nos dijo que al final todo era lo mismo.

Los maestros trataban en forma diferente a cada niño. Había uno en especial que nos asombró por su viveza. Comprendía en un santiamén el patrón que se le mostraba, e intentaba averiguar qué era lo que hacía que expresara lo que expresaba. Era un experto en hacer preguntas complicadísimas, la mayoría de las cuales los maestros manifestaban su incapacidad de contestar. Se quejaba de no entender el porqué las cosas se manifestaban como patrones.

Ese no entender nos hizo comprender que debíamos empezar a un nivel todavía más elemental, y nos dimos a la tarea de buscar un maestro.

Lo encontramos después de tres semanas, junto a un río y en una choza en la que se dedicaba a tejer patrones. Él nos explicó todo lo que sabemos acerca del guaraní.

Nos mostró primero un tejido que se llamaba *tiempo*. Nos dijo que era muy importante entenderlo pues de ahí podríamos partir para comprender otras palabras.

Supimos así que el tiempo es el secreto para conocer la sabiduría y que quien desee la capacidad de comprender el tiempo posee la clave de la sabiduría.

Recordé las palabras que antes de partir para este viaje me había dicho Gustavo; en guaraní, la palabra *tiempo* significa *sabiduría*.

Y así era; tardamos tres meses en descifrar ese tejido y, al acabar de hacerlo, nos sentimos capaces de todo. Entonces nuestro maestro nos enseñó otro patrón que significaba espacio y nos quedamos azorados al comprobar que el tiempo se derivaba de un cambio en la organización del espacio.

De ahí en adelante todo fue más fácil, empezamos a discutir como la gente mayor de la tribu. Un día discutimos acerca de la interacción de patrones y sus resultantes, y comprobamos algo tremendo.

Hasta ese día, habíamos pensado que lo que veíamos era la construcción cognitiva de una tribu específica y concreta de la selva sudamericana. Sin embargo, súbitamente entendimos que lo que hablaba ahí era algo más que un

lenguaje particular. Fue entonces cuando nos avisaron que habíamos cambiado de maestro. Nos dieron unas direcciones y llegamos al delta de un río en cuya orilla vivía un ser similar a Ñanduti, nuestro primer maestro. Pero, para nuestra sorpresa, este nuevo maestro no tejía. Esto hubiera sido soportable si por lo menos hablara, pero nunca lo hacía. Siempre permanecía en silencio viendo una flor.

Sólo una vez nos dijo que sentía mucho no poder regalarnos nuestros primeros cinco años de vida. Por lo menos eso hizo y nosotros entendimos y entonces buscamos niños de nuestra edad.

Sabíamos ya que nadie se sorprendería y por fin encontramos a un grupo de niños de dos años. Jugaban en el río a construir una presa, pero no hacían una pared recta, sino más bien curvas que se entremezclaban y a través de las cuales el agua hacía extraños diseños.

Era interesante observar cómo aparecían figuras geométricas y círculos ligados con cuadrados, dependiendo de la colocación de las paredes sucesivas de las presas.

Un día nosotros mismos nos atrevimos a construir una presa y con regocijo notamos que bastaban algunos elementos; piedras bien colocadas para crear los más complejos patrones en el agua. Puedo decir que ahí comenzó nuestro verdadero crecimiento.

Pronto, fuimos capaces de añadir paredes y complejas curvas a nuestras construcciones. Pero cuando esto sucedió, nos dimos cuenta de que algo había cambiado.

Cerca del río se estableció un campamento de exploradores de recursos geológicos. Traían regalos para los niños y utensilios de cocina para los mayores. Establecieron una tienda de canje en la que cambiaban estos utensilios por tejido guaraní.

Los sabios de la tribu, intuyendo el peligro, comenzaron a mandar tejidos que significaban que nadie debía pensar en obtener ningún beneficio con ninguna acción, que de proceder al contrario habría metas que en lugar de expandir el conocimiento lo mutilaría. Ni siquiera querer aprender es permitido, sino únicamente aprender.

Llegamos a comprender el tiempo y el espacio, supimos que todo es creación y que, a final de cuentas, todo es uno. Nos ayudaron los niños y el río y las piedras y el único hilo con el que los mayores tejían sus patrones.

Ahora vivimos en el desierto y estudiamos la arena. Estamos seguros de que nadie cambiaría el trazo dejado en el viento por utensilios de cocina.

REDES

En el interior de una cueva revestida de ilusiones vive una redonda roca. En el interior de una montaña en contacto con el cielo vive una cueva.

Roca, cueva, montaña y cielo.

En el interior de la roca de la cueva de la montaña del cielo sólo roca.

Un día, una hormiga.

Cayendo del cielo en dirección a la montaña, la cueva y la roca.

Hormiga alada, hormiga reina repleta de futuros.

Buscando sombra, alimentándose de su propio cuerpo, reposando.

Hinchándose de sabía, creando vidas, esperando de las vidas nueva vida.

Las doncellas hormigas a la roca penetrando, construyendo túneles y antecámaras, nidos de esperanza para la nueva cría.

Roca que de roca sólida, esponjosa mina.

Túneles de miel y caminos, venas supurando antenas, viajes de hormigas escarbando roca, mordiendo roca esponjosa mina.

En el centro, verdadero y exacto uno la recámara real. Convergencia de miles de caminos, origen de sustancias, comunicados y vidas.

Centro que repica, centro que resuena de pasos que en las minas mensajeras almas de hormigas.

Comunicados, interacciones, roca que de ser roca contenedor de vidas.

En una cueva en el interior de una montaña en contacto con el cielo una roca respira.

Esponjosa vida sin ser notada por las hormigas, despierta.

Soy de lo que soy, cúmulo de vidas, reptante adentro, red de nueva osadía.

Soy de lo que me nutro sin ser el alimento. Soy de todo lo que me forma y más que ello.

Roca rodeada de paredes revestidas de ilusiones.

EL ZOHAR

A Rita Kuhnke

El rabino Simón Ben Jochai se alisó su larga cabellera y volteó a ver a su hijo Eleazar, recargado en la pared de la cueva. Debe haber soñado otra vez lo mismo, se dijo, mientras aspiraba el olor húmedo y frío de la madrugada. ¡Eli!, lo llamó dulcemente, ¿de nuevo? Eli...

La luz de la luna es como la primera letra de su nombre... la luz de la luna... así nos decía Rabi Akiba... Eli, Eli, ¿me escuchaste?

La oscuridad de la cueva es su propia luz, pensó mirando a su hijo, la oscuridad está basada en la luz porque de otra forma no se sentiría. El sentir la oscuridad y la luz es el mismo sentir y el sentir es como la luz de la luna. Me gustaría volverte a ver, Rabi Akiba, decirte que tenías razón, que en el aislamiento se comprende y se aprende a ver en la oscuridad y en el silencio se encuentra a Dios...

Los niños jugaban con el sol, bailando en las callejuelas empedradas, y los mayores señalaban con los ojos las dos figuras perdidas en pensamientos, caminando como entre nubes, alzando la vista al cielo y de pronto tropezando con un niño y riendo... Te extraño, Rabi Akiba... me gustaría decirte que tenías razón y que el tiempo se detiene cuando se pierde el orgullo, que los años duran menos que los días, y las semanas más que los meses, que de pronto se vive sin recordar las explicaciones y así, súbitamente se hace la luz y... Eli, ¿lo soñaste de nuevo?

Eleazar deseaba volar, siempre lo había querido y en sus últimos sueños se veía a sí mismo volando, sostenido por un dibujo extraño, dibujo que recordaba cuando el sueño fatigado de sí mismo aleteaba en la madrugada, dibujo que olvidaba apenas intentaba trazarlo en la arena que se esparcía a la entrada de la cueva.

Eleazar había decidido acompañar a su padre perseguido por los invasores. Se habían guarecido en aquella cueva hacía tanto tiempo que el joven ya no recordaba el instante en el que la encontraron aquella mañana.

A Simón Ben Jochai le interesaba el sueño de su hijo, no tanto porque él mismo quisiera volar, sino porque intuía que detrás de aquel dibujo se hallaba parte de la sabiduría de Rabi Akiba, su querido maestro.

Recordaba su última conversación con él poco antes de su tortura y muerte. Habían hablado de los días y las noches y de otras oscilaciones. Akiba, lo recordaba bien, había utilizado precisamente ese término: «oscilaciones». Las oscilaciones del día y la noche crean patrones, las oscilaciones de las estaciones crean patrones, las oscilaciones del sonido crean patrones...

El patrón que logre contener todos los patrones, le había susurrado Rabi Akiba al oído, ese patrón es la clave para encontrar el nombre secreto de Dios y así poseer toda la sabiduría.

¿Cuál es el patrón que no sometido a ninguna oscilación se crea?

Ben Jochai había decidido ocultarse en la cueva después de ver morir a Akiba en manos de los romanos y saberse perseguido por ellos para correr la misma suerte. En la oscuridad de su vivienda oía la arena reptante del desierto y dejó de saber cuándo era día y noche, invierno o verano... ¿Cuál es el patrón que no sometido a ninguna oscilación se crea?...

Eleazar era un joven magnifico a los ojos de su padre, soñador, idealista, pero violento con la palabra a la que no rendía ningún culto. La palabra, le decía a su padre y maestro, la palabra no alcanza.

Ben Jochai no opinaba lo mismo. La palabra también es una oscilación y seguramente acoplada con el dibujo de tus sueños te permitirá volar, le decía sonriendo pero con seriedad. Eleazar accedía con un gesto pero íntimamente no lograba, ni siquiera, entrever una relación.

Los días pasaban lentos y las semanas raudas, los meses lentos y los años presurosos, un día Eleazar gritó en medio de la noche y Ben Jochai se despertó comprendiendo. ¿Lo viste, lo recuerdas?

Es un dibujo que contiene todos los dibujos en cada una de sus partes, es un dibujo que se repite y reproduce y cambia sin cambiar, es un dibujo y son muchos, es...

Aquel recuerdo fue suficiente. A la mañana siguiente, los dos, padre e hijo, salieron a la arena, se acostaron en ella y con un brazo sosteniendo una mejilla y el otro recolectando pequeñas muestras de aquel polvo color de oro, negaron con la cabeza. Demasiado simple a pesar de que cada grano es igual al resto y lo contiene y lo reproduce y es un dibujo y son muchos y contiene al todo y... pero demasiado simple. Eleazar asintió y miró a su padre comprendiendo que no bastaba su recuerdo, algo más había.

Una tarde una visión de una boca de volcán recién apagado sumergió la mente del rabino dentro de su imagen como quien saborea de un manjar exquisito. El volcán aparecía como vislumbrado desde lo alto, como si los ojos de Ben Jochai se hubiesen desprendido de sus órbitas y lanzados en pavoroso ascenso flotaran entre nubes. Pero las nubes que veía era caligrafía de Dios. Detrás del volcán apareció un sol enorme, rojizo, esplendorosamente fuego. Las nubes coloreadas de un rosa violáceo rodeaban el volcán y un cielo azul intenso se transparentaba aquí y allá entre los algodonáceos y esponjosos vapores.

Ben Jochai nunca había visto algo semejante y se sorprendió a sí mismo intentando mantener la imagen y luego aprendiendo a introducirse en ella, alejarse, acercarse, viajar en círculos y más tarde haciendo aparecer otras hasta que un torbellino de visiones lo acompañaba día y noche.

Le bastaba cerrar los ojos y allí estaban, y él, regocijado, viajaba entre ellas y pronto dejó de comprender el deseo de su hijo y consideró todo deseo como atentado en contra de lo que acontece cuando el deseo desaparece. Para qué, se preguntaba, la acción si más allá de cualquier acto está el verdadero sentido. Él mismo no sospechaba lo que estaba a punto de acontecer.

Una mañana, encontró un punto luminoso dentro de una oscuridad total. Puesto que tanto ver le había enseñado a controlar lo visto, después a dejarlo libre, decidió acercarse al punto y más adelante dejarse fluir en él. Así hizo y al introducirse al color ambarino-verdoso de la diminuta luz, reconoció que ésta era solamente una pequeña porción de una imagen mucho mayor. Retrocedió en sí mismo y, tal y como había intuido, el punto luminoso se transformó en acompañante de cientos de otros puntos y reconoció en ellos el firmamento estrellado de una noche clara y a él mismo como capaz de expandir su visión con el solo recurso de alejarse de un detalle. Continuó haciendo más distancia y pronto todo el firmamento retrocedió ante su vista y un universo lleno de espirales se le mostró completo y total visto desde un lugar que ya no pertenecía al universo. Intentó retroceder aún más y de pronto vio un mandarín chino flotando en un espacio lleno de cristales, sentado en lo que parecía ser una alfombra tamizada de patrones tejidos.

La cara del oriental era bella y unos ojos rasgados enfocados en los dibujos de la alfombra le indicaron que aquella visión era la que su hijo deseaba y esperaba.

Se acercó al chino y le pidió ver la alfombra. Vio entonces el mismo firmamento de antes pero bidimensional y consignado en un tejido adamantino hecho con microscópicos hilos de seda de todos los colores.

El chino lo invitó a subir a su «nave» y le mostró la forma de viajar. No hablaron, sólo bastaba ver la dirección en la que aquellos ojos rasgados enfocaban el firmamento tejido para viajar al mismo punto del firmamento real.

Poco a poco Ben Jochai comprendió la técnica y al aplicarla decidió regresar a su cueva.

Eleazar trazaba con una delgada astilla líneas en la arena cuando reconoció los pasos de su padre y se quedó pasmado al divisar su figura envuelta en un halo dorado.

En un súbito relámpago de intuición sintió el estado de su padre y entendió el halo dorado como una manifestación de algo sublime. Cientos de pensamientos atravesaron a Eleazar y entre ellos la noción clara de que más allá de su búsqueda o del acto mismo de volar existía lo que no posee límites pero es el fundamento de una vida. En unos cuantos segundos advirtió que su forma usual de ver la vida había saltado de su lugar y que una novedosa percepción lo envolvía. Algo había sentido al ver a su padre que no era ni su padre, ni el halo dorado que lo envolvía ni su caminar casi flotando sobre la arena, sino más bien lo que en esencia era su padre y al mismo tiempo no era su padre.

Un yo escondido en el interior de una envolvente, idéntico al yo escondido en cualquier envolvente y al mismo tiempo en todo, un sentir una mismidad sin individualidad y simultáneamente en una expansión de la misma, una sensación de Ser más que cualquier identidad restringida.

Eleazar contempló el trazo que había hecho en la arena y lo consideró superfluo. Se vio a sí mismo con el afán de encontrar, también allí, lo mismo que había visto en su padre y de pronto se percató que era idéntico, se levantó de la arena y corrió a abrazar aquella figura que se le aproximaba.

Esa noche, todavía visible el halo dorado, el rabino contó sus experiencias y su hijo las suyas.

Eleazar sentía que algo había y estaba creciendo en su interior, algo tan luminoso y cierto que al cerrar los ojos e intentar dormirse percibió una filigrana de patrones dorados inmersos en un conjunto de formas geométricas complejas. Los veía tan claros que repetidamente abría los ojos para comprobar si su visión era externa.

Por fin se durmió y soñó con un punto violeta rodeado de una atmósfera oscura. El punto se fue agrandando ocupando la zona oscura, hasta que todo, alrededor de Eleazar, fue violeta. Después, algo consciente en el Eleazar dormido decidió alejarse de aquella mancha violácea y poco a poco observó, como antes su padre, cómo disminuía de tamaño hasta convertirse en un diminuto objeto parecido a una roca. Súbitamente todo alrededor de Eleazar adquirió forma y un grandioso paisaje se le apareció. Dentro de ese paisaje y como un detalle íntimo del mismo apareció lo que antes era un todo violáceo. El procedimiento de alejarse había construido un mundo y Eleazar entre sueños supo que había encontrado la clave para lo que deseaba.

—Padre —le dijo al rabino la mañana siguiente—, un todo puede convertirse en parte diminuta de otro todo hasta que en una espiral infinita el espacio que me rodea se convierta en parte de mí y con ello en catapulta para el vuelo.

—Así es —le contestó con serenidad Simón Ben Jochi—, así es...

—¡Padre! —volvió a insistir Eleazar—, eso es el dibujo que buscaba y ahora, extrañamente, ya no me interesa el vuelo, sino más bien el dibujo y... ¿me comprende?

—¡Así es! —volvió a repetir el rabino.

Eleazar miró la cara luminosa de su padre y sin poder contenerse comenzó a sollozar.

Una actividad frenética se inició desde ese instante. Sin embargo, cualquiera que hubiera visitado a los habitantes de aquella cueva perdida en el desierto, cualquiera que no percibiera más que lo externo sólo hubiera visto dos figuras tranquilas, inmóviles y pensativas recargadas en dos paredes de su aposento.

En el interior de esos dos cuerpos, sin embargo, una llama flameaba y sin necesidad de utilizar palabra alguna, una llama avivaba a la otra hasta alcanzar resplandores de hoguera.

Eleazar estaba menos preparado para resistir tanta luz que Simón. A veces sentía que una verdadera llama lo incendiaba por dentro y entonces no le quedaba más remedio que salir a lo que en esos instantes le parecía fresco y lo que hacía unos meses sentía como arena y sol quemantes.

Su padre, en cambio, parecía no ser afectado; permanecía sereno mientras el conocimiento se le mostraba tamizado por un gozo sin límites.

Una tarde de luna blanquecina y semitransparente, una tarde de azul profundo, el rabino Simón Ben Jochai, recostado en una roca a la salida de su cueva y jugueteando con el viento amigo, decidió hacer una excepción en su

no decidir y buscó la raíz de su sentir. Trató de descubrir al Observador en sí mismo y de pronto se dio cuenta de que lo que experimentaba como Observador no era el verdadero él mismo, sino otro yo mismo. Trató de explicarle a Eleazar pero le fue imposible describir la sensación de no encontrar un sí mismo real.

—Es —le decía— como si contuviera a toda la gente que he conocido y la sintiera como yo mismo.

Ante el fracaso de sus intentos por explicar, Simón se introdujo, de nueva cuenta, en la disección de sí mismo para encontrar su verdadero yo. Una tarde creyó haber hecho contacto real y se regocijó de ello, para hallar, al día siguiente, que la sensación provenía también de otro yo internalizado.

Por fin, desesperado abandonó la búsqueda y a los pocos minutos de haberlo hecho, de pronto, se sintió arrastrado por una cognición. Miró a su alrededor y a su propio cuerpo, y empezó a reír con tal intensidad, que llamó la atención de Eleazar.

Este último observaba a su padre riendo sin parar y asombrado lo cuestionó.

—¡Es que todo es Uno!, ¡todo es Uno! —le alcanzó a decir Simón en medio de su estrepitosa muestra de alegría.

Aquello no convenció a Eleazar, quien vivamente interesado en la súbita alegría de su padre intentaba comprenderlo en su significado más íntimo.

—Pero, entonces, ¿quién es el que siente? —le preguntó aquella noche.

Simón lo miró y sonrió ante la pregunta.

—Creo recordar —le dijo—, que a ti el lenguaje te parece insuficiente.

—Así es —le contestó Eleazar.

—Mira el vuelo de los pájaros, siente el viento entre la arena y observa su dirección y fuerza. Recorre el camino de los escorpiones y vislumbra las ondulaciones, picos y valles de las montañas lejanas, haz hablar a tu voz y moverse a tu cuerpo. Escucha el lloro de la noche y ve las sombras que proyecta la luna. Divisa las nubes y sus contornos, compara la sombra de sus entrañas con la coloración de la arena.

»Ahora penetra a tus sentimientos y velos como a las nubes, al viento, a la arena, a las montañas y a la luna y entenderás que todo es Uno.

»Reconoce la liga entre los pensamientos que alumbran, y el aliento de tu boca; eso lo verás fácil.

»Ahora penetra a la unión de pensamiento con aliento y verás que es la misma pasta que la que liga los pensamientos.

»Ve tus movimientos y de nuevo reconoce en sus secuencias las leyes de tu pensamiento, el origen de la luz y las oscilaciones del viento. Encuéntralo todo por ti mismo.

Eleazar soñó con unos huesos extraños y a la mañana siguiente, mientras el frescor de la noche apenas abandonaba la arena y el resplandor rojizo de un sol saliente lo pintaba todo del color de la sangre, encontró una osamenta de jaguar y un fémur de animal extraño.

El joven había salido a su caminata acostumbrada impulsado por la necesidad de movimiento y como precaución ante inesperadas sorpresas; al pie de una pequeña loma había visto los huesos reflejando la luz del sol al igual que hace la luna y con similar mensaje.

Al recordar su sueño y al compararlo con su súbito descubrimiento; Eleazar sintió la presencia de una señal cierta y poderosa. Se acercó a los huesos, los contempló unos minutos fascinado por las formas y después los recogió de su lecho arenoso y ya en su cueva se dedicó a observar los detalles de las osamentas. Supo que el cráneo era de jaguar porque sintió, al tocarlo, un temor ágil y felino. El otro hueso quedó sin identificar. La mitad derecha del cráneo del jaguar estaba formada por curvas suaves, declives cuidadosos y uniones delicadas. La mitad izquierda era áspera y en lugar de curvas suaves, ángulos agudos la formaban. Eleazar estaba fascinado por la diferencia. Reconocía en ella algo de sí mismo, dos naturalezas unificadas en un solo ser pero en sí mismas diferentes. Una suave y la otra dura, una curva y la otra lineal, una rugosa y la otra esponjada, una luminosa y la otra oscura, una femenina y la otra masculina...

El otro hueso manifestaba la misma dicotomía, pero, si en un extremo la porción femenina se localizaba del lado derecho, en el otro, cambiaba hacia el izquierdo y lo volvía a hacer una y otra vez como en un juego extraño de bifurcaciones alternadas.

En el jaguar, Eleazar reconoció zonas de furia y otras de contemplación, secciones de terrible intención demoledora y otras dulces y tranquilas de retozar familiar.

Las zonas agresivas e intensas estaban siempre rodeadas de excrecencias sutiles en cuyos límites se desdibujaban flamas o lo que parecían salientes de fuego. Eleazar intuyó que éstas reflejaban poder y sobre todo expresión de poder.

En una saliente posterior, el hijo del rabino vio un declive en forma de espiral y otro con dos círculos entrelazados. Supo que el jaguar, al avanzar, dejaba huella de sus pasos y que ésta era una espiral mezclada con un infinito.

Todo animal en contacto con esta huella retrocedería abrumado por la claridad de una muerte segura, de una inescapable espiral infinita. Cada parte de ese cráneo empezó a hablar ante los atónitos sentidos de Eleazar y dejó un sabor de sabiduría colosal en su memoria.

Cada unión de distintos huesos para formar una estructura común lo conmovieron por la presencia de un plan unificador que trascendía la existencia de los detalles concretos del cráneo. Algo por encima de su totalidad y previo a ella había decidido unir los huesos en aquella forma y no en otra. Un designio superior había establecido un orden temporal de supervivencia en el cual el cráneo, como estructura rígida, permanecería como testimonio de las funciones ejercidas por un tejido más mutable y menos permanente. En el hueso quedarían inscritos los detalles unificadores de una historia, aquello que más se repitió en ella y por tanto lo que más había ligado, su realidad, su constancia y sus hábitos...

Era la escritura de Dios y Eleazar agradecía al Único por la bendición de la vida.

Aquel que podía dibujar su pensamiento en un hueso, aquél que decidía, era inocente y bello y tranquilo y puro y majestuoso y un artista consumado. Eleazar reforzó su fe y se dio a la tarea de buscar nuevos hallazgos para estudiarlos.

Por primera vez en su vida, algo le había hablado directamente a la zona de sí mismo que al activarse produce la sensación de testimonio, tuvo la clara impresión de que existía algo SIN FINAL y aquello se le había manifestado como conocimiento inscrito en una de las casi infinitas manifestaciones de la creación. ¿Cuántas manifestaciones existían?

Eleazar habló con su padre y le confesó haber sentido el sin final.

—El EIN SOF se me presentó —le dijo, confiando en que Simón entendería—, el EIN SOF existe; existe un lugar que es EIN SOF.

Su padre lo miró encantado; en sus ojos se traducía el deseo de compartir la esperanza de poder dialogar. Simón supo que el EIN SOF al que se refería Eleazar no era el verdadero, aunque nada podía estar más cerca. Escuchó el relato del jaguar y con una sonrisa mencionó que la dirección del EIN SOF siempre apuntaba hacia arriba.

—El hijo del EIN SOF —dijo al final—, es horizontal. Todos los jaguares del mundo, todas las aves, todos los peces, todo ello es el hijo. Lo que de común tienen, lo que indica la presencia de la mente, lo que así se siente, lo que hace introducirnos en un torbellino, eso es el padre.

Eleazar se sintió defraudado y con una sensación de tristeza se alejó de la presencia de su padre.

Llegó a donde había depositado el cráneo de jaguar y el fémur, y tocándolos cariñosamente dejó que las imágenes lo envolvieran. Vio una mujer en medio de una batalla. Vio que ella mantenía el espíritu, que limpiaba las heridas y conservaba la luz, que curaba, santificaba y corregía, y de pronto la vio saltar por los aires en medio de un grito de dolor. Vio que los riñones de la mujer eran despedazados por unos dientes y unas garras y entendió la correspondencia entre cuerpo y función.

Eleazar recorrió completamente al jaguar en dos semanas. Reconoció que él y el jaguar eran y no eran lo mismo. Recordó las enseñanzas acerca de la Unidad y se despidió de su padre.

Se dirigió al mar, debía encontrar cráneos de animales marinos para poner a prueba su sentido de unidad. Debía vivir su separación y su unión para comprender sus límites.

En el camino estudió cactus. Al principio le parecieron simples, pero a medida que comparaba jóvenes con viejos, especies con especies y familias con familias, comprendió su complejidad y belleza.

Algunos mostraban caminos geoméricamente perfectos en la disposición de espinas y diminutas salientes, otros mostraban una tendencia a abandonar su propia estructura lanzando a las alturas nuevas extremidades y formas originales.

Eleazar se dio cuenta de que toda manifestación de vida intenta trascender su propia estructura. Entendió que tal intento está, de antemano, destinado a fracasar, puesto que la herramienta que cada forma viva usa, es su propia individualidad y por tanto participa en la diversidad. Sin embargo, en la diversidad también existe la Unidad y también por ello, la posibilidad de trascender.

Recordó lo que su padre le había dicho acerca del padre y del hijo del EIN SOF y comprendió su significado. Siempre que algo similar acontecía, su amor y respeto hacia Simón crecía y en esa ocasión casi lo hicieron volver a la cueva.

Sin embargo decidió proseguir su camino y a los pocos días escuchó un clamor oscilatorio, sintió una brisa húmeda y vio el mar. Buscó en la orilla y halló un cráneo de tortuga gigante. Estaba blanco y seco por el sol.

Su interior estaba completamente dividido en dos compartimientos y en la parte externa y superior una especie de flor gigantesca se desdibujaba levemente a través de sutiles y delicadas salientes de hueso. Eleazar se quedó

pasmado por la división y por la flor en medio de ella y de pronto intuyó que aquella flor unificaba lo dividido y era la esperanza para llegar a un mundo trascendido.

De nuevo ocurre lo mismo, todos deseamos lo mismo...

Cuando Eleazar regresó a la cueva, se encontró a su padre escribiendo frenéticamente. Era tal su concentración al escribir que Eleazar no se movió. Sin embargo su curiosidad y el deseo de compartir sus nuevos descubrimientos lo hicieron atreverse a preguntar. Simón se sobresaltó dándose cuenta de que en su concentración no había notado la presencia de su hijo. Se saludaron y Simón explicó que empezaba a escribir sus pensamientos guiado por el Altísimo, mientras, Eleazar habló de sus cráneos y de su exploración dentro de la Unidad.

Durante la ausencia de Eleazar, la soledad de Simón había sido tan completa que ahora, escuchando a su hijo, se dio cuenta de que algo muy extraño le acontecía. De pronto, la sensación de que existía una continuidad entre un movimiento y el siguiente de Eleazar, comenzó a desaparecer. Luego, lo mismo aconteció con las palabras, una de ellas era una unidad y la siguiente otra y ambas existían por sí mismas e independientes. Simón dejó de entender lo que Eleazar decía y solamente atendía a su nueva forma de percibir. En ella, la realidad de un continuo perceptual dio lugar a la vivencia de momentos perceptuales separados unos de los otros como si un pegamento que normalmente sirve para mantener unidos los perceptos hubiese desaparecido.

Asombrado hasta un punto imposible de resistir, Simón interrumpió el relato de su hijo diciéndole que el pegamento de la realidad había sido roto y que ahora todo se veía desde antes de la creación de la experiencia.

Eleazar lo miró estupefacto. «Mi padre —pensó súbitamente— ya no está en este mundo y yo estoy solo».

Los caminos de esas dos almas en encierro voluntario empezaron a diverger. Ni Simón entendió lo que Eleazar vivía ni este último comprendía las experiencias de su padre. Sin embargo, la divergencia aumentó el respeto y la unión de los dos seres.

Simón trabajaba para diluir el pegamento de la realidad y Eleazar viajaba en sí mismo intentando hallar un lugar verdaderamente suyo. Comparaba sus hallazgos en sí mismo con sus recuerdos de otras gentes y siempre que lograba abstraer la sensación íntima de presencia de algún otro y lo comparaba con la sensación que de sí mismo él tenía, se encontraba con que ambas, la sensación de los otros y la de sí mismo se diluían en una

interrogante extraña que lo atormentaba, no se daba cuenta de que estaba repitiendo el aprendizaje de su padre.

«¿Desde dónde —se preguntaba— estoy viendo lo que veo? ¿Con qué coincide y es fuente?».

Le sucedía a Eleazar lo que siempre acontece durante el cambio de una visión concreta de la realidad a una en la que la mística y lo espiritual adquieren un sentido en sí mismos. En la interface, el espíritu busca el apoyo del mundo y duda de sí mismo como esencia y fuente.

Eleazar se desesperaba al no encontrar el punto de unión entre sus pensamientos y la realidad concreta de sus sentidos. Dudaba de una y luego de la otra, y todavía no lograba dar el paso que lo llevaría a aceptar como realidad en sí misma y suficiente la verdad espiritual.

Una mañana decidió consultarlo con su padre. Dudaba que éste accediera a penetrar en su interrogante, tan ensimismado se hallaba con las suyas propias. Sin embargo se atrevió:

—¿Qué debo hacer para no comparar?

Simón lo miró con interés y recorrió su memoria tratando de hallar una etapa similar a la de su hijo para recordar lo que la había precedido y hacia donde se habían dirigido sus consecuencias.

De pronto recordó y sonriente le dijo a Eleazar:

—Somételo a todas las dudas, intenta destruir su aparición y cuando te des cuenta de la imposibilidad de hacerlo tu mente se olvidará de las preguntas y solamente quedará lo que se encuentra más allá de la duda...

—O sea —balbuceó Eleazar—, que existe por sí mismo y en su realidad su existencia no requiere sostenimiento alguno.

—Así es —le contestó el rabino.

Eso fue suficiente para que en Eleazar se despertara una curiosidad inmensa por saber lo que su padre escribía. No se imaginaba que el rabino había decidido trasladar al pergamino el análisis de la existencia de diferentes mundos espirituales. Lo único que Eleazar notaba era que su padre dedicaba cada día más tiempo a escribir...

Una tarde le pidió permiso para hablar y sofocándose por lo que le iba a solicitar, le dijo que deseaba saber lo que escribía.

—Ahora —le contestó su padre—, me estoy preguntando acerca de los diferentes caminos por los que cursan las ideas hasta aparecer en la conciencia. Encuentro que en cada ser humano, los trayectos son diferentes y al mismo tiempo iguales —Simón meditó un momento acerca de la petición de su hijo y algo en su mente le ordenó posponer la satisfacción de sus

deseos, por fin habló—: esperemos un tiempo y cuando vea en ti suficiente fuerza te permitiré leer lo que escribo.

Aquello dejó intrigado a Eleazar. Su curiosidad no tenía límites y se preguntaba acerca de su propia fuerza y de cómo su padre tenía una visión tan clara de algo de él mismo que él mismo ni siquiera sospechaba.

Seguramente que cuando tenga la suficiente fuerza me daré cuenta y sabré lo que quiere decir tener la suficiente fuerza...

Aquella noche Eleazar se acostó con la pregunta acerca del significado de su fuerza dando vueltas en su mente.

Soñó que lo perseguían y que el terror lo hacía desaparecer. Algo, sin embargo, persistía de él, puesto que se buscaba y en el momento en el que aceptaba el terror éste desaparecía y se encontraba y volvía a ser él mismo en una sensación de ser inconfundible con el ser de su padre y el ser de todos los amigos que alguna vez había tenido.

Soñó que ese ser, de pronto, dejaba de ser inconfundible y se convertía en idéntico al de todos y en su mismidad parecía una flor de desierto, y tal como ella resplandecía de reflejos de un simultáneo sol de mediodía y una luna de medianoche.

Eleazar se despertó sudoroso y buscó la flor entre las paredes de la cueva. Consciente del carácter onírico de la imagen volvió a dormirse.

De nuevo vio la flor pero tan cerca de sus ojos que uno de sus pétalos parecía tener el tamaño de todo un desierto. Observó venillas pulsantes de sabía y patrones intrincadísimos de células octaédricas acariciándose mutuamente y cambiando de forma según la luminosidad del sol y la blancura de la luna. Escuchó el canto de un pájaro y asombrado vio cómo los patrones del pétalo-desierto se alteraban según el tema, la amplitud y el ritmo del canto.

Volvió a despertarse y vio su cuerpo reposando sobre el piso de la cueva. Acercó a sus ojos el pulgar de su mano derecha y vio las ondulaciones de sus huellas digitales, recordó la flor, volvió a ver sus huellas y de pronto comprendió.

A la mañana siguiente comenzó a construir un telar. Recordaba a un tejedor de Jerusalén y a su telar y lo copió. Necesitaba un pedazo de tela de tejido finísimo para usarlo como membrana. Trabajó dos semanas y por fin logró montar la tela en un marco que no era otra cosa sino la base del cráneo de jaguar. Buscó arena fina y esparció un puñado sobre la tela. Colocó su invención a la entrada de la cueva y se sentó a su lado esperando que algún pájaro perdido trinara, que algún relámpago lejano rompiera el silencio y

cuando esto último ocurrió, se acercó a la arena sobre la tela y vio un diseño octaédrico perfecto. Cansado de esperar pájaros y truenos alzó su propia voz y volvió a observar la arena. Cada palabra dejaba un trazo claro. La tela vibraba con el sonido y los microscópicos granos de arena oscilaban, se movían y ocupaban posiciones a lo largo y ancho de la improvisada membrana haciendo aparecer patrones. Eleazar, fascinado, se olvidó de su padre y empezó a lanzar verdaderos aullidos tratando de cambiar el tono de los mismos.

Observó que a medida que aumentaba la agudeza, el patrón resultante se complicaba pero siempre conservaba una estructura similar. Simón Ben Jochai, al principio alarmado por los gritos, observaba divertido y regocijado los experimentos de su hijo. Se acercó al cráneo de jaguar y al ver los patrones y su constancia, dijo algo que dejó petrificado de emoción a Eleazar.

—Veo —le dijo—, que estás a punto de entender el significado de tu fuerza.

Eleazar lo había intuido y todo su esfuerzo para hacer la tela, observar la arena y sus patrones, tenían la finalidad inconsciente de dar respuesta a la pregunta. Ahora, las palabras del rabino transformaron esa motivación inconsciente en un súbito darse cuenta de la finalidad de su conducta, del porqué de la fascinación ante el espectáculo que veían sus ojos y de la razón, antes oculta y ahora clara, de una excitación corporal casi incontrolable que lo había acompañado durante toda la experiencia.

Esa excitación le hizo recordar su vida en Jerusalem Su mente revivió a su compañera de juegos y a la excitación que su sola presencia le producía. Trataba de no pensar en su pasado, pero ahora sabía que aquella excitación era como la aparición de un patrón en la arena ante el sonido del trueno, excepto que en lugar de arena era su propio cuerpo y sustituyendo al trueno, la presencia de la joven que tanto lo alteraba.

«¡La fuerza es lo que me mantiene a pesar de todos los cambios!», se dijo regocijado consigo mismo.

Entusiasmado, se acercó a Simón y con timidez interrumpió su labor de escribano.

—Quiero preguntarle —le dijo con un respeto que asombró a ambos—, quiero saber si lo que he visto y entendido no es ilusorio.

Simón escuchó con atención y al oír la consideración de la fuerza como constancia de si mismo, sonrió y acarició el cabello de su hijo.

—Ahora —le dijo con cariño—, debes averiguar el verdadero significado de la mismidad. Cuando lo hagas te leeré mis escritos.

«¿El verdadero significado de la mismidad? Lo que siento es como un patrón ante lo que me estimula. Cambia la luz y veo sombras, cambia el sonido y escucho música. Sin embargo el sonido que escucho es mi sonido porque por sí mismo y en sí mismo es sólo un movimiento de mi tela».

La joven y brillante mente de Eleazar trazaba filigranas de pensamientos intentando responder la pregunta. Eleazar sabía que la única forma de llegar a cualquier conclusión acertada era dejando libre al pensamiento, observando su acontecer y cambios desde un lugar que no es pensamiento.

«El sonido —siguió pensando—, yo lo construyo como sonido, lo mismo hago con la luz y con todo lo que hace aparecer un patrón en sí mismo. Pero entonces, ¿qué es lo que siento y desde dónde y quién y cómo?».

La soledad a la que había estado sometido había acostumbrado a Eleazar a un silencio tal que podía registrar sus más sutiles estados internos. Reconoció que estaba a punto de penetrar en una confusión intensa y recordó que en otras ocasiones la misma confusión se había trascendido a sí misma cuando lograba dejar atrás a su mente y a su pensamiento y se internaba a sí mismo en un paraje ajeno al pensamiento y cercano al sentimiento de sí mismo.

—¡Eso es! —Casi gritó—, mi pregunta acerca del origen de mi mismidad es menos total que mi mismidad y por tanto es incapaz de dar respuesta a su origen. En cambio el salto desde el planteamiento de la pregunta hasta la vivencia de mi propia mismidad me acerca más a la contestación.

Eleazar decidió llegar a un punto de sí mismo al que jamás se había atrevido antes. Buscó con la mirada el árbol solitario al que siempre acudía en busca de frescura y compañía y se dirigió en su dirección. Su sombra fortaleció su propósito; se acercó al tronco de su compañero, lo abrazó y se sentó recargando su espalda en él. Cerró los ojos y dejó que los pensamientos fluyeran en su interior sin ofrecerles resistencia.

El sonido de un grillo llamó su atención. Lo escuchó y la imagen de sus alas verdosas y de una pata acariciándolas apareció en su interior. Ya le había sucedido antes que el sonido de un animal hiciera aparecer en su mente la imagen, pero nunca había sido tan clara como en esta ocasión.

Recordó su pregunta e intentó ver su mismidad y la imagen del grillo como separadas por una distancia. Empezó a alejarse y de pronto todo lo que oía y sentía se separó bruscamente de sí mismo. Eleazar sentía que veía desde un lugar en el que sólo existía silencio y que los contenidos de sus experiencias aparecían en otro lugar. Luchó por separar más los dos universos y de pronto sintió un mareo descomunal. Se sentía dentro de un círculo flotando cerca de su circunferencia y girando en torno a ella a velocidades

cada vez mayores. Abrió los ojos y gritó desesperadamente. El giro se calmó y Eleazar, todavía mareado, se acostó bocarriba a ver el follaje del árbol.

«¿Qué sucedió? —se preguntó angustiada—, ¿por qué me introduje a ese espanto?».

Se le ocurrió ir a preguntar a su padre y después de dudarlo un momento se decidió. Encontró al rabino escribiendo en su lugar favorito a la entrada de la cueva.

—¡Padre! —lo llamó con tal imploración que el rabino se asombró y se dispuso a oír a su hijo.

Al final del relato Simón comprendió que había abandonado demasiado a Eleazar.

—Eleazar —le dijo—, estás enfrentándote a la prueba de la Unidad. No existe ni la separación completa ni la unión completa. Existe algo que trasciende a ambas y que tú hallarás cuando te encuentres verdaderamente a ti mismo.

Aquello tranquilizó a Eleazar, aunque, como siempre, abrió en él nuevas interrogantes; más de las que aquellas palabras de su padre lograban responder.

Eleazar decidió salir a caminar en el desierto; después de varias horas y ya entre las estrellas de una noche luminosa cambió su dirección y se dirigió a su hogar pétreo.

Cuando Eleazar regresó a la cueva, su padre lo estaba esperando. Eleazar se asombró al verlo y lo saludó con cariño.

Simón condujo a su hijo al interior de la cueva y le mostró la primera página de su escrito titulado *El Zohar*, el refulgente, el libro de la luz; decía:

... El rabino Simón Ben Jochai se alisó su larga cabellera y volteó a ver a su hijo Eleazar recargado en la pared de la cueva. Debe haber soñado otra vez lo mismo, se dijo, mientras aspiraba el olor húmedo y frío de la madrugada. ¡Eli!, lo llamó dulcemente, ¿de nuevo? Eli...

LOS IKTUTIS

En la región más sureña del Continente Asiático, en un pequeño territorio limitado por dos ríos de aguas ácidas, vive una comunidad pretenciosa y aislada. Son los yoguis iktutis. Dice la leyenda que la tribu fue fundada por un monje que descontento por la práctica del Raja Yoga, decidió desarrollar su propio método. Los iktutis son graves, hoscos y serios y no se dan un minuto de descanso. Les encanta estar solos aunque para las ceremonias del noviciado se reúnen en una espiral que comienza con el candidato y termina en una doncella virgen que esa noche es despertada a la kundalini. La espiral de la ceremonia no es otra cosa más que un endiabladamente complejo modelo humano de un acumulador de altas energías. El futuro aspirante a la monjería inspira diez veces reteniendo el aire en sus pulmones mientras que los barbados iktutis veteranos repiten un sonido mántrico que organiza sus chakras en un puntiagudo y unitario elemento de fuego. La doncella es la que recibe la descarga y a punto de desfallecer por la desmesurada excitación se entrega al novicio urgiéndolo a penetrarla violenta y rítmicamente.

Alguien podría objetar tal procedimiento de desfloración considerándolo demasiado salvaje y excesivamente manipulador. Sin embargo, las doncellas se disputan el lugar de honor y sus sueños se revisten de imaginarias sensaciones previas a la ceremonia. Tales ensoñaciones se repiten de boca en boca entre las jóvenes de la comunidad y no es raro ver cómo varias amigas se reúnen después de un diálogo para masturbarse mutuamente.

El monje fundador de los iktutis era un destacado yogui de la época clásica. Pero no era un yogui puro. Entre sus talentos destacábase la práctica del Zen. En una combinación extraña de Zen y yoga, nuestro monje encontró la clave para el desarrollo de poderes mentales extraordinarios. Dirigió su atención hacia sus colegas y éstos lo reprendieron por su énfasis energético y su alejamiento de la esencia.

En particular, el valor que el monje le daba a la creación de imágenes fue considerado herético por los ancianos y venerables maestros Zen y yoga y su sistema fue prohibido.

Esa fue la razón de una peregrinación que los archivos históricos de los iktutis señalan duró quince años. Atravesando pueblo tras pueblo, el monje anunciaba su sistema y enseñaba algunos ejercicios que los más entusiastas de entre sus oyentes practicaban.

Así, lo que al principio fue una marcha solitaria, pronto se convirtió en el traslado de un contingente amplio, el que al establecerse entre los dos ríos ácidos se autodenominó Iktuti.

El énfasis que los iktutis otorgan al desarrollo de imágenes surgió cuando a los 20 años de establecido y todavía bajo la guía del monje fundador, un niño de la comunidad fue capaz de materializar una de sus imágenes.

Se estableció primero una escuela y luego un Instituto en el cual niños y adultos se reunían para aprender las técnicas de materialización.

Pronto, el territorio iktuti se empezó a llenar de extraños artefactos, construcciones complejas, juguetes e inclusive un pequeño lago producto del esfuerzo conjunto de tres doncellas kundalini.

Salir a dar un paseo era encontrarse con piezas extrañas de madera, fierro y barro.

A los pocos meses del establecimiento del Instituto, fue necesario dictar una serie de mandatos y leyes, con objeto de regular y mantener bajo control la desbocada práctica de la materialización.

Una mañana, el mismo niño que había iniciado la práctica y que ahora después de varios años era un experto materializador de imágenes, hizo otro descubrimiento. Al principio no fue entendido pero pronto, los mayores se percataron del milagro.

Una extraordinaria escultura llena de pequeños engranajes, pistones, ejes mayores y menores, resortes y agujas indicadoras, forrada de aluminio y con alma de acero surgió frente a los ojos del orgulloso creador y de los azorados alumnos del Instituto. Nada de la época iktuti era siquiera semejante, ni el material ni las piezas podían encontrarse o imaginarse como pertenecientes a este tiempo.

Era tan asombrosa la creación que fue trasladada a la casa del monje fundador para que éste, desde su lecho de muerte, diera el veredicto.

Y este último no tardó mucho tiempo en manifestarse de labios del muy anciano y muy venerable patriarca: «Materialización atemporal».

Así pues, la materialización atemporal era la capacidad de materializar objetos del pasado y del futuro.

La experiencia indicó a los jefes iktutis que el procedimiento debía regularse desde el primer día y enseñarse solamente a gente muy preparada.

A pesar de esto, diez años después, el territorio iktuti estaba repleto de máquinas, ensamblajes electrónicos, hélices y una que otra planta de fusión nuclear que ninguno de sus habitantes entendía y menos aún sabía usar.

La parte más interesante e ilustrativa de la historia iktuti es su declinación y desaparición.

Sucedió que el niño que había descubierto la materialización y después la atemporalidad, se convirtió en adulto y guía de la comunidad.

Deseando una situación de permanencia, instituyó una serie de ritos y ceremonias que sutil, pero poderosamente garantizaban la formación de una secta de dirigentes religiosos teniéndolo a él como director y jefe de los mismos.

Ese fue el comienzo de la decadencia. La desintegración final ocurrió cuatro centurias más tarde.

En realidad no sucedió nada alarmante, violento o revolucionario. Nadie murió durante la decadencia. Inclusive, muy pocos se dieron cuenta de ella.

Los iktutis todavía viven. Poseen verdaderas montañas repletas de visiones materializadas. Ahora están construyendo un gran cementerio para cubrirlas con tierra.

Les estorban y fuera de ellas no se conocen.

LA CONSTRUCCIÓN

La lámpara hacía brillar el cuerpo inerte.

El quirófano olía a limpio mezclado con éter y acetona, el corte seguía el curso correcto. La femoral había sido ligada y el peligro de hemorragia había pasado. La sierra quirúrgica despedía polvo de hueso y ozono...

La inyección del anestésico había sido lo más terrible. Lanil casi se había resistido, pero el recuerdo del dolor era más fuerte que el terror de perder la pierna.

En el momento en que el líquido ambarino penetraba sus venas supo que ya no era posible volver atrás, atrás, atr...ás, a...t...r...á...s.

La sensación del viento golpeando la cara era deliciosa, la velocidad era tal que casi parecía volar. Ir conduciendo la motocicleta hacía sentir a Lanil que nada era más poderoso que él. El asfalto parecía desaparecer bajo las ruedas y el paisaje se movía hacia atrás con un ritmo vertiginoso y fantástico.

El hombre —pensaba Lanil— siempre debería sentirse así, dueño de sí mismo y de su máquina, jamás un objeto y efecto de la misma.

Las curvas de la carretera eran suaves y ascendían en ligera pendiente, Lanil llevaba todo su equipo para acampar, pensaba llegar a la montaña nevada al anochecer y montar la tienda de campaña en las faldas mismas de la mole helada. Al amanecer empezaría la ascensión, sería la máxima delicia llegar a las alturas sintiendo que todo el planeta estaba sosteniéndolo.

Lanil no vio el trailer, el impacto fue tan terrible que su cuerpo salió disparado y después de volar treinta metros cayó en una hondonada.

Los médicos no se explicaban el milagro, había una fractura expuesta en la pierna, pero fuera de eso y de algunas raspaduras, el accidentado estaba bien.

Era una verdadera molestia andar con la pierna enyesada, si bien sólo faltaban tres meses para que le quitaran el yeso, la imposibilidad de correr, escalar montañas o viajar en motocicleta era desesperante. Pero todo ello era poco comparado con las continuas cosquillas y el deseo de hacerlas desaparecer. La infección había empezado después de aquella maldita noche

en que vuelto loco por el cosquilleo, Lanil había tomado una larga aguja e introduciéndola entre la piel y el yeso había rascado el lugar de la herida.

El dolor era terrible, parecían mil fuegos que penetraban en la rodilla, y nunca terminaban ni se calmaban. Ningún antibiótico o tratamiento daba resultado, el dolor persistía como si alguien de fuera estuviera azuzándolo e intensificándolo.

No había escapatoria ni refugio, aun el sueño era infierno. Las pocas ocasiones en que Lanil lograba dormirse, sus sueños estaban plagados de diablillos que con grandes cuchillos penetraban en procesión interminable a su rodilla.

Lanil se convirtió en una rodilla, no había otro pensamiento, idea o sensación más que el dolor en la rodilla, en la rodilla, siempre en la rodilla.

Habían pasado seis meses desde aquella noche, el dolor seguía igual, aunque se había transformado de quemante a punzante, eran ondas que subían y bajaban diez veces por minuto —Lanil las había contado miles de veces— era dramático oír a aquel ser enfermo siempre gritando en aquella frecuencia. Lanil no entendía por qué los médicos no podían aplacar su dolor. Había ido a consultar a los mejores especialistas y ninguno había podido hacer nada. Lo único que daba cierta ayuda a Lanil era la morfina. Habían tenido mucho cuidado de no volverlo adicto, inyectándole dosis muy pequeñas y sólo cuando era absolutamente necesario pero, como podía esperarse, Lanil cada vez necesitaba con mayor frecuencia de la droga. Desesperado por el dolor, por su adquirida adicción y por la frustración de los tratamientos médicos, Lanil decidió probar otros métodos...

El camino a la sierra empezaba en aquel desértico y polvoriento pueblo, todo era café, desde las calles y las casas hasta la ropa de los habitantes. Lanil se había inyectado morfina dos horas antes y permanecía adormecido en el asiento posterior del jeep. El chofer empezó la ascensión, la brecha estaba en construcción y la tierra que desprendían las palas de los trabajadores y los bulldozers pronto cubrió con una capa oscura el techo y el parabrisas del Rover.

Después de tres horas de viaje, empezó a aparecer la vegetación selvática, el aire se humedeció y la neblina impedía ver el abismo que bordeaba el camino. El jeep empezó a dar tumbos y en uno de tantos Lanil empezó a despertarse. El paisaje era impresionante, los helechos y los árboles formaban un túnel oscuro y húmedo a lo largo del cual viajaban. En momentos, a través de un claro en aquella selva, se podía ver un valle que desde aquella altura parecía estar constituido por formas geométricas perfectas de distintos tonos

de verde. Lanil olvidó por un momento su dolor y quedó cautivado por la vista. Recordó sus días de alpinista y sintió una gran nostalgia. El hombre, pensaba, había nacido para ver siempre las cosas desde esa altura. El mundo era maravilloso y quien no lo supiera disfrutar estando sano, era un perfecto animal.

Hacía mucho tiempo que Lanil no se había sentido tan bien, recordaba que al ir a ver a los médicos que le prometían la tan esperada curación, siempre había tenido esperanzas, pero nunca había estado tan seguro como en ese momento. Si bien era cierto que no conocía al brujo de la sierra, había oído de curaciones milagrosas realizadas por ese chamán que algunos consideraban casi un santo.

El jeep cayó en un agujero y fue tal el impacto recibido por la rueda trasera que Lanil se olvidó de todos sus razonamientos y empezó a gritar de dolor.

Desesperado, ordenó a gritos al chofer que parara, éste obedeció a Lanil quien después de una búsqueda frenética encontró la jeringa. Nunca habíase inyectado dos veces en un lapso tan corto, pero era tal su dolor que no le importaron las posibles consecuencias...

El paisaje se empezó a teñir de rojo, los árboles lanzaban sus ramas en todas direcciones y la brecha parecía un río de lava fosforescente que reptaba como un enorme ofidio.

El valle era un tablero de ajedrez gigantesco, todo cubierto por una cúpula violeta, llena de grandes ventanales. Lanil se asomaba por uno y movía unas piezas de ajedrez vidriosas que tenían forma de rodillas.

El juego sería de vida o muerte, cada movimiento de las piezas debía hacerlo con el máximo cuidado y después de profunda reflexión.

La apertura fue magnífica, y su contrincante —aquel helecho gigantesco— se quedó reflexionando durante una eternidad antes de atreverse a mover el peón. Lanil atacó a fondo con los caballos, debía matar al rey o de lo contrario todas las piezas lo matarían a él...

Llegaron al anochecer, Lanil continuaba dormido y el chofer —conocedor de la sierra— enfiló el jeep en dirección de la casa del brujo...

La choza era oscura y el humo de la hoguera-estufa penetraba en los pulmones de Lanil. Las llamas pintaban la cara del chamán con tintes anaranjados, y sus grandes trenzas completamente canosas le daban una apariencia fantasmagórica.

Lanil le señaló su rodilla enferma y exageró un gesto de dolor esperando que aquella figura rodeada de humo comprendiera. El brujo se acercó a Lanil

y con un movimiento muy suave puso al descubierto la zona dolorida, la observó atentamente durante un largo intervalo y momentos después salió de la choza. Lanil miró al chofer y éste le hizo un gesto de asentimiento.

Después de media hora, el brujo apareció cargando una copa de barro y varios otros recipientes. Le señaló a Lanil un petate y éste, comprendiendo, se recostó en él.

El brujo tomó una brasa de la hoguera y la acercó a la copa de barro, casi al instante la habitación se llenó de un olor agrídulce que recordaba el aroma del incienso. El canto que siguió no tenía melodía, sólo un ritmo cambiante que se repetía a intervalos isócronos. De un recipiente, el chamán extrajo un polvo negro que esparció alrededor de la rodilla de Lanil, al mismo tiempo que observaba directamente los ojos de éste. Después de esparcir aquella sustancia, tocó la rodilla del enfermo y con un movimiento seguro pero suave, la empezó a frotar sin dejar de ver a los ojos del doliente. Éste, que nunca había soportado el contacto de una mano con su rodilla, se sorprendió al no sentir ningún dolor y casi en forma refleja le sonrió al chamán. El brujo, como única respuesta, le hizo un gesto de desprecio. Lanil quedó traspasado de la punta del pie al vértex, una sensación de frío intenso lo empezó a llenar y su pierna comenzó a temblar. El dolor que siguió a la mirada de desprecio fue indescriptible. Lanil se retorció sobre el petate y empezó a aullar. El brujo, sin apresurarse, cogió a Lanil por los hombros y le sonrió. Instantáneamente el dolor desapareció.

El chamán señaló la rodilla de Lanil y después indicó el corazón y la cabeza de éste, apagó el fuego de la copa de barro y se despidió sin pronunciar una sola palabra.

El viaje de regreso fue aún más terrible y doloroso que el de venida. Lanil sentía que nunca había odiado a alguien tanto como a ese brujo. Todo el sufrimiento del viaje sólo para oír unos cantos, oler incienso y luego ser señalado en la rodilla, el corazón y la cabeza. Era una farsa y si aquel desgraciado chamán pensaba que lo había curado, estaba completamente equivocado, el dolor seguía, igual o más intenso que antes, seguía, seguía, ¡carajo!, seguía...

El consultorio estaba muy bien equipado, Lanil sintió confianza, seguramente era un médico bueno, por lo menos su nombre era muy conocido.

Ya comprendo —decía el doctor— que la decisión es muy difícil, pero después de tantos meses de sufrimiento y del gran número de tratamientos fracasados, me temo que no haya otro remedio. No lo quiero engañar,

seguramente que ya no podrá escalar montañas, pero con los nuevos aparatos de sostén usted aprenderá a caminar casi como antes y además ya no sentirá dolor...

La operación había durado seis horas, y considerando su seriedad, había sido todo un éxito. Lanil permanecería dormido durante una semana y en ese tiempo se disminuiría poco a poco la dosis de morfina. Esto, pensaban los médicos, evitaría al enfermo dolores innecesarios y además le ayudaría a acabar con su adicción a la droga.

Cuando Lanil se despertó, lo primero que hizo fue comprobar si todo había sido un mal sueño, levantó la sábana y se quedó petrificado por el terror. Su pierna derecha había desaparecido.

Todo fue por buen camino durante las siguientes dos semanas pero una noche Lanil tuvo un sueño que le produjo tal impresión que se despertó completamente empapado en sudor. Había sentido cosquillas en su «rodilla» derecha. Las siguientes noches fueron un tormento, el sueño se repetía y poco a poco las cosquillas se fueron convirtiendo en dolor, primero quemante y luego punzante.

Y sucedió que la noche se convirtió en día. Lanil sentía con horror que su rodilla seguía estando allí, la sensación era tan cruda y real como si su pierna no hubiera sido amputada. Ya no sólo era en sueños, de nuevo Lanil se convirtió en una rodilla, todos los minutos de todos los días.

Y sucedió que los gritos de Lanil se repetían con una frecuencia de diez por minuto.

Y sucedió que Lanil comprendió y señalaba su ausente rodilla, su corazón y su cabeza.

INTERNA

Era costumbre levantarse temprano y salir a caminar por las calles empedradas. El aire fresco, cargado de olor a rocío, tierra mojada y paja húmeda. Al terminar la calle empezaba el monte. Desde sus alturas se podían ver los techos de las casitas que formaban el pueblo. Techos rojizos, acanalados, rodeando calles de piedra.

Caréñitus hacía todos los días el recorrido. Al llegar al monte sentábase en una roca y permanecía con la mirada perdida... pensando. El día anterior le había sucedido algo muy extraño; después de pasarse toda la noche calentando la mezcla y añadiendo las sustancias necesarias para la transmutación, se había dado cuenta de que la meta no era transformar la sustancia en oro...

Recordaba la mirada de Pornius, su ayudante. Los ojos abiertos, expectantes, enfocándolo. Caréñitus había notado que Pornius lo veía y que esta visión debía ser muy diferente de la visión que tenía de él mismo cuando su imagen se reflejaba en el espejo.

Era obvio... transformar la mezcla en oro era sólo un juego comparado con poder convertirse en su ayudante y, así, verse a sí mismo. Debía ser magnífico tener la visión de Pornius con la experiencia de Caréñitus... aprendería más acerca de sí mismo, mucho más que dedicándose a fabricar oro. Caréñitus se levantó de la roca e inspiró el aire de montaña sintiéndose vivo y como recién despierto de un largo sueño.

El problema no era de fácil solución, no podía calentarse o enfriarse a sí mismo —como la mezcla— para esperar la transformación. Tampoco podía añadirse ácido o evaporarse. El método debía ser diferente. Caréñitus era muy paciente, todo alquimista debía aprender a serlo, de otra forma no se conseguía nada. Por ello no le asustó la perspectiva de tener que esperar mucho tiempo antes de encontrar la solución. Primero se le ocurrió que para verse a sí mismo con los ojos de Pornius, debería conocer bien a éste. Durante dos años el ayudante sufrió el más completo interrogatorio de que se tenga noticia, pero sin ningún resultado. Más adelante, Caréñitus tuvo una idea: se

sentaría frente a su espejo metálico y trataría de ver sus propios ojos. Esto seguramente acercaría el momento.

Pornius no podía entender cómo alguien era capaz de pasarse tanto tiempo frente a un espejo. Empezó a dudar de la salud de su maestro y a pensar — como el resto del pueblo— que Caréñitus se estaba volviendo loco.

Después de un año de estar frente al espejo, lo único que Caréñitus obtenía era un descomunal dolor de cabeza, por lo que abandonó ese método. Cierta noche, Caréñitus tuvo un sueño. Vio a Paracelsus llegando a su laboratorio con un gran matraz en las manos. Caréñitus sabía que Paracelsus era el más grande alquimista de todos los tiempos, por ello se atrevió a preguntarle el significado del matraz. Paracelsus lo miró a los ojos y, con un movimiento finísimo, dejó caer el matraz al suelo haciéndolo añicos. Caréñitus se despertó sudoroso; todo acto de Paracelsus tenía un significado profundísimo, haber destruido el matraz —aunque fuera un sueño— era una enseñanza que debía tratar de entender.

Durante diez días Caréñitus vivió en la montaña meditando en el sueño. Pensaba que al haber destruido el matraz, Paracelsus había querido decirle que aunque la alquimia era sólo un camino, debía recorrerlo completo antes de llegar a donde quería; que una vez recorrido, podría destruir la herramienta, pero no antes.

Era muy obvio; interrogando a Pornius o viéndose al espejo no conseguiría nada, debía volver a su trabajo.

El fuego ardía, llevaba siete años encendido y no había ocurrido nada. Caréñitus estaba llegando a un grado tal de desesperación que sentía que iba a explotar. Había buscado durante diez años y no había ocurrido absolutamente nada, no había logrado oro ni tampoco se había autotransformado.

Caréñitus tomó un hacha y empezó a destruir el trabajo de toda su vida. Al terminar, se dirigió a la montaña, decidido a vivir como ermitaño.

La cueva era fresca, la entrada estaba rodeada de enredaderas y una gran roca la obstruía a medias. Caréñitus la había encontrado después de caminar por el monte durante dos días y dos noches. Cortó ramas y hojas de los árboles vecinos y las colocó en el fondo. Esa sería su cama. Buscó un tronco de abedul y con sus propias manos le quitó la corteza, lo trasladó a la cueva y con grandes trabajos la depositó en el centro de la misma. Esa sería su mesa y le recordaría que: *el centro es la esencia* (por lo menos eso había aprendido como alquimista).

Las noches eran plácidas, sólo se oía el murmullo del arroyo y el canto de los grillos. A las seis de la mañana entraba un rayo de luz anaranjado que

parecía moverse a lo largo del piso de la cueva y que en el momento en que rozaba la cara de Caréñitus lo había despertado.

No había ni espejo metálico, ni matraces, ni fuegos, ni Pornius. Caréñitus se pasaba la mañana cazando. Cuando el sol indicaba las doce y la tierra se caldeaba demasiado, volvía a la cueva con sus presas y se preparaba un almuerzo. En las tardes se sentaba junto al arroyo y tiraba piedrecillas observando las ondas que se formaban y chocaban unas contra otras.

En Tenieb se comentaba la ausencia de Caréñitus, algunos decían que en uno de sus experimentos se había evaporado, otros pensaban que en su locura se había tirado a algún abismo. Sólo Pornius sabía que su maestro había ido en busca de su imagen.

La tormenta era furiosa, Caréñitus nunca había visto cosa igual. Los truenos hacían vibrar el interior de la cueva y la luz de los relámpagos parecía incendiar todo su cuerpo. Se vio las manos llenas de cicatrices y marcas provocadas por el fuego, los ácidos y el agua regia. La tormenta las pintaba de un violeta eléctrico.

Se tocó la cara; a pesar del frío, sudaba; sus manos empezaron a temblar. Caréñitus sintió que el estómago se le contraía. Había oído a otros decir que el miedo hacía sudar, temblar y contraerse el estómago. Pensó un instante y se dio cuenta de que por primera vez en su vida sentía miedo. Es una sensación desagradable —pensaba— está dentro de mí como una sanguijuela pegada a mi estómago. No puedo creer que sea causada por la tormenta... es sólo un fenómeno natural...

Caréñitus temblaba, se recostó en su cama de hojas e intentó dormir, pero no pudo. Era demasiado intenso, mucha luz, mucho ruido, mucho frío. Recordó a Paracelsus y le pareció ver la caída del matraz y su destrucción en el momento de tocar el suelo, sintió el miedo, y empezó a gritar de alegría.

Cualquiera que hubiera visto a esa figura humana salir de la cueva en plena tormenta y comenzar a bailar y a agradecer a los truenos, hubiera pensado que se trataba de un fantasma, un loco o una fiera salvaje con forma humana.

Caréñitus agradecía a la lluvia, nunca había sentido tal alegría. Su deseo de verse a través de los ojos de Pornius había desaparecido, sólo quedaba la sensación de haber vivido el miedo y de haber comprendido.

JANIOS Y OR

Or era un jefe muy maduro y jamás había permitido que el pánico cundiera entre su gente, y no iba a empezar a hacerlo ahora. Era cierto que aquel resplandor, el ruido terrible y el calor, habían logrado alterar su característico estado de serenidad y la tranquilidad que por más de veinte años había logrado mantener en sus dominios. Pero todo eso había pasado ya, y ahora lo único importante era reconstruir las chozas destruidas y apagar los incendios.

La asamblea de ancianos, reunida en la cueva ceremonial, le pedía explicaciones: ¿Qué había causado la aparición de la luz, el maremoto, el calor? ¿Por qué el mar había cambiado de color? ¿Por qué si Or había dicho que todo había concluido, seguían apareciendo los peces muertos y caía aquella ceniza del cielo?

Or no lo sabía, así se los hizo saber a los ancianos, pero también les hizo ver su decepción al notar que no habían aprendido que el mundo era mucho más misterioso y maravilloso que cualquier estructura que pretendiera explicarlo. Los ancianos comprendieron y dentro de cada uno de ellos surgió la certeza de que Or seguía siendo el maestro y dirigente, puesto que los hacía aprender.

A la mañana siguiente, la noticia era comentada por todo el pueblo, habían encontrado dos cuerpos humanos cerca del arrecife. Uno de ellos tenía graves quemaduras en todo el cuerpo y parecía haber muerto. El otro todavía respiraba aunque muy débilmente. Or dio órdenes de llevar al sobreviviente a la choza mayor del poblado, en donde recibiría los cuidados adecuados...

El mayor orgullo de Or eran sus reuniones con los niños. En la madrugada de todos los días venían todos los niños del poblado a la casa de Or y durante cuatro horas discutían acerca de sus sueños, hacían ejercicios de imaginación y platicaban de lo que habían aprendido el día anterior. Or les contó que había soñado con su difunto padre, el cual, en su sueño, le había señalado el fruto de un árbol y, tomándolo con la mano, lo había examinado detenidamente mientras lo comía.

Esto —les decía Or— significa que el conocimiento real se basa en dos procesos. Uno de ellos es el saber y el otro el sentir. Les reveló que en el sueño su padre así se lo había indicado al tomar el fruto, observarlo y comérselo. Alguien que sabe —decía— es capaz de conocer lo que le rodea al observar las relaciones de lo observable, sin que al mismo tiempo deje de sentir las. Los niños asentían encantados. Uno de ellos mencionó que el día anterior había experimentado algo semejante al sueño de Or. Cuando estaba haciendo el amor con su amiguita había entendido que alguien que sabe las cosas sin ser capaz de sentir las, realmente no las sabe. De la misma forma, alguien que siente las cosas pero no las entiende, no las conoce. Es por ello que la verdadera sabiduría sólo existe cuando se entiende y se siente.

Una niña contaba que había comprendido que sentir no tenía límites, que éstos aparecían cuando se caía en un esquema rutinario y cuando se era espectador de sí mismo. Había visto una flor... era bellísima, y al observarla había sentido que la amaba. Esta sensación había llegado a ser tan intensa que le empezó a dar miedo. En ese momento dejó de amarla, lo cual demostraba que la sensación de amar existió hasta el momento en que empezó a pensar en la intensidad de su sentimiento. Por tanto, hubiera seguido si el miedo no hubiera aparecido. Or pensó que era maravilloso aprender de los niños, lo que decían era lo más profundo y real.

Para Or, el día era altamente estimulante, después de la reunión con los niños, analizaba con los ancianos cuestiones filosóficas, el día de hoy hablarían acerca de la certeza y su relación con el conocimiento. Al acabar la discusión, Or tenía planeado ir a visitar al sobreviviente... ¿Qué es lo que había sucedido?, en verdad los ancianos tenían razón al sentirse preocupados; nunca había pasado algo semejante. Or pensaba que aunque fuera lo peor, no debía afectarlo; si bien no podía evitar sentir curiosidad y preocupación... probablemente el sobreviviente sabría...

Cómo dolía el cuerpo... todo movimiento representaba un esfuerzo gigantesco, probablemente tenía algunas fracturas y seguramente quemaduras de primero y segundo grado. Janios trató de abrir los ojos, la luz era quemante y además... ese olor extraño, mezcla de sudor, humo, paja mojada y orines. Empezó a recordar... la vista desde el globo astronómico era espectacular, el mar mostraba un color intensísimo, la atmósfera era límpida y no se veía nube alguna. Su compañero estaba ocupado con el barómetro cuando les llegó la transmisión radiofónica. Sólo alcanzaron a oír el jadeo y la desesperación del operador, y ahora esos dolores y el olor desagradable.

Or observaba a Janios, adivinó los sufrimientos y sintió su esfuerzo desesperado por abrir los ojos. Su cuerpo era musculoso, las arrugas en la cara indicaban una persona de carácter fuerte y con capacidad de decisión. Or no podía asegurarlo, pero sintió que aprendería muchas cosas del herido. Janios se asombró de la estatura de Or, era un verdadero gigante. La mirada de aquel Goliath era extraña, había un brillo fosforescente en sus ojos, y su expresión era filosófica; aunque por su vestimenta se adivinaba que era un hombre primitivo, quizá algún miembro de una tribu que no se había puesto en contacto con la civilización.

Or le preguntó cómo se llamaba, la contestación de Janios fue una mezcla de sonidos guturales y tonos agudos. Tendrían que enseñarle su idioma, de otra forma no iban a poder comunicarse. Or pidió a dos de sus niños que le enseñaran a hablar a aquel hombre.

La reunión con los ancianos se realizó seis meses después. Janios se encontraba perfectamente recuperado y su conocimiento del idioma nativo era ya suficiente para poder comunicarse fácilmente con ellos.

La reunión había sido idea del propio Janios. Los últimos dos meses se le había visto desesperado y molesto, todo lo que veía parecía ponerlo en un estado de ánimo muy parecido al mal humor. Las pocas ocasiones en que hablaba, mencionaba su desacuerdo con lo que lo rodeaba y explicaba que se estaban cometiendo muchos errores en la forma de educar a los hijos, en la manera de comunicarse y aun en lo de hacer el amor, así, a la vista de todos. Cuando Janios hablaba, todos lo escuchaban y le sonreían pero nadie parecía tomarlo muy en serio...

Los ancianos se dispusieron a oír a Janios, Or les había pedido que fueran considerados y que no olvidaran que Janios tenía una historia y experiencias internas muy diferentes de las que ellos compartían.

Janios empezó agradeciendo todas las atenciones y amabilidades que le habían dispensado. Or notó el desconcierto entre su gente, era absurdo que alguien agradeciera, era verdad que Janios venía de un lugar muy alejado pero era exagerado su primitivismo.

Janios empezó a explicar que en su lugar de origen se le consideraba toda una autoridad por su conocimiento y manejo de la ciencia.

Era inconcebible, el mismo Or empezó a inquietarse, sus niños entendían desde los cuatro años que vanagloriarse por tener conocimientos sólo significaba que éstos no existen sino como datos, y he aquí una persona aparentemente adulta que no había pasado de los cuatro años.

Un anciano empezó a hablar, Janios le pidió que lo dejaran terminar, esta observación provocó tal risa entre los miembros del consejo que Or se vio obligado a intervenir. Hizo una señal que significaba «tened paciencia» y los ancianos —sonrientes— comprendieron.

Janios no entendía lo que estaba sucediendo, nunca se hubiera imaginado que una petición tan normal fuera capaz de provocar tal escándalo, realmente la tribu era muy primitiva. Tomó aliento, se alisó el pelo y siguió hablando... «Las academias de ciencia de siete países me nombraron miembro honorario en reconocimiento a mi labor. Todo esto se los digo para que comprendan y no malinterpreten lo que deseo comunicarles».

Or se sentía mareado, pedirle al consejo de ancianos comprensión sólo significaba que se le ponía en duda *a priori*, era la máxima inseguridad y desconfianza. Mencionar la posibilidad de malinterpretación sólo significaba que se encontraban frente a un ser que no había aprendido nada en su vida y que había nacido y crecido en una sociedad en plena decadencia.

Los ancianos se miraron entre sí, todos sentían una gran lástima. Janios estaba seguro de que la reacción que veía era señal de que lo habían empezado a respetar, se sintió más tranquilo y continuó: «He notado una serie de errores en la forma como están organizados y sobre todo en cómo educan a los niños. Créanme que el único motivo que me lleva a comunicarles todas estas observaciones es el deseo de ayudarlos».

Or, con un tono irónico que asombró profundamente a los ancianos, le pidió a Janios que fuera un poco más concreto.

«Precisamente pensando en ello —le contestó Janios— me voy a permitir mencionar algunos ejemplos que espero no les incomoden».

Or empezó a entender. Que Janios pensara que se podían incomodar sólo significaba que le habían enseñado a no respetarse a sí mismo. Indicaba una mentalidad dicotómica que podía llegar al extremo de avergonzarse de sus propias acciones. Era obvio, solamente una persona que ha sentido vergüenza de lo que hace puede llegar a pensar que otros también la pueden sentir.

Or dejó de oír a Janios, pensaba cómo hacer la transformación, debían enseñarle a no invalidarse y eso sólo se lograría poniéndolo en contacto con su esencia...

—El primer ejemplo se refiere a una escena que observé hace tres meses...

El plan era simple pero difícil de llevar a cabo, dejaría que Janios le enseñara su ciencia y poco a poco lo llevaría a comprender...

—Deben ustedes cambiar, lo que está sucediendo en su cultura sólo los llevará al caos, bastará con que surja de entre ustedes algún dictador, para que los convierta en esclavos...

Crearía un seminario, invitaría a Janios a enseñar, y los alumnos serían él y los niños...

—Una sociedad sin leyes y reglamentos deja de ser sociedad por definición, las leyes evitan el desorden e impiden que los unos se aprovechen de los otros...

Tendría que hablar con los niños, les explicaría y ellos entenderían...

—La civilización de donde provengo tiene mucho que enseñarles, si al menos permitieran, les mostraría cómo lograr conocimientos absolutamente objetivos...

A pesar de todo lo que está diciendo, debe ser capaz de lograrlo, será muy difícil y tedioso, pero con ayuda de los niños se podrá hacer...

Janios había terminado, miró al consejo como esperando una respuesta, los ancianos veían a Or con una expresión de asombro y como preguntándole si no sería mejor pedirle a Janios que regresara a su «maravillosa» civilización.

Or se levantó, se acercó a Janios y colocando sus brazos en los hombros de éste, volteó a ver a los ancianos. Su mirada era chispeante y la expresión sonriente. Los ancianos comprendieron que Or había tenido una cognición. Or miró a los ojos de Janios y le dijo en el tono de voz más serio de que era capaz:

—Mañana empezará a enseñarnos.

El consejo estaba regocijado, Janios se había ido a descansar y Or les explicaba lo que trataría de hacer. Un anciano empezó a hablar:

—Hoy he comprendido que las luces, el maremoto y los peces muertos fueron obra de gente parecida a Janios; entendemos y aprobamos tu idea Or, sólo te pedimos que tengas cuidado, de fallar tu intento todos seremos responsables y así lo aceptamos.

Or miró al anciano, pensó que el final de la vida se conectaba siempre con su comienzo; le dijo:

—Han, me sorprendes, un niño de dos años se hubiera dado cuenta y hubiera entendido mejor que tú, no dejes que algo tan simple te impresione, recuerda lo que has aprendido y jamás dudarás.

Los niños esperaban en la choza. Hoy recibirían su primera lección acerca de la ciencia. Mientras esperaban a Janios, meditaban sobre el significado de aquella rara palabra. Or les había dicho que se pondrían en contacto con un

mundo muy diferente del que siempre habían conocido, y que tenía una confianza absoluta en que podrían comprenderlo y manejarlo. Janios se presentó exactamente a las 8 de la mañana.

—Hoy hablaremos acerca de la necesidad e importancia del conocimiento científico. La ciencia se inició en el instante en que el hombre se planteó una interrogante y pudo resolverla en forma objetiva...

—¿Tú quieres decir —preguntó Cir— que la ciencia consiste en plantear preguntas y contestarlas?

—¿Qué quieres decir con «en forma objetiva»? —interrogó Ciar.

—Lo que les quiero mostrar —contestó Janios— es que plantear preguntas y contestarlas es sólo un medio para lograr entender y explicar los fenómenos naturales. «En forma objetiva» quiere decir que el conocimiento científico es igual para todo el mundo.

Los niños empezaron a inquietarse; aunque recordaban las palabras de Or sentían que Janios era muy extraño. Olef, el mayor de todos los niños, se levantó de su asiento y, mirando a Janios, le dijo:

—Cuando alguien plantea preguntas y busca explicaciones significa que de antemano las tiene; si esto lo hace con relación a la naturaleza, comete el error de pensar que ella se ajustará a sus estructuras y olvidará que éstas son siempre más estrechas y simples que el conocimiento que desea adquirir. Si además piensa que ese conocimiento debe ser igual para todos, no tiene en cuenta que cada uno de los que forman a «todos», se encuentra en diferente etapa del camino. Desear enseñar el camino pensando que lo podrá transmitir es caer en un error. Hace que quien quiere enseñar piense en la enseñanza y deje de vivir. La única enseñanza posible es aquella que surge de alguien que es y que por tanto no se interesa en enseñar.

Janios adoptó la postura más pacífica que pudo y en un tono de voz amable, les dijo:

—Quien busca explicaciones no necesariamente las tiene de antemano, simplemente se ha planteado una pregunta y no confía en su subjetivismo para contestarla, por lo que prefiere interrogar directamente a la naturaleza. El conocimiento que así adquiere puede no ser entendido por algunos, pero eso no significa que no exista por sí mismo independientemente de quien lo entienda...

Olef insistía:

—Es cierto que las cosas enseñan, pero el conocimiento no está en ellas sino en nosotros. Desconfiar de lo que tú llamas subjetivismo equivale a pensar que el conocimiento es externo y está alejado de nosotros mismos. El

único conocimiento válido es aquel que se basa y se sostiene en nuestro interior siempre y cuando éste sea libre para conocer, quien busca explicaciones sabe que existen, y además cree conocer el camino para encontrarlas. Tanto la idea de que existen, como la utilización de un camino preestablecido hace que lo que se encuentre se adapte al camino, lo cual impide obtener conocimientos *nuevos*, puesto que siempre son distintos de la idea que se tiene de ellos. Pretender conocer nuevas cosas con base a lo ya conocido impide lograr tal conocimiento. El conocimiento no existe fuera ni aparte de quien conoce. Por tanto, si alguien no entiende un conocimiento, éste no existe para él. Puesto que él es quien le da el valor y la realidad al conocimiento, el hecho de que no sea parte suya necesariamente implica que no existe.

Janios se rascó la cabeza antes de contestar. Esto no gustó a los niños, sabían que el único conocimiento que alguien puede comunicar es el que resulta de una certeza. Jamás Or les había comunicado algo en lo que dudara, prefería no hacerlo. Pero he aquí alguien que dudaba —por ello el ademán de rascarse— y que a pesar de ello estaba interesado en hablar.

Janios sintió la actitud de desconfianza de los niños. Por primera vez, desde que llegó a la isla, empezó a pensar que quizás esta gente no fuera tan primitiva como se había imaginado. No entendía bien el porqué de esta sensación pero tampoco dudaba de su realidad.

Decidió dar por terminada la reunión por ese día.

Janios no podía dormir, sentía un terrible vacío y no entendía por qué. Debía analizarlo y averiguar su procedencia, de otra forma se agravaría y el límite —lo sabía— sería la desesperación. De pronto, lo entendió... la sensación de vacío había surgido en el momento en que habían puesto en duda lo único que poseía. Debía mostrarles el valor de la lógica científica, posiblemente la entenderían si lograba encontrar el ejemplo adecuado...

—Supongan —les dijo Janios a los niños al día siguiente— que quieren saber cómo crece una flor. Lo primero que se debería hacer es conocer las partes que la constituyen. Para conocerlas sería necesario utilizar un método. Podríamos disecar una flor y así separar sus componentes. Después tendríamos que tomar varios grupos de flores y a cada uno cortarle alguna de sus partes con el objeto de averiguar cuál es la que produce el crecimiento. Podríamos cambiar las condiciones del suelo, la temperatura o la humedad y ver cómo crecen las flores en las distintas condiciones. Cuando supiéramos qué partes de las flores son esenciales para su crecimiento y averiguáramos

las condiciones ambientales donde éste es óptimo, podríamos conocer el crecimiento de una flor.

Clar preguntó:

—¿En qué momento, según la ciencia, deberíamos tener la vivencia de la flor?

Janios contestó que no entendía la pregunta.

—Es muy fácil —dijo Olef—, si quisiéramos entender el crecimiento de una flor, primero deberíamos vivir y amar a la flor.

—Ya entiendo —dijo Janios—, lo maravilloso del método científico es que no es necesario tener ese tipo de vivencias para poder entender a la naturaleza y así, contestar las preguntas que le planteamos.

Casi al unísono, los niños lanzaron una exclamación de perplejidad:

—¿Pero si no se ha vivido una flor, cómo se puede pensar que se le va a entender? ¿Además, qué sentido tiene tal conocimiento?

Janios empezó a perder la paciencia.

—¿Cuál es —preguntó— el sentido de vivir una flor?

Luaf, el más pequeño de los niños, comenzó a hablar:

—Antes de que yo naciera no me habrías podido entender, fue necesario que yo existiera para que hubiera algo que entender en mí. La flor de que hablas, sólo la puedes conocer si antes la dejas nacer en ti. Primero tienes que vivir la belleza de la flor y después plantear preguntas acerca de ella. Si la flor no existe en ti, no puedes entenderla por la sencilla razón de que el entenderla también ocurre en ti mismo.

A Janios le empezó a doler la cabeza, sentía que en alguna parte había un mal entendido, pero no podía aclarar sus características y procedencia. Casi en tono de súplica, les dijo a los niños:

—Por favor déjenme continuar y más adelante entenderán lo que les quiero decir. El sentido que le da la ciencia al conocimiento de la naturaleza es independiente de las sensaciones y emociones estéticas que se viven al percibir el objeto de conocimiento. No se deben confundir ambas cosas, pues eso sólo trae como resultado una pérdida de objetividad.

—No te entendemos —dijo Olef—, para nosotros, el conocimiento es una vivencia y ese es su sentido, en cambio para ti la vivencia no existe.

—Yo no estoy negando la vivencia —dijo Janios— sólo estoy diciendo que la sensación estética que ocurre en mi interior al ver una flor, es independiente del conocimiento que puedo adquirir de la misma. El sentido de ese conocimiento es satisfacer mi curiosidad y darme medios para hacer flores más grandes o más chicas, con colores o sin ellos, con olores o con

sabores, en fin, permitirme predecir y controlar a las flores o a cualquier otro objeto a mi alrededor. La capacidad de predicción y control me faculta para satisfacer las necesidades de aquellos que usan o gustan de los objetos que yo conozco, ya sean flores o telas.

Olef volvió a hablar:

—¿Qué sentido tiene hacer flores más grandes o más chicas con más o menos colores si con una de las ya existentes se puede tener la vivencia más profunda? ¿Cuál es el objeto de darle más olor a una flor si al mismo tiempo se niega la importancia de vivir el olor? En fin: ¿cuál es el sentido de conocer sin vivir?

—Pero yo te pregunto a ti —casi gritó Janios— ¿cuál es el sentido de vivir sin conocer?

Olef entendió lo que le sucedía a Janios; con la máxima delicadeza le dijo:

—Lo que te sucede es que nunca has vivido, si lo hubieras hecho sabrías que conocer sólo es posible cuando previamente se ha vivido.

Janios no contestó, miraba al vacío, con voz gutural y muy quedamente le dijo a Olef:

—Dile a Or que me enseñe a vivir...

Janios miró el techo de la choza, los travesaños que sostenían el tejado parecían haber sido colocados por alguien para quien el orden de las cosas no tenía importancia. «¿Cómo puede ocurrirme esto a mí? —pensaba—, todo era tan claro y seguro, y he aquí que bastan dos sesiones con unos ¡niños! —Janios movió las manos como pintando unas comillas semánticas en el aire—, para que todo se venga al suelo».

»Lo más terrible es que nadie parece estar interesado en enseñarme, llevo muchos días esperando a Or y no viene. Yo hubiera reaccionado en forma diferente, de hecho yo les quería enseñar, deseaba que fueran más felices. Pero ellos no piensan en eso, sólo se interesan en ellos mismos».

Janios llevaba quince días sin salir de la choza, la comida se la llevaban los niños o las mujeres; siempre llegaban a la puerta cantando o riéndose. Esperaban que Janios se diera cuenta, pero éste parecía ser un tanto obtuso de entendimiento. En el consejo de ancianos se discutía el caso, algunos empezaron a dudar que Janios comprendiera. Or, en cambio, tenía la certeza de que más tarde o más temprano Janios empezaría a aprender de sí mismo. Decía que alguien que tan rápidamente había percibido a los niños como poseedores de algo diferente, tendría que llegar a verlo en sí mismo.

Janios estaba desesperado, sentía que todo a su alrededor era hostil, y que él tenía la culpa de ello. Cerró los ojos como tratando de apartar el

pensamiento de huir. Sabía que si lo hacía, moriría, pero era imposible dejar de pensar en salir corriendo, cortar unas ramas, construirse una balsa y lanzarse al mar en ella.

De pronto, vio un lago, una luna llena anaranjada se reflejaba en su superficie. La brisa nocturna acariciaba su humedad y en sus orillas los pequeños arbustos y las pajillas color de leche se movían plácidamente como gozando de la frescura del viento y el olor del agua. Las montañas que rodeaban la superficie plateada parecían resguardarla de cualquier accidente. El agua, el viento, la luna y las montañas eran una sola construcción, todas eran parte de Janios y por primera vez en su vida él las percibió así.

De pronto, un aletear... una garza blanquísima volaba por encima del agua transparente, el movimiento de sus alas era una sinfonía. Janios empezó a cantar una melodía, se dio cuenta de que ésta representaba el vuelo y era bellísima, y también salía de él mismo. La garza se acercó a la superficie del lago, un ala rozó el agua y creó una serie de ondulaciones fantásticas que chocaban unas contra otras. Janios inventó la melodía de la garza en contacto con el agua, también era bellísima y representaba su visión como si fuera ella misma.

La garza flotaba en el agua, su cuerpo se movía con el oleaje, daba vueltas o subía y bajaba con un movimiento suave; la melodía cambió y se volvió plácida y alegre. El ave deseaba sumergirse en el líquido, tomó aliento y desapareció bajo el agua, la música se convirtió en la frescura del contacto. Janios podía cambiar la imagen y la música a voluntad, todo salía con una perfección inigualable, todo coincidía y todo provenía de su interior.

Janios abrió los ojos, entendió al poeta, al pintor y al músico, supo que había vivido, que Olef tenía razón, era el vivir lo que hacía aprender. Comprendió que sólo era cuestión de dejar que su interior se manifestara libremente, sin pensar, sin analizar. «Esta —se dijo— es la única forma de conocer algo: es necesario dejar que nazca primero para después entenderlo. Si no nace y no es, no hay forma de entenderlo pues no hay modo posible de comprender aquello que no existe. Sólo lo que existe se puede entender».

Or abrió la puerta, se acercó a Janios y lo miró directamente a los ojos. Janios sostuvo la mirada y con una sonrisa le dijo a Or:

—... Gracias por no haber venido.

ACOPILCO-SUCEVITA

La reunión estaba planeada para la noche, a cualquier hora. El edificio era viejo, la escalera, oscura con un barandal de metal. El departamento estaba en el segundo nivel, olía a incienso y pachuli.

El piso era de madera, libros colocados en el suelo formando corredores alrededor de un centro. Dos colchones delgados, uno junto al otro y cerca de ellos una mecedora y un sillón.

Las pinturas de Joanne en todas las paredes. Una mano rígida cubriendo un rostro angustiado, un hombre recién ahorcado con la cuerda flácida alrededor del cuello. Un cuerpo envuelto en vendajes y alumbrado por el rojo reflejo de dos velas. Tres mujeres llorando al cuerpo. Una cara azul sobre un fondo azul, con una máscara azul de su propia muerte saliendo de su rostro.

Un hombre de mirada profunda, barbado, con el cabello todo erizado. Una muchacha de ojos gigantescos observando a su alrededor con expresión asustada.

—Me gustan tus cuadros, Joanne, aunque me parecen tristes; el reflejo rojo sobre el cuerpo vendado es extraordinario.

—Pero están muy mal pintados —contestó ella—, me falta aprender muchas técnicas.

—Yo pienso que la técnica es lo de menos; creas una atmósfera y transmites lo que quieres.

—Sí, pero para eso necesitas dominarla, si no, no resulta. Puedes ver algo ante tus ojos y pasarlo a la pintura, pero si no manejas los colores y el pincel, lo que pintas no es tu verdadera onda.

Finya llegó a medio dormir.

—¡Carajo!, me acosté a las cuatro de la tarde y casi no me pude despertar —dijo.

Les pregunté cómo estaban.

—¡Muy bien! —contestaron—, nos gusta cómo vivimos y no tenemos la onda de la competencia. La música estaba a medio volumen. Cat Stevens era magnífico y los tres nos dispusimos a escucharlo...

El monasterio de Sucevita se acababa de sumergir en el atardecer. Las murallas que rodeaban al claustro y la iglesia adquirirían a esa hora una coloración entre violácea y anaranjada. El valle se llenaba de cantos de grillos y el viento movía las hojas de los árboles que formaban el bosque de pinos que rodeaba las celdas de los monjes.

Bach era interpretado en el viejo órgano de la iglesia. Todos los monjes habían terminado de cenar y se dispusieron a oír la música...

—Lo malo —decía Finya— es que cuando uno empieza a depender de una autoridad se pierde la propia capacidad de decisión y empieza uno a actuar con moldes y estructuras.

—Pero eso es muy fácil de evitar —dijo Joanne—, es sólo cuestión de estar en buena onda y así ninguna onda de los otros puede afectarte.

—Sí, pero eso es solamente si te das cuenta de tu dependencia —dije yo—, el problema es que muchas veces no se le reconoce en uno mismo, aunque sí en los otros. —Finya se empezó a entusiasmar—. Es curioso —decía— cómo uno puede estar en la misma mala onda que el otro, y puede ver la del otro pero no la de uno mismo.

—Parecía —dije— que el hombre tiene un mecanismo de bloqueo que lo defiende de verse a si mismo pero le permite ver a los otros.

—Eso es verdad —dijo Joanne—, pero la cosa cambia cuando uno se empieza a dar cuenta...

Enrich había invitado a Sullio y a Andrei a su celda. Los tres se sentaron alrededor de la mesa de madera y empezaron a saborear el té que Enrich les había preparado.

—Hoy he pensado mucho en el mundo que nos rodea —dijo Andrei—, creo que la juventud no sabe lo que quiere, quizás los únicos que podemos sobrevivir a la degeneración que caracteriza a la época moderna seamos nosotros.

—No lo creas así —dijo Enrich—, yo creo que todos buscamos y ésa es una buena señal.

—Sí —contestó Sullio—, pero la búsqueda debe ser siempre un enfrentamiento y nunca una huida y, con la juventud actual, sólo interesada en drogarse, pasarse la vida soñando o logrando conquistas y todo lo que eso lleva aparejado, lo único que se va a lograr es el caos. Lo que no entiendo es cómo no se dan cuenta; parecería que son capaces de ver lo que les rodea y desecharlo, pero no se ven a sí mismos.

—Debes recordar —le dijo Enrich— que el hombre posee un mecanismo que bloquea su propio conocimiento, pero que le permite detectar problemas

en la gente que lo rodea...

—La autoridad —les dije— es lo que muchas veces nos arruina, empezamos a depender de lo que nos dicen y desconfiamos de nuestra capacidad de encontrar respuestas.

—Es cierto —confirmó Finya—, yo recuerdo que cuando iba en preparatoria nunca dejé de asistir a una clase, muchas veces tenía ganas de ir al campo a sentir el aire fresco y a meditar sobre mí misma, pero era más importante oír al maestro hablando de literatura o aun de la costumbre de la meditación entre los pueblos orientales que hacerlo conmigo misma. Ahora que lo recuerdo, no puedo pensar más que en que era yo muy primitiva.

—Me alegra que te des cuenta de ello —le dijo Joanne—; en esos tiempos yo te lo decía pero no lo entendías. Yo creo que aun en la actualidad tenemos tendencias a depender de la autoridad; por ejemplo, yo sé que lo importante cuando pinto es mi inspiración, pero todavía tengo la idea de ir a preguntarle a mi maestro de pintura acerca de la forma de hacer las cosas.

—Imagínense —les dije— que, si nosotros, viviendo en la forma como lo hacemos, todavía tenemos problemas de autoridad, qué será de la gente que pertenece a las instituciones religiosas o a las militares...

—El té estuvo delicioso, Enrich —le dijo Andrei—, es quizás por la sensación de calor que experimenté al tomarlo, que me acordé de que mañana tendremos la reunión con el honorable director general de la orden.

—Es cierto —dijo Enrich—. Su Señoría siempre crea en todos nosotros una sensación de calor humano, nos ha enseñado prácticamente todo lo que sabemos. En una persona así, sí se puede confiar, sus palabras son la esencia y la sabiduría.

—Muchas veces me he preguntado —dijo Sullio— hasta dónde Su Señoría representa una autoridad que por su mismo carácter inhibe la capacidad creativa. Creo que en su caso no se da este proceso que es tan común observar en el mundo externo; aparece un líder y todo un pueblo lo empieza a seguir ciegamente perdiendo por ello su autosuficiencia; o surge un artista o una figura juvenil y la gente empieza a depender de sus enseñanzas y a caer en dependencia. Pero eso no sucede con Su Señoría, es muy cuidadoso de no provocar o crear dependencias entre los miembros de la orden.

—El fenómeno de autoridad —dijo Enrich—, es muy interesante. El hombre tiende a buscar autoridades que le den seguridad. Cuando encuentra a alguien que representa los ideales teóricos, cae bajo su égida y lo peor del caso es que raras veces se da cuenta de la caída y de la dependencia que se crea cuando ésta ocurre...

—¿Por qué el tema de la muerte en tus cuadros, Joanne? —pregunté.

—Es que —explicó— es el momento en que te das cuenta del camino que recorriste, porque llegas a su final; antes, no sabes lo que va a pasarte.

—Tenemos la impresión de que hay caminos que recorreremos —dije—; pero ¿en realidad existen?

—Yo creo —contestó Finya— que más que caminos son circuitos, cada vez se hacen más y más cortos hasta que de pronto desaparecen, y es cuando estás en la buena onda.

—Todo consiste en ir aprendiendo de la vida, de lo que haces —dije yo—, es necesario dejar salir lo que tienes para darte cuenta de que existe y además es preciso conocer otras realidades, pues así uno se da cuenta de la propia. Eso es lo bello de la mota, yo he aprendido muchísimo de ella.

—Yo creo —dijo Joanne— que no te enseña ni aprendes nada al usarla.

—Todo depende de como la uses —repliqué—, si piensas que con ella vas a escuchar bella música y eso es todo lo que haces, no aprendes; pero si apagas todo y empiezas a verte... si aprendes. Además, es cuestión de estar con la persona indicada. Yo he aprendido mucho; el otro día me di cuenta, al sentirlo, de que el tiempo no existe, veía algo y era nuevo, luego veía otra cosa y también era nueva, todo era nuevo, sólo existía en el momento de verlo, pues se creaba en ese instante, eso me enseñó que el tiempo no existe. La última vez, me di cuenta de que lo que veía y oía *eran* por si mismos, es decir, que las imágenes tenían una existencia y que yo era quien las construía.

—Tienes razón —admitió Finya—, nosotras también hemos aprendido tanto, que no se puede decir en palabras o gestos.

—Es que lo que aprendes —añadió Joanne—, es muy difícil de transmitir, su realidad y sutileza es tuya y una palabra o frase no las contiene...

—Es obvio que el estado de éxtasis místico —decía Enrich— no es transmisible, ojalá lo fuese, pues así nadie se pelearía ni tendría envidias.

—Es verdad —confirmó Sullio—, lo que se siente en esos momentos ni siquiera puede ser traducido en palabras.

—Pero si es así —dijo Andrei— ¿cómo saber que existe en el otro?, y además, ¿cómo es que tiene un nombre y denominación si no puede transmitirse?

—El hecho de que le llamemos «éxtasis místico» —contestó Enrich— es sólo por una simbolización que nos permite comunicarnos, desde luego que sería absurdo ponerle un nombre a algo que nadie ha sentido igual. El hecho de que tenga nombre no indica que se pueda transmitir, sólo quiere decir que

ha coincidido en varios y se le ha puesto un nombre para significar la coincidencia...

—Pero entonces, ¿cómo nos podemos comunicar? —dije yo—, si no es posible transmitir lo que uno aprende.

—Es muy sencillo —contestó Joanne—, no nos podemos comunicar en el sentido de transmitir experiencias, lo único que podemos esperar son coincidencias de vivencias.

—Es muy interesante —dijo Finya— cómo con la mota se vuelve uno sensible y las ideas comienzan a coincidir de tal forma que te puedes comunicar.

—Lo que pasa en esos momentos —señalé— es que uno se libera de verse a sí mismo, se desinhibe y sale lo que hay en si mismo, sin bloqueos, sin consideraciones, sin acuerdos, es eso lo que permite comunicarse...

—Por supuesto que existen métodos —afirmó Enrich—, si no fuera así, el monasterio no tendría ninguna razón de ser. Recuerden lo que sucede cuando oramos en el claustro o en nuestras celdas, nos olvidamos de impedimentos y de consideraciones, simplemente rezamos; sólo rezamos y eso nos hace ser libres. Aumenta nuestra sensibilidad y nos unimos al universo. Recuerden las enseñanzas de Su Señoría, nos hace sentir en comunión con el hombre y con Dios y eso acelera y permite tener experiencias como las asociadas con el llamado éxtasis místico.

—Claro —dijo Sillio—, no es que se transmitan sino sólo que aceleramos, en todos nosotros, su ocurrencia y eso hace que empiecen a coincidir...

—Si respiras muy hondo y muy seguido y después metes el humo a tus pulmones, obtienes el mejor efecto —dijo Joanne.

—Es cierto —admitió Finya— pero eso produce los mareos más descomunales del mundo.

El cigarrillo estaba a punto de terminarse, le di una última chupada y lo dejé en el cenicero, apagándolo. Habíamos quedado de acuerdo en no poner música y dejar encendida la luz violeta.

—No mires tan directamente al foco —me recomendó Finya— puedes dañarte la vista.

Joanne es hermosa —pensé— tiene un misterio intangible, sus cuadros, sus anillos y sus collares representan la muerte, pero esta adoración es el simple pero profundo deseo de conocer el camino; es la idea de que todo es distinto de un momento al siguiente, y que sólo al final se puede saber la razón, y por qué pasó todo lo que pasó.

Sin darme cuenta empecé a hablar en voz alta:

—Querer saber lo que ocurrirá sólo impide que eso ocurra, creer que a la mitad del camino se puede saber el porqué del mismo es falso, solamente al final es posible verlo todo, por la sencilla razón de que entonces nada nuevo ocurrirá.

—Es lo que te dije antes —dijo Finya—, nos movemos simultáneamente en muchos círculos. Unos ya están resueltos y han desaparecido, pero otros están en proceso, no hay que confundir lo resuelto con lo que queda por resolver...

El Director General de la Orden subió al púlpito y comenzó a hablar: «Queridos hermanos, hoy platicaremos acerca de que debemos ser puros para poder conocer la esencia de Dios. Ser puro no significa solamente hacer cosas buenas, más que nada consiste en estar libre de envidias, maldad y cobardía, implica un autoconocimiento profundo y desechar la propia historia personal. La pureza sólo es posible cuando no se autofermenta la maldad y cuando al interior de cada uno se le ama tanto o más que al exterior...».

—¿Cómo es posible que a veces seamos incapaces de ver todo lo que hay a nuestro alrededor? —exclamó Finya— compramos una vela y la dejamos olvidada sobre una silla sin acordarnos jamás de admirarla o al menos verla. Pensamos que deben existir cosas más importantes que verla, o que observar una flor, una piedra o un árbol.

—Es que así nos enseñan —dijo Joanne—, nos dicen que debemos ser esto o aquello, que debemos sobresalir o estudiar, y nos hacen pensar que sólo si lo hacemos seremos valiosos, en cambio, si vemos una vela o una flor, no somos nada, eso es lo que empezamos a creer y por ello no admiramos todo lo que existe a nuestro alrededor. Yo a veces soy así con mi pintura, creo que debo pasarme la vida pintando y que no tengo derecho a hacer otra cosa porque eso me haría perder el tiempo.

—La verdad de las cosas —dije—, es que deberías esperar a que te llegara la inspiración, y sólo en esos momentos, pintar. Hacerlo en forma determinante y con temor de perder el tiempo en otra cosa no es bueno.

—Eso ya lo sé —replicó Joanne—, pero ¿cómo lograrlo?

—Es necesario —respondí— que seamos puros, es decir, libres, y eso sólo se logra pensando que lo que sentimos es valioso; si sentimos deseos de descansar, hacerlo es valioso, si nos da la gana ver las estrellas, es valioso. Todo es cuestión de confiar en nosotros mismos...

Los monjes escuchaban con atención concentrada, Su Señoría continuaba hablando:

—Dios está en todo lo que nos rodea, él es el método y la meta, pero para llegar a él debemos llegar a nosotros mismos, si no lo hacemos así, nunca comprenderemos. Debemos tratar de encauzar nuestros esfuerzos a ese autoconocimiento pues sólo así lograremos, con ayuda de Dios, encauzar al mundo. Nuestro mundo está en plena decadencia y degeneración, la juventud sólo se preocupa de lograr placer y no le importa pisotear todos los valores conocidos...

Joanne tenía una mirada brillante y profunda. Se recostó en el colchón y empezó a hablar:

—El máximo placer está en el autoconocimiento, nada existe fuera de eso, y para lograrlo es necesario vivir, es preciso verlo libremente en lo que hacemos y eso sólo ocurre cuando se manifiesta lo que se *es* y se acepta ese *ser* como lo que es, sin ocultamientos, sin hipocresías...

—Joanne —interrumpí— tengo muchas ganas de abrazarte.

—¿Qué dijiste? —preguntó.

—Que tengo muchas ganas de abrazarte.

Enrich estaba entusiasmado, las palabras de Su Señoría le producían una felicidad muy grande, se atrevió a hacer una pregunta:

—Yo quisiera que el mundo se diera cuenta y aceptara el amor, me gustaría salir de Sucevita y transmitir esta certeza, pero me da mucho miedo hacerlo, ¿qué quiere decir eso Su Honorable?

—Sólo significa que tu certeza no es tal, que tu conocimiento es intelectual y lógico pero no vivencial, si lo fuera no tendrías miedo...

Finya y Joanne estaban asombradas. Finya me miró con ojos de lástima y me dijo:

—Me sacaste de onda, ¿por qué dijiste lo que dijiste y no lo hiciste?, si tienes ganas, según tus propias palabras, es valioso, entonces ¿por qué?

—Me dio miedo, Finya —contesté—, miedo que no coincidiera...

Enrich meditaba en su celda, se sentía muy triste y angustiado. Su Señoría tiene razón —pensaba—, hay algo que falta, lo entiendo y me gusta, pero tengo miedo, eso sólo significa que estoy inseguro, pero... ¿cómo no estarlo?...

Me levanté de mi asiento, me acerqué a Joanne y la abracé. Es una sensación deliciosa —pensé—, acariciarla es como oler una flor...

Enrich se levantó de la silla, tomó su abrigo y después de despedirse de Su Señoría salió al mundo...

—¡Miren lo que encontré! —Casi gritaba Finya—, en este libro hay un poema acerca de mí, escrito por Rus:

*Tienes la esencia de lo felino.
Lames tus heridas a solas.
Para no llenarte de maldad.*

Cómo quiero a Rus, tiene una profundidad increíble y además me describe como soy.

—Es cierto —dijo Joanne— así eres tú.

—Joanne —le dije—, te ves triste.

—No es tristeza —contestó—, es la preocupación por no poder transmitir mis ondas, es que es inútil, no las puede uno comunicar. Yo digo mis cosas a mi manera y la gente a veces es tan tonta que no las entiende, pero no por eso voy a dejar de decirlas como yo quiera. Yo no tengo por qué cambiar ni hacerme entender, simplemente coincide o no coincide, eso es todo.

—Es que la gente —dijo Finya— no quiere entender, si quisiera, todo coincidiría.

—Lo que pasa —contestó Joanne— es que hay gente que no tiene dignidad, es tan fácil darse cuenta cuándo alguien no la tiene; siempre da lástima y coraje ver a alguien así.

—Vamos a oír a Stevens —propuse—, es la profundidad y la belleza.

—Claro —contestó Finya feliz—, es lo máximo.

—¿Sabes, Finya? —dijo Joanne—, me gustaría que él estuviera con nosotros, no sé si es porque yo quiero que esté o porque debiera estar.

—Yo creo —le contestó Finya— que estaría bien aquí, si tú sientes que debiera estar es porque sería bueno que estuviera.

—Nos gustaría mucho —dijo Joanne— que lo conocieras, es la buena onda.

—Seguramente está en la choza, en Acopilco —dijo Joanne—, oí que iba a haber un reventón allí; ¿qué tal si vamos?

—¿Qué es un reventón? —pregunté.

—No te puedo explicar —dijo Finya—, tienes que vivirlo.

—Vamos, por favor —me pidió Joanne.

La carretera estaba deliciosa, los árboles del camino apenas se veían y el carro parecía deslizarse sobre nubes.

La choza era agradable, había un pequeño cuarto con una chimenea y el calor era reconfortante. El amigo de Finya y Joanne estaba allí como esperándonos.

—¡Hola —dijo—, qué buena onda que vinieran!

—Es que pensábamos mucho en ti —explicó Joanne— y queríamos compartir contigo lo que sentíamos.

—Yo también quería estar con ustedes —dijo él—, estaba viendo el fuego y oyendo música y les transmití vibraciones muy intensas, es muy buena onda que hayan venido.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Yo soy Enrich —contestó—, ¿y tú?

EL CERO

El visitante era esperado con una mezcla de curiosidad y ansiedad. Al Harisi había ordenado que dos vigías estuviesen pendientes de cualquier señal que indicara que Yani Jaba se aproximaba.

Al tercer día, uno de los vigías anunció haber divisado una columna de humo que parecía moverse en dirección al palacio real.

Al Harisi mandó llamar inmediatamente al director del Seminario Matemático del Reino y encerrándose con él en el aposento real le explicó la trascendencia de la visita inminente de Yani Jaba.

La mayor satisfacción de Yani Jaba era viajar a través del desierto, la arena le había enseñado lo que los hombres no habían podido a pesar de su elocuencia y del uso del lenguaje. En dos ocasiones había sido desterrado de Arabia y también en dos ocasiones había sido perdonado por el mismísimo Califa en persona. Hacía cinco años que nadie lo había molestado y he aquí que Al Harisi le pedía presentarse, con urgencia, en el Palacio Real. Nada bueno —pensaba Yani Jaba—, se obtendrá de esta visita; pero negarse a ella equivaldría a una muerte segura.

En la época del Califa Ibraim, Yani Jaba ocupaba la dirección del Seminario Matemático y en ese cargo había desarrollado toda una evolución en la concepción de interacciones numéricas; fue precisamente por ello y durante aquella memorable sesión del Consejo Directivo del Seminario que se decidió desterrarlo por primera vez del Reino. Era paradójico cómo un desarrollo tan notable en el pensamiento matemático había encontrado tal oposición, sobre todo cuando en la actualidad esa misma concepción era ya aceptada como obvia.

El segundo destierro ocurrió aquella misma mañana del segundo mes cuando Yani Jaba fue hallado en su alcoba tomando medidas de la esposa favorita del Califa, para utilizarlas como datos para formular la relación geométrica perfecta para una mujer. Se consideró —injustamente por supuesto— una falta de respeto y una humillación para la familia real. Y Yani Jaba pensaba que ahora sería el tercer destierro.

Una fila de caballos árabes de pura sangre salió con sus respectivos jinetes a dar la bienvenida a Yani Jaba. En la entrada a palacio se dispuso a dar el saludo real la guardia personal del Califa. Cuando Yani Jaba llegó a las puertas del marmóreo edificio el Califa, a pie, salió a recibirlo.

Aquella noche todo el harem se puso a disposición del ex desterrado matemático. A las ocho de la mañana, un enviado especial de Al Harisi vino a despertarlo y servirlo. A las diez, Yani Jaba saboreaba un delicioso desayuno, sentado junto a la fuente cristalina del cuarto de estar, en el palacio.

A las doce en punto, Yani Jaba fue conducido a los aposentos reales en donde lo esperaban el Califa y el director del Seminario Matemático. Se sentaron en sendos cojines alrededor de una mesa redonda. El cuarto recibía abundante luz solar, pero la atmósfera era fresca, pues el ingenioso arquitecto del palacio había ideado un excelente sistema de ventilación.

Al Harisi tomó aliento y después de esbozar la mejor de sus sonrisas, le dijo así a Yani Jaba:

—Te he llamado por tres razones, la primera de ellas es que te estimo mucho y ya extrañaba tu presencia. La segunda es porque el desarrollo de la concepción de interacción numérica ha sufrido un revés y se halla estancada. Sucede que tú, su inventor, deberás sacarla del atolladero. La tercera razón es un sueño que tuve y que sólo tú podrás interpretar. Soñé que el tiempo medido con una clepsidra se detenía, pero yo seguía pensando. Cuando me daba cuenta de ello, el tiempo empezaba a marchar y yo me asombraba del nulo tiempo que había pasado y de la cantidad tan grande de pensamiento e ideas que había tenido en ese tiempo que no pasó. Deberás decirme el significado del sueño además del otro encargo.

Yani Jaba reposaba en su cuarto, veía una flor y trataba de entender el sueño del Califa. Se le ocurrió que algo semejante al sueño podía estarle ocurriendo, estaba viendo la flor y esa visión no tenía tiempo. Es más, si la visión se dividía en número infinito de partes, cada una seguía siendo una flor. Llegaría un momento en que el número de divisiones fuera tan grande que el tamaño de cada una sería muy pequeño y, sin embargo, la visión de la flor no cambiaría. Si las divisiones continuaran ocurriría que cada una de ellas sería una nulidad y, sin embargo, la visión permanecería igual. Quería decir, entonces —se regocijaba Yani Jaba—, que la nulidad existe.

Yani Jaba mandó informar al Califa que había encontrado la solución de su sueño y al mismo tiempo había descubierto aquello que haría que la concepción de interacción numérica siguiera desarrollándose:

A las doce en punto, Yani Jaba fue trasladado al aposento real.

—La solución de tu sueño —le decía Yani Jaba a Al Harisi— es muy simple y paradójicamente es la misma que necesita la concepción de interacciones. Es la aceptación de la nada como realidad, es la invención de una nueva matemática, la de la nulidad existente. Para que lo entiendas, te daré un ejemplo. Imagínate una esfera hueca, el interior de ella no contiene nada, es la nulidad, pero ese interior existe pues forma parte de la esfera. Es decir es la existencia de la nulidad. A ella le daremos el nombre de cero.

EL PUENTE

Faltan exactamente treinta minutos, la cita es a las tres de la tarde. El vuelo 226 sale dentro de 18 minutos. La sinfonía duró 47 minutos y veinte segundos, aunque hay quienes la tocan a ritmo más rápido y la hacen durar menos. ¿Te enteraste? El tiempo de latencia en el último experimento disminuyó 25 milisegundos, es indudable que vamos por buen camino. Ordeñar una vaca con el sistema antiguo llevaba 86 segundos más que con el método moderno. Me quedé en el museo tres horas y media, algunas esculturas eran tan bellas que permanecí observándolas más de media hora. ¿Cuántos años tienes? ¿Sabes?, dicen que le llevó tres años escribir el libro. Caramba, sólo le dieron una sentencia de siete años. El parto duró ocho horas, pobrecita, ¿no crees? El reloj atómico vibra un millón de veces por segundo, por tanto, su error de medición es desdeñable. Esa nube va a tardar tres minutos en atravesar la ciudad. Utilice nuestro sistema de transporte, le ahorrará tres minutos en cada viaje. Llevo dos años aguantándote. Por favor, apúrate; tienes diez minutos saboreando tu taza de chocolate. El proceso digestivo tarda más en completarse cuando no hay suficiente aporte sanguíneo. ¡Qué bien inyectas!, te tardaste menos de cinco segundos...

Estaba lloviendo, el puente de metal húmedo y oxidado reflejaba la luz como si una descarga eléctrica lo estuviese alumbrando. Pedro se acercaba; a su lado pasaba el río y aunque era temporada de lluvia, las piedras del fondo alcanzaban a sobresalir, agudas y amenazantes. La vegetación era selvática, y Pedro sentía que estaba dentro de un invernadero. Era delicioso bajar de la montaña para ir al pueblo a visitar al amigo. Hoy tenía muchas cosas que contarle, la comuna pasaba por un momento de crisis, probablemente había sido erróneo permitir que esa gente siguiera tratando de definirlos. Pedro se acercaba al puente y en ese momento tuvo la impresión de que algo iba a suceder. Ya estaba acostumbrado a sentir esas impresiones y siempre acertaba; se enfrentaría a una estructura que aún no había sido capaz de destruir. Por un instante un pensamiento apareció, Pedro trató de fijarlo pero

fue tan rápido que no lo logró, sólo quedó una sensación de grandeza mezclada con impotencia.

Todavía trataba de recordar cuando aquello sucedió...

Los compañeros que venían con Pedro sólo vieron una figura resbalándose del puente y cayendo al vacío, hacia el río y las rocas, era, pensaban, la muerte de Pedro...

Pedro lo recordó en el instante en que sintió que perdía el equilibrio, volteó a ver el río y se vio a sí mismo resbalando...

—¡Es esto por fin, llevo tres años preparándome y he aquí que sucede! Ahora sabré si he aprendido lo suficiente.

La caída era lenta, tanto que Pedro observaba todos sus movimientos. En un giro se quedó mirando el cielo y decidió rodearse de una esfera del mismo color. Todo era azul, y en medio, Pedro, tranquilo y seguro al darse cuenta de que iba a durar una eternidad. Su vida empezó a volver, era un niño, jugaba en el jardín, hablaba con su perro y perseguía las hojas que caían de los árboles. Vivió toda su niñez y aquella adolescencia llena de estímulos, de apariciones de universos y realidades, después su vida en la comuna, el modo en que se había formado y todo lo que había aprendido. La esfera continuaba, era imposible destruirla, habían pasado años y la esfera seguía, sosteniendo su vida y su historia. Pedro se vio a sí mismo, movió sus brazos y sus piernas flotantes; era su decisión, sólo consistía en querer que ocurriera sin preguntarse nada, simplemente en tener la certeza absoluta.

Súbitamente, la esfera desapareció, el momento estaba muy cerca, algo estaba fallando. Pedro se concentró tratando de que reapareciera lo azul, y en ese instante llegó a las rocas, sintió el golpe y se vio rebotando tres veces, cada una más lenta y despacio que las anteriores y después vino el dolor. Era terrible, todo el cuerpo lo sentía como un grito cortante y rasposo, de las muñecas y de los tobillos brotaba sangre, y todo como resultado inescapable de una historia y una vida. En ese momento la esfera azul reapareció, el dolor se olvidó y todo volvió a detenerse.

Tercera llamada, tercera... dentro de un minuto comenzará la función; hagan favor de ocupar sus asientos. Podemos encender, señor, los motores tardan exactamente 12 segundos en arrancar. Trae los caballos dentro de dos minutos, si no, llegaremos tarde a la cita. El doctor dijo que estaría aquí dentro de treinta minutos. La luz se iría en 32 segundos. Qué lástima; las baterías sólo nos permitieron oír 16 minutos de la grabación. El latido no se presentó en el instante en que lo esperábamos, sino 200 milisegundos

después. Es una desgracia, pero tengo taquicardia. La reunión fue muy aburrida, pues se prolongó dos horas.

EL JARDÍN

Una superficie verde cubierta de rocío, olor a flores y un vientecillo suave formado por el batir de las alas de mariposas. Una sombra fresca y un calor húmedo, tranquilo y sereno. Una niña y un adulto.

—¿Sabes? —le decía el adulto a la niña—, últimamente he pensado que la vida es difícil y todos tratamos de encontrarle un sentido y nos martirizamos pensando en nuestras obligaciones y responsabilidades. Lo que nos rodea nos aprisiona y nunca coincide con nuestros deseos. Yo, por ejemplo, quisiera ser libre, hacer lo que me viniera en gana y sentirme feliz, sin embargo, no lo puedo hacer; a veces pienso que lo mejor sería huir y dejar de enfrentarme a tanta dificultad.

La niña se acercó al adulto, se sentó en sus piernas y le pasó sus bracitos alrededor del cuello, dándole al mismo tiempo un beso en la mejilla. El adulto la abrazó y continuó:

—Seguramente hubo una época en que los hombres Vivian tranquilos y todo era fácil y sencillo, en la que podían hacer lo que desearan sin avergonzarse y sin temer a las consecuencias. En esa época me hubiera gustado vivir; yo sé que es un pensamiento y que quizá todo el problema se encuentre en mí, pero al mismo tiempo pienso que las condiciones externas ayudan.

Un pajarillo tomó una rama y sosteniéndola con el pico la llevó por los aires hacia su nido. La niña dejó de escuchar al adulto y sonriendo le señaló al ave en vuelo. El adulto volteó a ver al pájaro, pero inmediatamente dejó de hacerlo y siguió hablando.

—Recuerdo que cuando era niño me gustaba jugar y no pensaba que existieran problemas en el mundo, más bien sentía que todos eran tan libres como yo y sólo pensaba que era feliz y quería a los demás.

La niña empezó a manifestar signos de intranquilidad; dejó de abrazar al adulto y apartándolo con un delicado pero firme movimiento de brazos, lo miró a los ojos y le dijo:

—Lo fácil es lo difícil, puesto que sólo se logra matando el deseo y la palabra.

El adulto no lo podía creer, una niña de tres años no podía hablar de esa manera; asustado e impresionado le rogó a la niña repitiera lo que había dicho.

Ésta parecía no oírlo, se acercó a un rosal y señalando una flor dijo:

—¡Qué bonito color!, ¿verdad?

El adulto insistía:

—Por favor, repite lo que acabas de decir, o mejor aún, explícamelo.

La niña se puso en cuclillas y acercando su carita al pasto empezó a observar lo que sucedía dentro de la espesura miniatura.

—Mira —le dijo al adulto—, aquí hay un gusano, ¿por qué se mueve tan chistoso?

—Óyeme —respondió él—, te lo explicaré si tú me explicas lo que dijiste antes.

La niña tomó un poco de yerba que se llevó a la boca y después de hacer una mueca de repugnancia, exclamó:

—¡Puf, qué feo sabe!

El adulto insistía:

—Por favor, explícamelo.

La niña se vio las manos, movió los dedos y se sonrió.

—Mira —dijo—, parecen muchos gusanitos.

Con una expresión mezcla de fastidio y paternalismo, el adulto le dijo a la niña:

—Cuando alguien te pregunta algo, debes al menos hacerle caso y tratar de contestarle.

La niña lo miró y con una expresión triste tomó su muñeca, y mientras se alejaba dijo casi para sí misma:

—Tonto... eso es lo que he estado haciendo.

EL EGOÍSTA

Se acercó Juan a su amigo y le preguntó:

—¿Qué haré con mi hermano, siempre deprimido y deseando morir?

El amigo miró a Juan a los ojos y a su vez le preguntó:

—¿Eres feliz?

Juan adoptó una expresión sombría y le contestó:

—Cómo se puede ser feliz en una situación como la que te cuento; sería el máximo de los egoísmos.

El amigo sonrió, tomó a Juan por los hombros y le dijo:

—Tu infelicidad es el verdadero egoísmo y la peor forma de ayudar a tu hermano, si no lo crees así escucha pues, la siguiente historia: había dos maestros de escuela, los cuales deseaban comunicar su saber a sus alumnos y pensaban que de esa manera formarían una nueva generación de mentores.

Uno de ellos era serio, rígido y en sus clases nunca manifestaba emoción alguna. Comunicaba información de libros y tratados y lo hacía en la forma más exacta posible, tratando de que sus alumnos aprendieran a reproducir tal información. Se daba por satisfecho cuando lograba que los pupilos repitieran de memoria sus clases. Opinaba que un maestro no debería dejar al azar sus clases, las preparaba detalladamente, paso por paso y siempre viéndose enseñando. Era una persona infeliz. El otro se entusiasmaba en clase; al hablar se emocionaba y vivía profundamente. Pensaba que la clase era más en provecho propio que en el de los alumnos y, por tanto, le interesaba más aprender él mismo que enseñar. Nunca preparaba sus clases con detalle sino más bien esperaba que de la interacción con los alumnos surgieran nuevos conocimientos e ideas. Cuando esto ocurría no ocultaba su emoción ni su alegría. Nunca separaba la enseñanza de su autoconocimiento ni le interesaba que el alumno lograra repetir información sino más bien que la hiciera suya por propio descubrimiento. Era una persona feliz, puesto que se daba a sí mismo.

—Ahora te pregunto, Juan, ¿cuál de los dos te hubiera gustado tener como maestro?

Juan no dudó un instante al responder y dijo:

—El segundo.

—Pues bien —le dijo el amigo—, así como tú escogiste el segundo, puesto que entendiste que su felicidad era lo que iba a lograr su objetivo, así también lo entiende tu hermano. Lo único que puedes hacer por él es ser feliz tú mismo y no tratar de cambiarlo; te darás cuenta de que esto es lo único que posiblemente lo hará resolver su problema. Tienes que ser egoísta en ser tú mismo y lograr tu felicidad, puesto que este egoísmo representa en realidad el auténtico altruismo y la más profunda generosidad. Aquellos que te vean así, aprenderán de ti y desearán ser ellos mismos. Preocuparte y pensar que tu infelicidad es la única posible respuesta, es el peor de los egoísmos y la más aberrante falta de generosidad.

LA REUNIÓN

Todos habían esperado durante dos meses.

El día fijado hicieron grandes colas para poder comprar los boletos y entrar al estadio. Cada uno comprendía la necesidad de salir de la etapa en que se encontraba.

Todos habían descubierto que la única forma de hacerlo era comprender en qué consistía.

El centro del estadio estaba ocupado por una gran plataforma; sobre su piso, instrumentos musicales conectados a equipos electrónicos.

Todos hablaban de lo mismo, se decían lo que iban a aprender. Otros inhibían tales pensamientos por considerarlos inútiles.

La hora llegó; sobre la plataforma apareció un hombre vestido de andrajos y calzado con sandalias.

Todos lo miraban tratando de encontrar el misterio en cada uno de sus movimientos.

Una muchacha empezó a gritar, sus compañeros comprendieron que había encontrado la respuesta y la dejaron continuar. Otros más empezaron a silbar, pedían que empezara ya la onda, sabían que era el momento más adecuado para entender y temían que la inspiración desapareciera.

El hombre de la plataforma se acercó a una guitarra y tomándola entre sus manos empezó a jugar con las cuerdas. Algunos, los más aventajados comprendieron allí la lección.

Otros, los más lentos, esperaban la música.

El hombre volteó hacia arriba y acariciando su guitarra empezó a cantar. La música fue tomando forma. Primero ambigua e impredecible y después clara y precisa.

Muy pocos reconocieron en la ambigüedad su etapa, otros voltearon a ver a otros y se vieron en sus adentros.

Cuando comenzó la canción, ocurrió lo que con tanta impaciencia y amor esperaban todos. El cantante estaba enseñándoles a destruir su pasado.

La alegría fue indescriptible, algunas parejas se besaron y otras comenzaron a jugar bajo las ropas. En diez minutos todos se dieron cuenta que estaban a un paso de lograrlo, empezaron a aplaudir frenéticamente y a gritar por la victoria que se avecinaba.

De pronto apareció el mar, todos formaban un océano, lleno de superficies complejas en movimiento. El placer que sentían al hacerlo era orgásmico. Algunos entraron en convulsiones, otros gritaron. Algunos más se quitaron la ropa. El todo en que se estaban convirtiendo los envolvía y tonificaba; cada uno sabía que todos sabían y ese saber se convertía por sí mismo en una existencia.

Lo que pasaría después nadie lo imaginó... vino la policía a evitarlo.

EL DIÁLOGO

El zumbido de las moscas, la gota de agua destruyéndose abruptamente al chocar contra el fondo del lavabo y el viento.

De cuando en cuando, el grito de algún pájaro perdido. La tierra húmeda y el cielo cubierto de gris hondura.

Silencio interno, sólo atento y concentrado oír de lejanas sirenas, golpes de neumáticos y aviones perdidos.

Intenso y sofocante miedo; terror de lo evidente, angustia por lo obvio. De pronto un trueno agudo y penetrante, quebrar de cielo y tierra.

Desde la estancia un hombre recién nacido temblaba. Se había desnudado y, de pie junto a la ventana, reía.

—Me da lo mismo que seas dramático, no vas a asustarme; demasiado bien conozco tus enojos y malos humores. —La respuesta fue otro trueno y un súbito silencio de todos los pájaros e insectos.

—No tienes que repetírmelo —contestó el hombre—, la cuestión es muy clara, deseas comenzar la lucha y yo estoy dispuesto. Sólo que no seas melodramático.

Los pájaros volvieron a trinar y una lluvia suave y espesa empezó a mojar las ciruelas y peras sostenidas de las ramas.

El hombre sonrió y haciendo un gesto de benevolencia habló de nuevo:

—Veo que estás de mejor humor y eso me satisface. La cuestión, tal como yo la veo, es la siguiente: me has tratado de mostrar que existes fuera de mí mismo y crees que con tus rayos y truenos me vas a convencer. Estás completamente equivocado, sólo eres parte de mi mismo. Acepto que en ocasiones me asustas pero sólo eres un rasguño en mi piel.

La estancia vibraba, el tictac del reloj aumentó de volumen y el viento movió frenéticamente los árboles. Después de un breve silencio el cielo se oscureció.

—Claro —replicó el hombre— no te gusta que nadie te hable sin antes rendirte pleitesía. Eres orgulloso y primitivo, sólo conoces el lenguaje del

terror y la destrucción. Pero... ¿a quién le estoy hablando?, ¿cómo puedo platicar con algo que no existe?

El hombre empezó a temblar de nuevo, sus ojos desorbitados esperaban una respuesta y ésta no se hizo esperar. Dos toques de trompeta se escucharon en todo el Bronx.

El hombre levantó los brazos y sentándose en el suelo replicó:

—Debo destruirte, no soporto ser parte tuya, yo soy yo y tú estás incluido en mí, nunca me has enseñado nada, sólo terror es tu respuesta y eso es algo que no soporto más. He aprendido a construir destruyendo y mi terror sólo significa que todavía existe dentro de mí algo que no he podido borrar.

El hombre tomó a la mujer y la penetró violenta y agresivamente. Después se puso de pie y empezó a caminar de un lado al otro de la estancia.

—No más deseo, está destruido; no más pudor, está destruido; ahora, ¡cállate de una vez por todas!

El terror desapareció, el sol traspasó las nubes y la estancia se pintó de anaranjado.

—Claro —contestó el hombre—, tú pensabas que me iba a acobardar, que iba a caer de bruces delante de ti haciéndote oraciones. Ahora estás vencido, no hay nada que puedas enseñarme. Todo lo construyo yo y tú eres sólo un concepto mío.

La tormenta hervía la tierra, la luz de los relámpagos cegó al hombre que cayó de espaldas cubriéndose la cara. Sabía que lo habían vencido. Trató de pensar cuál había sido su error, pero la angustia lo sofocó. Se paró de nuevo y golpeando en el piso gritó:

—Eres un farsante, nunca fuiste nada más, pero a mí no me engañas, tienes que ser destruido y yo me encargaré de hacerlo. No acepto ser parte tuya, eso acabaría conmigo, y eso... ¡no lo acepto!

Dos nubes chocaron, la diferencia de potencial comenzó a crear una chispa que se expandió rápidamente y el sonido llegó a los oídos del hombre. Éste, frenético, predijo: ¡No llegarás a tronar! ¡Maldito seas!

El estruendo se paró en seco, dos pájaros trinaron y el zumbido de las moscas se dejó oír.

—No me asustaste, te he vencido, eres un imbécil farsante, hijo de puta, ¡desaparece!, ¡esfúmate!, hazte polvo, ya no quiero luchar.

La mujer se abrazó de las piernas del hombre y le pidió que no continuara; éste la tomó de los hombros y le dijo:

—Por mí, está terminado; ya no te preocupes.

Los dos se sentaron a esperar.

De pronto se oyó un movimiento en la cocina. El hombre tensó sus músculos y se dirigió a ella. A través de la ventana se veía el jardín. Los árboles y el césped brillaban. Las gotas atrapadas en las hojas caían a la tierra y un gusano se revolcaba en la humedad.

El hombre llamó a la mujer y mostrándole el jardín le dijo:

—Afuera está igual que ayer y que mañana; no ha pasado el tiempo, era necesario destruirlo y hecho está.

La mujer no dijo palabra, tomó al hombre de la mano y lo llevó a la estancia. Colocó su cabeza en su pecho y lo abrazó. El hombre escondió su cabeza en el vientre de la mujer. Le susurró caricias y le prometió no luchar más. Se sintió vencedor y su miedo desapareció.

De pronto, frunció el ceño y mirando a los ojos de la mujer, le dijo que después de destruir el deseo, el sexo y el tiempo, ya no quedaba más. En ese instante la estancia comenzó a girar, las puertas a tronar y las ventanas a doblarse, la mujer empezó a chillar y el hombre se paró de nuevo y a voz en cuello se burló:

—Deja de estar haciendo papelitos: o hablas conmigo de igual a igual o te callas, pero, acaba, entiéndelo, ya no quiero luchar contigo.

El giro continuaba, el hombre buscó frenéticamente en su cultura algo por destruir. La idea comenzó a aparecer... el amor, debía destruir el amor. Luchando por no caer mató el amor; era sólo un aprendizaje como cualquier otro, sólo parte de una historia personal, y por tanto no existía.

El giro terminó, el hombre se calmó y trató de aplacar la ira. Volteó a ver un árbol y le dijo burlonamente: «Tu señor es un enojón y apenas alguien le dice claramente las cosas se avergüenza de sus modales».

El hombre había comprendido, debía destruirlo todo en su interior, tal era la única forma de vencer, pues la lucha continuaría.

Destruyó su familia, su país, su mundo, su tiempo, su poder, su sexo, su amor y de pronto se le ocurrió oír música. Buscó la séptima de Beethoven; y ya recostado entre dos altoparlantes, escuchó.

El miedo apareció de nuevo, se convirtió en terror y después en angustia. Beethoven reproducía una lucha y en los pasajes en que su Dios lo vencía, su miedo se transmitió. El hombre rompió los discos y llorando destruyó también la música.

No quedaba nada más que la sensación de seguir existiendo y de ser.

Los truenos volvieron a aparecer, el hombre, desesperado, se quejó: «Ahora qué pretendes tú, ¡demonio del diablo!, he destruido todo, no me queda nada más que el mí mismo y eso no lo voy a matar, así truenes y

vomites sangre. Deja de luchar conmigo, ya no quiero seguir hablando contigo, te desprecio, te maldigo, ¡esfúmate!».

Las trompetas sonaron. El hombre se recostó y, adoptando una posición fetal, comenzó a llorar en silencio: «No me queda nada, estoy vacío, y todo por aceptar la lucha. Quiero que termine, ya no lo resisto».

Un grito se oyó en medio de las tinieblas, alguien había muerto y su despedido fue escuchado por el hombre. Éste no lo podía creer, era demasiado.

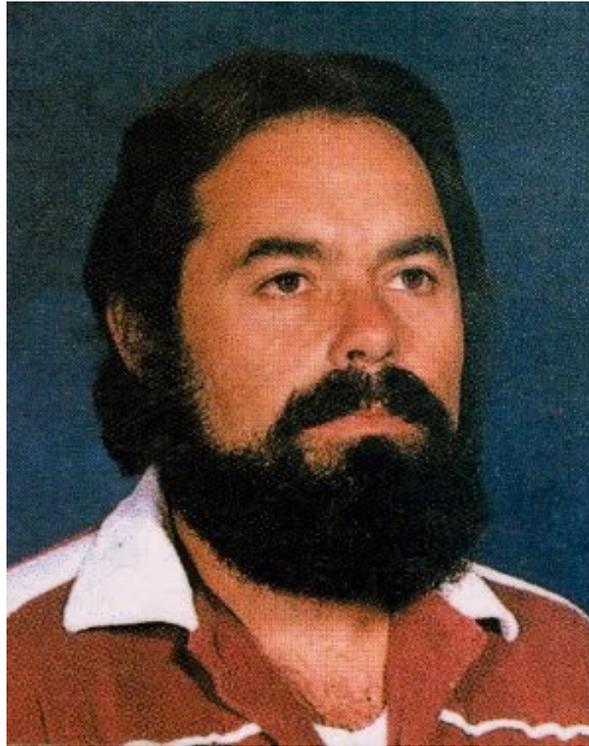
—¿Por qué hiciste eso? ¿Quién eres tú para acabar con la vida de un Dios? Te repito que no me voy a destruir convirtiéndote en mi adoración. Pero ¿sabes?, acepto tu existencia y acepto la mía. No trataré de convertirme en ti pero tú tampoco te convertirás en mí.

La tierra descansó, el tiempo volvió a marchar y los pájaros a cantar.

La mujer vio al hombre con ojos de espanto y éste se vio a sí mismo en silencio.

Había aceptado la existencia de Dios y al mismo tiempo la existencia del hombre como Dios.

El diálogo había comenzado.



Jacobo Grinberg-Zylberbaum (1946 - Desaparecido el 8 diciembre de 1994) es/fue un investigador mexicano prolífico en el estudio del cerebro y su relación con la conciencia, profundo conocedor de la meditación y entusiasta estudioso de la Kabbalah. Su destacada obra promueve un rediseño de los paradigmas que rigen la relación entre mente y materia, entre ciencia y conciencia. Con sus limitadas posibilidades, se sumergió en cerebros de chamanes y yogis contrastando sus vivencias, entrenó a niños de 8 a 10 años en la visión extraocular y confirmó científicamente la telepatía y sus diferentes variables.

Egresó de la Facultad de Ciencias de la UNAM, donde cursó la carrera de Psicología, y entre otros estudios de posgrado obtuvo un doctorado en el New York Medical College, durante el cual se dedicó principalmente a llevar un registro electrofisiológico del cerebro humano expuesto a estímulos geométricos.

Una de las etapas más populares de su carrera profesional fue el trabajo realizado junto con la legendaria curandera mexicana Pachita, con quien trabajó, desde una perspectiva científica, en la evaluación metodológica de las manifestaciones de conciencia en el ser humano. A partir de estas experiencias escribió el más popular de sus libros, «Pachita. Las manifestaciones del ser». A partir de su trabajo con Pachita, que culminó en

1988, Grinberg desdobló su experiencia con la curandera mexicana para construir una de sus teorías más representativas, la Teoría Sintérgica. Posteriormente profundizó en el estudio de las frecuencias energéticas que manifiesta el ser humano durante estados meditativos, las cuales son medibles, y por lo tanto comprobables.

En diciembre de 1994 Jacobo Grinberg desapareció misteriosamente. Una extraña desaparición de la que aún no se sabe nada. Como legado dejó, además de su ejemplar actitud ante el estudio científico de la conciencia y múltiples fenómenos «etéreos», la fundación del Instituto Nacional para el Estudio de la Conciencia y más de cincuenta libros, así como innumerables estudios e investigaciones.